

ORE

NO

AS



NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura





EL PADRE ETERNO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

LA CONDESITA, novela española. (*Agotada*).

EL SEPULTURERO DE ALDOBA, idem. (*Idem*).

LA GENERALA, novela española. (*Segunda edición*). Precio: **3** pesetas.

LA QUINTAÑONES, idem. Precio: **4** pesetas.

EL PADRE ETERNO, idem. Precio: **4** pesetas.

EN PRENSA:

SEÑORES DE SALDARIVA

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

EL
PADRE ETERNO

NOVELAS ESPAÑOLAS

R. 13.241



MADRID
IMPRESA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

—
1887

ES PROPIEDAD.

ILMO. SEÑOR

D. FRANCISCO BERGAMIN GARCIA

MI DISTINGUIDO AMIGO:

Todo el respeto de su nombre, ilustre ya en el Parlamento, como lo era y es en el Foro, necesitaba yo para autorizar algunas páginas de este libro, *El Padre Eterno*, *El Contrabandista* y *El Tobalo*, especialmente.

Razón de oficio y el espíritu de V. eminentemente observador, le indujeron á que hiciera profundo estudio psicológico de los hombres de nuestro país, las costumbres, las supersticiones, la educación... Por eso, cuando el crítico esté tachando de inverosímiles tipos ú escenas, v. gr., la riña de *Tobalo* con *Meri*, V. exclamará sin duda:—¡Qué terribles verdades!

Usted conocía mi libro antes de leerlo: hé ahí la razón de la dedicatoria, dejando, además, pagada modestamente, la deuda que con V. tenía contraída, su admirador y amigo,

Martínez Barriounevo.



EL PADRE ETERNO.

I.

QUIERO dejar apuntado en estas páginas, contribuyendo así á la ilustración y norma de las edades venideras, algunos datos para la historia de ciertos importantísimos personajes ilustres de nuestro siglo: el empleo, los trabajos, las distracciones, la manera que tienen de ocupar el día estas gloriosas entidades de la época actual; voy para eso á seguir á uno paso á paso y pluma en ristre; procuraré no olvidar nada, que cualquier detalle, por ínfimo

que sea, de estos héroes contemporáneos, puede resultar de transcendencia suma para la sociedad y para el país; los apuntes que ahora tenga ocasión de dar á la estampa, algún día, seguramente, han de servir de faro luminoso para guiar por camino fácil el pensamiento de los rebuscadores de *cosas* antiguas: los eruditos, *bibliófilos*, de los siglos futuros. Hay, para el objeto que me propongo, ministros, generales, Bizcos del Borge, banqueros, reyes; todo ese rodaje grasiento, gastado y lustroso, que mueve la máquina social; pero nada escribiré de esos sabios, probos, bonachones, magnánimos; he de ocuparme de otro ilustre varon, gloria de España y honor particularmente de las Andalucías, tan distinguido, ó más si me hostigan, que los ya mencionados: una de las importantes piezas de la colosal máquina, polea de acero fundido, dura, grande y escondida en la sombra: resiste mucho y quiébrase, sin embargo, fácilmente; pero hay gran repuesto, de seguro; no falta modo de sustituirla;

crecen á puñados, á montones, á ejércitos; pero ejércitos en dispersión, y más terribles por lo tanto; quiero yo coger la historia de este genio de la luz en su principio, en la raíz verdadera, para que más curioso y digno de estudio se me presente, sin faltar nunca á la consideración y al respeto que estos gigantes de la civilización, siempre me han merecido.

Hay en la esquina de la Alameda que da frente al café de la Marina, una casa enorme, con amarillas fachadas de piedra berroqueña y balconajes cerrados siempre; da la puerta al paseo, tiene grandes ventanas mirando á la Cortina; debajo de dichos huecos, hay una puerta pintada de color gris, poco parecida á la grande de nogal, barnizada y pulimentada que nada más hay que pedirle; sobre el lustroso tablero empieza á dar, vacilante y como con timideces de muchachín que hace pinitos, un vago resplandor, imperceptible apenas, que anuncia la primera caricia de sol de una mañana de estío, suave en

un principio, cuanto fiero y ardoroso de repente, como puñalada que se encona; la puerta gris del gran almacén, que se atiborra todos los años de sabroso fruto, está cerrada herméticamente, y sentados en el escalón, algunos trabajadores que charlan y fuman; nada tiene de particular esto; si se sigue y se dobla á la izquierda, se da con el escalón de la puerta principal, aquella barnizada y pulimentada, y encuéntrase otra cosa que nada tiene de particular tampoco; el flamante escalón de piedra sirve ahora de mullido lecho: tendido cuan largo es, dormita en agradable y beatífico reposo el varón sedudo que llenará con su nombre estas páginas, indignas, por mi modesta pluma, de cantar su enorme gloria, principios grandes y prosapia ilustre.

Gran animación había en la explanada del Muelle; cruzábanse con celeridad los carros vacíos, tirados por caballejos de pobre estampa y bien puesta bandera en lo tocante á forzudos y sufridos; allá iban todos á reu-

nirse, encarrilados y como dispuestos á atropellarse el uno al otro, surgiendo del boquete del Muelle, de la plazuela de la Aduana, de la plaza de los Moros, de la calle de Peligros y de ambas laterales de la Alameda.

Ensordecía al transeunte madrugador el rodar de los carros, el galope de las bestias, el crujir de la tralla y los gritos de los carreros; todos iban á un mismo punto: á la parada; estaban allí los conductores, sentados en las traseras de los lechos, abierta la blusa con adornos de trencilla y cerrada por abajo con un nudo en los picos; las piernas colgando, los piés cubiertos de alpargatas, sucio el calcetín de hilo de tres cabos, averiado el sombrerete y el látigo colgandero; estaban inmóviles y con atención fija á la primera mirada, al primer gesto imperceptible de la persona que fuese á buscarlos para tal ó cual porte.

El ilustre hombre del escalón, continuaba en tanto dormido sosegadamente; no interrumpía su sueño plácido el tropel y algaza-

ra, que iba creciendo como el rugido de vida de las grandes poblaciones; allí podían verle con soberano desprecio de las cosas; no sé decir en este instante cómo es su cara, porque está del lado de la puerta; pero su cuerpo, metido un poco en carnes, es bajito, sin ser enano, ni mucho menos gordiflón; es bien educado el individuo, y no ronca; pasan dos ó tres vacas ante él, y tan próximas, que no parece sino que van á aplastarle con sus pezuñas: son las vacas de la leche; las vaqueras van detrás, teniendo en una mano el cordelito con que guían á los cornúpetos; al repiqueteo de los grandes campanillos que del cuello de los animales cuelgan, se estremece el dormido en el blando lecho, vuélvese del otro lado y se le ve la cara: está pacífica, serena; en todas sus facciones nótese una placidez que da envidia: tiene el rostro limpio de pelo, es tersa la epidermis, suave, pero está muy churretosa, indicio de la despreocupación aneja á los grandes hombres; levanta al fin la cabeza, apóyase sobre un

codo, y con los ojos medio cerrados aún, mira estúpidamente hacia el aguaducho próximo; se incorpora un poquito más, extiende el otro brazo como queriendo coger algo que no alcanza, hace á la vez un mohín, que por lo grotesco desdice del señor esclarecido, desperézase bonitamente con majestuosa calma, y ya intenta levantarse, cuando se tumba otra vez de pronto, entorna los párpados y espera con risita plácida y encogidas las piernas, á que de nuevo el sueño le coja.





II.

Qué ideas tan peregrinas cruzan en tanto por la imaginación de mi héroe! ¿A qué mundos se remonta aquel pensamiento alabado y palmoteado en todas ocasiones, por lo ingenioso para dirigir una *pedrea*, inventar juegos en las arenas de la playa y tomar algo sin complicidad y con ignorancia de quien lo poseía, como igualmente para otras muchas cosas de gran mérito y valer? ¡Ah, qué interesantísimas ideas aquellas, recuerdos de lo pasado! «La noche anterior fué mala, muy mala, ¡por *vía é Cristo*, hombre! si lo había

dicho ya muchas veces; y á él que no le fueran con músicas, sino que Tomasilla y Pitracó, eran una charrana y un fulero; había dicho á Tomasilla muchas veces que le cargaba aquel *javegote* de Pitracó, que no era más que un jabegote feísimo, de aquellos de la banda de Levante; y lo que es á puerco, tampoco le ganaba ninguno, ¡y encontrarse con que la Tomasilla se estaba acompañando de aquel pitracoso, fullerillo, la noche antes! Por supuesto, que no le partió la cara de un trompazo porque Dios no quiso y porque Tomasilla *excomenzó* á chillar y tuvo que correr de los *mucipales*; aquellos lacios que no estaban nada más que pensando en meter á uno en la grillera de San Agustín; ¡miren el santo y en lo que se ocupaba: en encerrar á la gente! Que no se viniera Tomasilla con cosas, porque le juraba que hacía un estropicio con el Pitracó el día que menos lo pensara, y en fin, que no le salía á él de adentro que Tomasilla fuera con nadie, sino con él y solamente con él. ¿Y por qué se le

puso tiesa Tomasilla y se fué de su compañía? ¡Vayan ustedes á ver, por casi nada! Tomasilla fué una tonta, que se echó á llorar y se picó, y se fué de su laito porque le dió un puñetazo aquella mañana que estuvo lleno de berrinche; aquella mañana que se le perdió á Tomasilla un décimo de los que él le dió para que vendiera; porque eso sí, lo que es en lo tocante á vender billetes de lotería, *Liberales, Globos, Correspondencias*, cajas de mixtos y llevar y traer este ó aquel recadete, no ganaba nadie á la muy guiñaposa, por la gracia de Dios que se traía, engatusando con su manejillo saleroso al parroquiano más serio. ¡Ay, demonche con la Tomasilla! que le entraba á él rabia solo de acordarse de que la vió con Pitracó: ¡*por vía é Cristo, hombre!* ¡Qué ajeno estaba, después de no verla en dos días, que la iba á encontrar en el café de la *Butibamba*, cogiendo colillas para otro! ¡Para el Pitracó indecente, á quien metía sin más remedio una paliza que lo breaba en cuanto él se amontonara del todo!»

Al pensamiento de la paliza que iba á propinar á Pitracó, dilatóse más su rostro con sonrisa suave, se removió en el lecho y esperó á dormirse otra vez, que ya tendría ocasión durante el hueco del día de dar cumplimiento á los múltiples quehaceres que le traían agobiado; por supuesto, que la Tomasilla le ayudaba en otras épocas, pero no había que contar ya con ello: él solo tendría que despacharse. En estas ideas estaba, adormilándose con grato dulzor, cuando se incorporó de repente al sentir en el trasero tremendísimo puntapié que le asestó un lacayote, orondo y colorado, con gran librea cenizosa, de botones que parecían espejitos, y sombrero de copa, blanco, de castor.

—¡Aparta, granuja, que va á salir la señora!

Dijo el lacayo estas palabras, acompañando al puntapié; el futuro apaleador de Pitracó, quedó sentado en el escalón: puesta una mano en la parte dolorida, extendido el otro brazo trágicamente hacia el lacayote, como

para hacer fuerzas á la próxima impreca-
ción, y el rostro descompuesto como si el
dolor hubiera afluído á su cara, chilló furi-
bundo:

—¡El tío este!... ¿Y osté por qué me pega?

No contestó el lacayo, atento solo á la in-
clinación servil, acompañada de sombrero-
azo, para la ilustre señora que salía; pasó esta
por delante del insultado varón, que perci-
bió un olorcillo glorioso, como escapado de
aquellas enaguas que crugían con suavi-
dad escandalosa; entró en reluciente carrete-
la, subió después el lacayo al pescante y par-
tió el coche con mesurado trotar del hermo-
so tronco de yeguas normandas que de él
tiraban.

¡Ah, instante supremo! Ved cómo el ami-
go de Tomasilla, olvidando rencores pasa-
dos, como hidalgo y caballero que era, no
cuidándose ya poco ni mucho del tropiezo
que su humanidad posterior había tenido
con la insolente punta del pie del fachendo-
so lacayo, chispeantes los ojos por la alegría,

ligero el paso hasta dar en precipitada carrera, y respirando fuertemente, alcanzó el carruaje, cogióse á la palometa de atrás, metió las piernas por el eje trasero, hasta quedar allí sentado con tanta majestad como Faraón en su trono de pórfido, apoyándose con los brazos en la palometa á que primero se agarró; allí iba serio y espetado, pero sintiendo interior deleite divino, placeres ocultos que no podía explicar; algún chiquillo de mala intención, y envidioso porque tales alegrías no disfrutaba, avisó al cochero gritando rabiosamente:

—¡ El látigo ! ¡ El látigo !

Pero él, apoltronado y despreciativo, encogía la cabeza entre los hombros, prefiriendo la sacudida de la fusta, á descender á la tierra vil, de aquel augusto solio, digno de su valor, hidalguía y prosapia, en que se había colocado; allí, sobre aquel eje redondo y pintadito, contemplando el cimbrador mue llaje, las palometas de talladas cabecitas, las ruedas, que giraban vertiginosas con los

rayos, desde la maza á la pina, sobre los que el sol irradiaba con centelleante y continuo relampaguear, y aquel tablero pulimentado y oscuro, que reproducía su rostro atezado, picaresco, las pupilas, negras, inquietas, atrevidas; los ojos grandes, las pestañas muy largas, los dientes menuditos y blancos, la boca contraída con la expresión del indecente vocablo callejero; la gorra de cuartel, grisienta, anchurosa y estropeadísimá, cubriéndole el meollo; la camiseta á cuadritos azules y blancos, de manchas profusas y sendos jirones colganderos; la manga cortada por el codo; morenillo el brazo y la mano huesuda, quedando sin reproducir únicamente en el brillante espejo, las piernas, que colgaban al otro lado del eje; piernas metidas en ancho calzón deforme, con remiendos aquí, roturas allá, remangado un pernil hasta la rodilla, deshilachado el borde del otro, cayendo con elegancia irreprochable hasta el tobillo, y el pie, aplanado, sucio, con enormes grietas y brillantes y curtidas negruras.



III.

CRUZÓ de este modo el carruaje el río de Guadalmedina, avanzó por el Pasillo, tomando después por la calle de Cuarteles, torció á la izquierda luego, y se detuvo ante el Asilo de San Bartolomé; era la distinguida señora que en el carruaje iba, reverente cristiana, dadivosa y en todo completa, hallando suma alegría en visitar diariamente á los pobrecitos asilados.

Entró la dama en el benéfico establecimiento, y el esclarecido personaje de los churretes y los andrajos, también bajó de la

carretela; se desvió con cuidado de los pies del lacayo, pensando, indudablemente, en su alta filosofía y proceder generosos, que es tan censurable cometer un pecado como dar ocasión á que otros lo cometan; y una vez seguro de que el lacayo no volvería á las andadas, dióse á pensar gravemente en la manera de vencer el día, como verdadero hombre de negocios; en primer lugar, tuvo en cuenta que, aparte de aquella condenada de punta de bota, no empezó el día desagradablemente: logró la dicha de despertar como en los cuentos de las hadas, en suntuoso palacio—sin precisar aquí, porque no eran estas pequeñeces dignas de su ilustrado entendimiento;—sin precisar, repito, si despertó en magnífico lecho de alcoba primorosa ó en el escalón mismo de la puerta; después, subió en espléndido carruaje, como correspondía á tan elevado miembro social, y llegó al pórtico mismo de aquella mansión aterradora, habitada por viejos tontos, que preferían encerrarse entre cuatro paredes á la libertad

que él disfrutaba; en este punto detúvose en grande filosofía largo rato sobre las condiciones de esos asilos, en uno de los cuales pasó encerrado muchísimo tiempo, hasta que bonitamente pudo escapar, sin que le volvieran á ver el polvo. Decía el personaje,—sentado en el suelo, como demócrata que también era y varón de fortaleza, hasta el punto de importarle un camino que el sol cayese abrasando su cuerpo, que para habérselas con el sol y para más grandes cosas tenía él bríos:—«¡Bueno, bueno! Convendría ver la manera de tropezarse con un almuercillo,» siquiera fuese frugal, que otras mejores épocas habría, de arrojar la casa por la ventana. Descomunal bostezo siguió á reflexiones tales: indudablemente, el estómago daba la razón á la cabeza; en aquel individuo privilegiado todo marchaba uniforme, no había nadie que se insubordinara; en tan graves cuidados ocupábase su imaginación, cuando vino á sacarle de las hondas abstracciones una escena que se desarrollaba á pocos pasos,

lance interesantísimo por demás, que llamó su atención poderosamente: un viejo recostado contra la pared; una mesilla coja por delante, con algunos canutos de *cañadú*, enfilados en el tablero; dos chiquillos de las mismas condiciones, con poca variante, del que os estoy presentando, entreteníanse en *tirar* una caña: con el índice y pulgar de la mano izquierda suspendía uno la hermosa caña, de nudos suaves y verdores sanos, que hacían agua en la boca al pensamiento del chupetón sabroso y aquel caldito dulce y fresco, rocío bienhechor derramado por la boca, como baba de enamorado; en la otra mano tenía la *jerramienta*, sobre cuyo filo suspendía la *cañadú*, que miraba el tunante con ojos picarescos, y guiñando uno á veces para mejor afilar el pulso sobre el corte del cuchillo; soltó la punta de la caña, dejó caer esta de pronto, levantó el cuchillo á la vez y salió al golpe, la caña por lo alto, hecha mitades.

—¡Agua! ¡Agua! ¡Yo gano!—dijo el que

la tiró:—corrieron por ella, pero ya la había cogido el caballero del carruaje, y se la chupaba tranquilamente.

—¡Eh, que es mía, chavea!

—Güeno, ¿y qué?

—Que me la des ahora mismo.

—No me da la gana— y seguía chupando, arrellanándose otra vez en el suelo; llegó entonces el otro con quien el tirador hubo apostado; distraído mi héroe con sus ideas, relacionadas con el lacayo del puntapié, la dama del coche y la de apoderarse, por último, de la *cañadú* para solazarse de lo lindo el estómago con el néctar sustancioso, no hizo mención de quién llegaba, en aquel instante; dejó de chupar cuando lo hubo visto, levantóse de un salto, descargó tremebundo bofetón en su cara y gritó furioso:

—¡Ay Pitracó, ya te pillé!

Pitracó, que conocía el genio de su rival, se intimidó de repente, y haciendo alas de los piés, aunque tenía muchos calzones, emprendió la fuga con menoscabo de su repu-

tación; el otro escapó detrás, sin oír una voz delgadita y cariñosa que le gritaba :

—¡Padre Eterno! ¡Padre Eterno!...

Pitraco, enteco, flacucho y más ágil, dejábase atrás á su perseguidor muy fácilmente; le perdió, al fin, de vista el Padre Eterno, y sentóse rendido en el escalón de una puerta. *¡Por vicha él!* ¿Quién le mandó *juí* tanto *detrá* del Pitracó? Era otra cosa más que apuntaría en la cuenta, para cobrarle de una vez el día menos pensado.»

Estaba en ideas tales, cuando le sacó de su abstracción la voz dulce que le llamaba nuevamente. Alzó la cabeza y se encontró con Tomasilla; pero, ¡qué Tomasilla, Dios poderoso! Tendría trece años á lo sumo. Era alta, vigorosita, angulosa de facciones, con la flacura natural en ese estado de la juventud que preconiza el término medio de la pubertad y el estado nubil; llevaba pañolillo mugriento en la cabeza, sujetándose con los picos por debajo de la barba; caíale por el hombro desmadejada trenza de pelo cas-

taño, espeso, fino; mantoncito de picos rotos, largos flecos y con flotantes jirones : cruzados los picos y atados por detrás de la cintura; vestido roto y manchado, y desnudos los pies como los del mismísimo Padre Eterno. Mirábale Tomasa compungida y á punto de llorar, haciendo pucheros; él correspondió á la mirada con otra torva, ceño adusto y puños crispados; tenía Tomasilla la nariz respingada y unos ojillos negros y chispeantes, nuncio de tempranos deseos y arrebatadas exaltaciones. *El Padre* aplacó su furia, y cogiéndola por la mano bruscamente, la sentó en el escalón.

—Mira—dijo, como si sus palabras fueran bofetones.—¿Por qué te fuiste *co né*? ¡dílo, anda, dílo!—Ella estuvo sin contestar un rato y el Padre Eterno encendíase otra vez en ira.

No abría Tomasilla la boca para oste ni moste; bajaba los ojos, y juntas las rodillas, cuyas carnes duras se transparentaban por los jirones del vestido, exclamó al fin tímidamente:

—Me pegate y me dolió mucho; pero yo no me fuí de tu lao por eso, sino que tú siempre que chillaba, yo tenía la culpa; por eso, porque no quería verte encorajinao.

—¡Y te fuiste con el Pitracó! El cochino ese que me huyó, tan encaraote como era y tan valentón; ¿no te da vergüenza?, yo pueo más, y si arguien te pega yo lo mato y me lo como; pero ese javegote, puerco, feísimo, ¿me quiere tú dicí?...

—¡Ay, no me pegue, por Dio, que yo te quiero, Padrecito! Yo haré siempre lo que tú me diga, ¿quiere, quiere?—Lloraba la niña al decir esto, y se colgó del cuello del Padre Eterno con sus bracillos flacos, de bellos, que parecían finísimas hebritas de oro.

—¿Y te vas á venir conmigo siempre?

—¡Siempre, que sí; que ya tú lo verá!

—¿Y no va tú á cojé más colillas pa Pitracó?

—¡Lloré yo más cuando me lo dijo! Yo solamente quiero arreojé colilla pa ti; porque cuando me peguen los otros chiquillos

tú mirará por mí y no dejará que me sigan pegando; y aluego, Pitracó é un puerco y le gustan las cositas malas.

—¡Ay, lo que ma icho! En cuanto lo pille le rompo la cara... ¡marditasea!...—hizo rápida transición el paladín de Tomasilla, y abriendo la boca en descomunal bostezo terminó de pronto con esta pregunta:

—¿Tú has comío?

—¡Ay, no, Padre Eterno! Pitracó, hasta me quitaba toito lo que yo arrecogía; pero no me pegue tú, ¿no? yo voy á pedí.

—¡Quítate ¡mujél!, yo que te había de pegá más! No, que ya no quiero que me entren jachares ni otras cosas que me pasan cuando tú no está juntaita conmigo: ¡si tú viera!, anoche no me apañaba á dormí allá, abajito del barco, en la arenilla de la playa; parecía que to estaba negro, y que el barco se iba á volcá por mitaito y espachurrarme y á no verte yo otra vez, y me vine de allí de mío que me iba entrando; pero tú no le diga al Pitracó que yo tenía mío: no era ezo, sino

que tú no estaba conmigo; manque yo sea tan valiente, me vine á mi escalón de la Alamea y allí me tendí. ¿Tiene hambre?

La niña miró tímidamente al Padre Eterno y contestó temblorosa :

—Sí, pero...

—Pero ¿qué?

—Que como no tenemos...

—Verás tú lo que se hará. Mira un carro cargaito de carbón : yo me voy detrás y voy quitando peazos, y tú vienes detrás de mí y apara el vestío y te lo hecho; y yo voy otra vez por más; cuando ajuntemos, lo pulimos po un riá, y mercamos pan y no lo comerémos.

—¿Y no me va á pegá má?

—No.

—¿Manque yo no haga las cosas bien hechitas?

—Que no te pego, vamos ; que la otra vé me dolía aluego en el sitio que yo te dí, lo mismo que una patá que me dió un tío esta mañana.

—¡Ay, mira, mira, ya pasa el carro!

—Güeno, ya tú sabe; te pone detrás.—

Dijo así el Padre Eterno y se dirigió al carro tranquilamente; ya que estuvo cerca, se agachó un poco y por debajo del lecho vió colgar las piernas del carrero; sentado en un varal, llevaba en una mano las riendas y el látigo en la otra; después de cerciorarse de que el carrero no le veía, se cogió al lecho, metió las manos por los huecos que hay en la traviesa, sosteniéndose colgado y bamboleándose; estuvo un momento así, fué encojiéndose á la vez hasta quedar como gara-bato; pudo subir después al lecho del carro, hecho una pelota, como araña, y sin perder de vista al carrero, que le podía sorprender solo con volver el rostro, comenzó rápidamente la faena de coger pedazos de carbón, que arrojaba al camino, haciendo un reguero negro en el polvo.

Iba Tomasilla siguiendo el carro y hacía desaparecer el carbón en la falda, que levantó con las dos manos por el filo, sin

miramientos, porque las pantorrillas y algo más quedaban al aire; hacía desaparecer—afirmo—los pedazos de carbón que el Padre Eterno arrojaba desde el empíreo trono ambulante; en esto estaba la Tomasilla, y ya tenía intenciones de desviarse del camino para ir á vender la mercancía tan hábilmente ganada; hallábase oronda y satisfecha al pensamiento del alegrón que el ilustre protagonista recibiría al verla con cuatro *calé*, lo menos, que por el carbón iban á darle, cuando sintió á sus espaldas algunas voces, pareciéndole á la vez, como si una bola de nieve se la metiera de pronto en su pechito enteco; volvió la cabeza con susto, y sintió recios golpes que en ella asestaban:

—¡Hurrio, mala pieza! —gritábale un hombre que la sacudía.—¡Ladrona, insonrrible, suelta eso!—Era aquel hombre un carrero que iba detrás y á poca distancia del otro. Tuvo la Tomasilla que soltar el carbón, rompiendo por esta causa en lloro á grito pelado. Oyó las voces el Padre Eterno, miró

la escena en que la Tomasilla estaba siendo protagonista desgraciada, y quedó confuso, pensando en el látigo del carrero; este volvió también la cabeza, y al ver sus dominios asaltados por una extraña persona, levantó el látigo para azotarle de lo lindo; pero el protector de la Tomasa había tomado una resolución de héroe, y cayó al suelo con tremendo salto, durante el cual iba en los aires majestuosamente con alas de andrajos y seráfico semblante; no pudiendo sostener el equilibrio al dar en tierra, rodó el Padre Eterno como cualquier humano; el conductor halló entonces oportunidad, y tomándose glorioso desquite, azotó impío al pobre, señalándole con algunos latigazos; levantóse el Padre Eterno, encendido el rostro y el corazón en tremebunda y santa cólera.

—¡Mardita sea!—gritó furioso, como si el dolor de los latigazos fuera vomitivo de maldiciones.—¡Mardita sea!—Y pasándole por los ojos una nube de sangre, se inclinó

rápidamente, cogió una piedra, y con puntería asombrosa la disparó sobre la cabeza del carrero, arrancando después en huída precipitada.

—¡A ese! ¡A ese! ¡que ha *escalabrado* á uno!—Sintió en la vertiginosa marcha estas exclamaciones de los que le perseguían, y abrigaba temor de que estos perseguidores no fuesen *municipales*, que á estos fácilmente les daría esquinazo.»

—¡A ese! ¡A ese!—repetían, y eran estas palabras acicates que más le espolearon; iba sudoroso, jadeante, los piés descalzos: en el continuo levantarse y caer, semejando aspas de un molino en girar vertiginoso, caíanle los calzones y le volaban los pañales de la blusa; la gorra de cuartel no cayó desde un principio de la noble cabeza del héroe, porque previsor y sabio como siempre, aun en medio de las más grandes tribulaciones de su vida, se la quitó y la llevaba en la mano; siguió así largo tiempo, pasándole á la vez

por la imaginación como rápidas exhalaciones centelleantes, el puntillón del lacayo, la cara hermosa de la dama del carruaje, aquel ruidillo de enaguas que percibió cuando la señora salía, el coche espléndido, en cuyo eje iba sentado con majestad de Dios, aquel galopar de los gallardos animales, las pinturitas azuladas, negras y purpúreas de los adornos del coche, aquella cara suya, satisfecha y oronda, que se contemplaba en el pulimentado tablero, el canuto de *cañadú* que empezó á chupar á la vista de Pitracó; la carrera en su persecución...—*¡Por vicha, hombre!* ¡dos carreras ya en un día! ¡Mardita sea! Pitracó tuvo la culpa también. ¡En cuanto lo pille lo pateo!—Recordó igualmente aquel escalón de puerta donde vió á Tomasilla, y al pensar en Tomasilla, detúvose de pronto: ya no le importaba que le pillasen. ¿Habría pasado alguna cosa á Tomasilla?—*¡Por vicha é!*

El muchacho bramó y se le encendieron los ojos con llamaradas de muerte, manifes-

tando entonces, y en toda su grandeza el tremendo carácter del bandido andaluz, para cuya carrera honrosa estaba, sin duda, predestinado.





IV.

QUEDÓ meditando largo tiempo para encontrar la manera de tropezarse con Tomasilla; recordó un sitio en que tenía costumbre de reunirse con la muchacha cuando por alguna complicación, cada cual corría por donde primero le viniera á mano, ó á pie, para hablar apropiadamente. Dirigióse después á las barcazas, el Padre Eterno: encontrábase en la calle de Salinas, siguióla hasta caer en la calle Fresca,—é intencionado de dar un gran rodeo para llegar al punto de reunión, por encontrarse en la misma parada

de los carros y allí al carrero de la descabradura,—salió á la calle de Santa María, atravesó la Plaza, colóse por la calle Nueva y Puerta del Mar, después tomó por la de Panaderos, salió á la Alameda por el lado del puente, entró por la Alameda de los Tristes y llegó al espigón. Desde allí plantadito, veía muy buenas cosas, que no apreciaba por tener la imaginación metida en zarandeo con otros y muy graves asuntos; de pie sobre una roca, nuevo Robinsón en isla desierta, por más que la playa estuviese muy concurrida de personal apropiado, dirigió la vista á lo lejos para ver de encontrar con ella á la ansiada Tomasilla; no pudo lograrlo; saltó de la roca y tomó resueltamente playa abajo; pensaba muy bien que se habría confundido entre aquel marasmo de barcas, javegotes, redes, canastas de pescados y otros requilorios; tan abstraído iba, que no cayó en la cuenta de que las olas se salían del mar muy callandito, llegando finas y melosas hasta sus piés, como perrillo noble que hace fiestas al

amo, sin perjuicio de destrozarle de una dentellada tal ó cual día; éntre un espigón y otro, estaban los artefactos de la pesquería; sobre la arenita, salpicada de guijarros, recostábanse algunas mujeres, con las piernas extendidas, sin cuidarse poco ni mucho de cubrírselas con la falda; el ropaje era tosco y cerca de los jirones; arrugado pañolillo cubríales el busto; tenían el semblante atezado, el pelo en maraña; cuáles daban leche de su seno á unos chiquillos roñosos, con caras como el carbón de negras y legañosos los ojos, y tales espurgaban á la compañera de más acá ó de más allá; miraban otras á los hombres que iban y venían en confuso tropel desde la orilla del mar hasta el centro casi de la playa; guarecíanse estas mujeres del sol bajo los costados de algún barcote, cuyas maderas parecían ya encendidas con los reflejos del padre Apolo; figuraban las tales hembras como arrimos en coyunda legal ó clandestina de aquellos hombres, á quienes siempre veían

en movimiento confuso de ir y venir, y subir y bajar, como partículas microscópicas de un prisma de sol en ámbito oscuro; aquellos hombres, de gorras sin viseras aquí, cabezas descubiertas allá, anchos sombreros de palma unos, remangados los calzones hasta las rodillas otros, y las mangas hasta el codo, ó cortados manga y pernil para menos molestia por el lugar dicho; gastaban chaleco recio, de lana, á cuadros de colores, con abundancia del rojo y gris, blusa de lienzo fuerte, cuando no hacían uso para su vestimenta del desecho de costales, y chaleco, camisa, blusa ó prenda que fuere, sin botones, rotos, abiertos por delante, y contemplándose el pecho allí, recio, enorme, con largos vellos, que más parecían cerdas; las piernas y los brazos eran velludos como el pecho; uníase la cabeza á este por un cuellazo de toro, grandísimo, venas salientes y piel roja como con caricias de almagra; á un lado y otro de los hombres, los barcos, las mujeres, los chiquillos que ya mencioné, de la propiedad exclu-

siva ó no de los de la jábega; tinas aquí de agua hedionda; grandes cajones de sal, mujeres que la cogían para echarla en los capachos de palma, llenos hasta la boca de boquerones, sardinas, merluza y otros artículos de igual especie; junto á los capachos de la salazón, gran cenachería de los pescadores callejeros, arreglando cada cual su mercancía para pasearla después del bracete por la población, pregonándola á gritos; más lejos yerbajos y cañas de trigo, rotas y verdegueantes, comiéndosela con gravedad digna de encomio una yunta de mansos bueyes, con yugo y cadena arrastrando como ánima de purgatorio; otra pareja de bueyes, enganchada la cadena á un garfio de la proa de tal ó cual barco pescador que ya volvía, tiraba para sacarle del mar, ¡aquel mar inmenso, magnífico, con arrullos suaves y músicas gratas, sereno y movable á la vez, con los tonos azules del cielo, plateados por el sol y parduzcos por las arenas del fondo; y en el centro de este cuadro, animándose con el vi-

goroso colorido del cielo esplendente, y del sol que arrancaba reflejos á las arenas, igual que á las olas, el eterno va y viene de los jabegotes con su tralla al pecho, y el cabo de la tralla con su corchillo en la punta: enganchaban esta á la maroma del copo solo con arrojarla; colgando después los brazos, tendíanse casi sobre el suelo, haciendo hincapié para tirar con más fuerza; avanzaban lentamente cobrando maroma; llegaban como á 15 metros de las aguas; el *Gardón* encontrábase allí, charrancillo al modo y manera de Pitracó; iba doblando el *Gardón* la maroma sobre el suelo, simétricamente y conforme salía; al llegar el *jabegote*, tirando y medio tendido, desenganchaba el corcho de la maroma; volviendo al mar entonces, corría, como para tirar iba lento, enganchábala otra vez ya en la orilla, otra vez tendíase haciendo hincapié, y de nuevo tiraba yendo y viniendo siempre, como en rigodón de gracia discutible, con acompañamiento de coplas de la playa, que con decir de la pla-

ya, se dice todo; voces chocarreras, *aleos* del patrón, rumor de olas, llantos de los chiquillos y exclamaciones impacientes de los curiosos, que esperaban la sardina para el espetón y la moraga; á un lado y á otro, el espigón de San José y el de la Mirandilla, viejos, carcomidos, con sus murallas rotas y sus brechas sin cañones, como grandes encías sin dientes, resguardados de las embestidas del mar por gigantescas rocas, y el mar otra vez, luminoso, reverberante, cristalino, surcado como con líneas de plata, y viéndose, al leve ondeo y á la irradiación solar, como gran piélago formado sobre mundos, con interminable lluvia de estrellas.





V.

EL Padre Eterno dejó atrás el copo, dirigiéndose hacia el espigón de la Mirandilla; casi metidos en el mar, estaban los enormes tubos de las aguas de Torremolinos, enfilados, como batería de cañones y esperando á que las zorrillas cargasen con ellos para llevarlos al hoyo que les sirviera de tumba; abrió las zancas el Padre Eterno y cabalgó en un tubo, sin que dejase de meditar detenidamente en su destino adverso; allí pasó algún tiempo lamentándose de la tardanza de Tomasilla, y pensando alguna vez en la condición felina y traicionera

que suele adornar á cierta parte del género femenino: «¿sería posible, gran Dios, que Tomasilla le vendiera de nuevo, pasándose descaradamente al bando enemigo, representado en el chavea de Pitracó? ¡Por vicha é Dió! ¡entonces sí que la cogía por el gañote y le sacaba la nue, por trapisondista y mala hembra! Como le habían quitado el carbón, dándole una tunda, y le vió correr por otro lado, ¿qué de particular tuviera que se marchara creyéndose en abandono? ¡Mardita sea! Él se tenía la culpa, ¡qué Dios! ¿Por qué se echó á juí cuando á la Tomasilla le estaba pegando aquel tío?» ¿Por qué? No se dió respuesta categórica; pero se metió un dedo en la nariz, costumbre muy usual en el célebre personaje, cuando se sumergía en grandes abstracciones; dábale vuelta á la punta del dátil, rascando á la vez con la negra uña las paredes sombrías de las nasales, como en su cerebro daban vueltas y tumbos en gran marasmo las figuras de Pitracó y Tomasilla, resplandeciendo esta en aureola celestial, con

su cara churretosa, su mantón como lluvia de jirones, sus piés de zapatos impermeables, que le subían hasta el tobillo, y que se formaban con el fango de las aceras; su desgredado pelo, cuyas guedejas asomaban por debajo del pañuelín, como risitas de diablillos; su boquilla de labios delgados y dientes finos... «¡Mardita sea! y la probe no comió ná! Como no se vaya con Pitracó, con tanta jambre como ella tiene hoy, en cuantico venga y nos ajuntemos, choro alguna cosita pa que se la pula y pueda comé. ¡Si él hubiera tenía pare y mare como otros chaveas! Tomasilla se juera co né y no tene-ría que robá pa ella, como ya lo hizo alguna ve, manque no le gustara, porque era mu honrao y mu dificultoso, y quería dá lo suyo á niguá de quitarlo.»

Serían las tres de la tarde, el sol caía con fuerza y el hierro de los tubos parecía caldeado; estaba el Padre Eterno mirando á unos chicos jugar en la playa... «¡Por vicha! Si Tomasilla viniera, jugaríamos los dos con



ellos; pero ¡ay! no, que *aniguá* tengo que buscale *manduzca...*» Sintió en esto que le cogían la cabeza por detrás, tapándole los ojos unas manos, y que le apretaban con brío. Sin ver el grave sujeto á la persona que así le acometía, cogió aquellas manos entre las suyas y se las pasó por la cara, y le dió besos y le tiró bocaditos, no haciendo asco á los churretes en que las manos incógnitas abundaban; volvió luego el semblante contentísimo, y se encontró con la cara risueña, los dientes finos, los labios delgados y los ojitos chispeantes de Tomasilla; apeándose de su gravedad en el grandísimo placer que le acometió, echó ambos brazos atrás, la cogió de las piernas, cosa fácil, estando Tomasilla de pie sobre el tubo: ella rodeó el cuello del Padre con los brazos y cabalgando así en el Padre Eterno, como este había cabalgado antes en el tubo, salió el muchacho mugiendo de alegría con Tomasilla á cuestras, dando saltos y haciendo cabriolas.

—¡Arre! ¡Arre!—gritaba ella con férvi-

da placidez, espoleando con los talones desnudos el aire, como á fuerte higar incorpóreo; sin interrumpir el trote ni los saltos, imitaba el Padre con la garganta descomunal relincho, aturdiéndose el uno al otro con su alegría estruendosa, riendo á carcajadas, apretada ella al cuello y él á las piernecitas de la niña, que se descubrían todas por haberse arrollado la falda hacia arriba, hasta que cayeron tumbados en la arena caldeada, revolcándose como dos locos, y aumentando las risas, las explosiones del sentimiento de aquel montón informe de andrajos, de donde parecía surgir, envolviéndolos á la vez, una chispa de luz esplendente, luminosa, impalpable: la vida del espíritu, la poesía del alma, el alma revolcándose con ellos.

Puso gesto sombrío de pronto el Padre Eterno, levantóse con decisión y sin decir una palabra; le comprendió Tomasilla, sin duda, porque también se puso seria: miráronse un instante y nada se dijeron.

—Oye—dijo él al fin—espérate un poquillo, que vendré mu pronto.

—No quiero, ea, me voy contigo—y la muchacha hizo adorable mohín con su hociquillo sucio.

—¡Que no! —replicó él enérgicamente.—Que te quedas tú aquí.

Bajó los ojos Tomasilla con timidez; el Padre Eterno echó á andar aceleradamente; pensaba mientras, que Tomasilla no comió, y se le encendían los ojos en llamas abrasadoras, que solo sentía cuando Tomasilla tenía hambre; ¿pedir limosna? que no se lo dijera nadie, porque le metía un puñetazo que lo doblaba; ¿hacer mandaos? eso sí; ¿cambiar la vitualla por un servicio cualquiera? también; ¿vender décimos de lotería? bueno; ¡pero como aquel se perdió, no le daba el lotero otros! ¡Mardita sea! Y el Padrecito se metía las uñas entre los pelos, hasta hincárselas en el cráneo; entraba por la calle de San Juan; las tiendas estaban allí en profusión, seguiditas unas de otras: de

los techos colgaban los salchichones; en las puertas, grandes pilas de bacalao, barriles de manteca, pasta de chicharrones en el mostrador, queso de bola.

—¡*Por vicha é!* ¡y Tomasilla que lo está esperando con más hambre que Dios!—A to esto sin salirle un *mandaillo*.

Como si de repente subiera á su rostro una oleada de sangre, tomó aquel un tinte subido de escarlata; esperó algunos minutos, entró después en la tienda más próxima, puso sobre el mostrador una mano cerrada al descuido, como si algo tuviera en ella, y con desfachatez para vista y no contada, pidió media libra de bacalao. «Man dicho que de linglé, pa que sea bueno.» Cogió uno de los dependientes enorme faca, se fué para adentro, salió con un bacalao, cortóle un trozo, que pesó detenidamente, lo dió al Padre Eterno y dejó la mano extendida para recibir el importe; pero el muchacho se hizo de un salto atrás, quedó en la calle de otro, y escapó hacia la playa como una centella.

— ¡Al granuja! ¡Al granuja! — gritaron; pero nadie le siguió; ¡ascendía á un real el gasto que hizo! aquellas ofensivas palabras de los horteras, no hicieron gran sensación en su ánimo varonil y esforzadísimo, aunque tenía mucha gravedad y mucho orgullo: el valor de los varones ilustres pruébese en las grandes empresas y nada más; así lo pensaría el Padre Eterno, porque siguió muy tranquilo hasta dar con Tomasilla, *manque* no le gustase, hasta cierto punto, aquello de chorá.

Aguardábale la muchacha, y se alegró al verle, como antes se hubo alegrado de verla el Padre Eterno; visto por la niña el esquisito manjar que el Padre llevaba, saltó de gozo; echóse mano al gran bolsillo, y sacó un mendrugo de pan enorme, que alargó á su compañero; cogiólo este con ansia, después de partirle casi todo el bacalao; iba á llevar el pan á la boca y preguntó de pronto á Tomasilla:

— ¿Y quién te lo dió? — Ella agachó los

ojos, y levantándose luego le miró con susto.

—¿Quién te lo dió?—preguntó otra vez, soltando el pan en el suelo.

Ella dudó un instante, y parecía más confusa cuanto más el Padre Eterno la miraba:

—¡El Pitracó!—exclamó al fin, temerosa.—Como tenía tú jambre y me lo encontré, ¡ya ve tú!—Y hacía la pobre grandes esfuerzos para tragar el bocado, como si de pronto se le hubiese convertido en una de aquellas enormes barcazas.

—¿Y adónde iba?—preguntó el Padre Eterno adustamente.

—¿Quién, el Pitracó?

—El Pitracó, sí.

—An cá on José: le da ocho riale y lo pinta en el trapo, allá, po la Farola.

Se levantó el Padre Eterno sin oír más, y emprendió el camino, dejando á Tomasilla preocupada; cogió esta el pan y el bacalao de ambos, hundiéndolo en el gigantesco bolsillo, almacén de provisiones en los buenos

tiempos; el personaje marchaba acelerado, sin volver el rostro: conocíase que iba con la intención de hacer alguna cosa negra, y Tomasa no se atrevió á decirle una palabra; salieron así por la Cortina del Muelle, el Padre Eterno delante y la niña detrás, á gran distancia; doblaron por el camino de la Farola y entraron después por la puerta de Vélez; á poco dió el Padre con un gran almacén, que sirvió en otros tiempos de obrador de galafates: en un enorme patio había improvisado *on* José un estudio para el gran lienzo que entonces comenzaba á pintar: era un cuadro de género monumental, monstruoso, donde el pintor parece que ha echado toda la savia de su cerebro y todo el ardiente colorido del sol y de las playas andaluzas: representaba el cuadro la escena del copo, descrita modestamente en anteriores páginas, todo del natural, enorme, grandioso, verdadero, la escuela moderna dando tremenda puñalada de muerte á los viejos moldes, pulverizados y fundidos como blan-

do cerucho en los tonos calientes del sol meridional y su espléndido celaje, como oleadas de fuego de una tarde de estío.

Ya sabéis que Pitracó era de la playa: por este motivo, servía á Blanco Coris de modelo para su figura del *Gardón*; alistábase para salir el artista: iba á soltar paleta y pinceles, cuando vió al Padre Eterno que se lanzaba sobre Pitracó:

—¡Eh, chiquillo! ¿qué significa esto?

Pitracó, que no tenía por dónde escapar, hizo frente al enemigo y se cogieron ambos mirándose con fiereza.

—¡A la calle, granujas!—gritaba el pintor.—¿Cómo se entiende? ¡anda tú!—y separándolos, echó al Padre Eterno.

Salió este y esperó en la calle; después de un gran rato salió Pitracó y miró á todas partes despavorido. Tomasilla los contemplaba á lo lejos.

—Ven, chaveita, ven—le decía el Padre Eterno con ardores de calentura.—¿Por qué me juye?

—Yo no te juigo á ti ni á naide.

—Po vente conmigo, anda.

—Amono... ¡qué sabrá figurao este!

Echaron á andar, mirándose hoscos y con disimulo y hablando para insultarse. Pitracó se detuvo de pronto:

—¿Y aonde me quié tú llevá?—dijo receloso.

—Aonde no mos vean.

—Aonde se pillá al borrico se le dan los palos.

—¿Qué, quiere aquí? Po aquí.—Diciendo así el Padre Eterno, se lanzó furioso contra Pitracó, que le recibió con igual fiereza; tirábanse bocados, se daban de coces, de bofetadas y se dirigían palabras soeces. Tomasilla se llegó al sitio del combate y comenzó á gritar sin consuelo; de vez en cuando pillaba las vueltas á Pitracó, tirándole un pellizco regular con sus dedos afiladitos; una vez le cogió en el cogote la garfada y le saltó la sangre; sin callar en la gritería, daba vueltas alrededor de los comba-

tientes, como bestiecilla refocilada con el olor á sangre; las mujeres íbanse aproximando también, y veían á los mantenedores, que estaban ya con el vestido destrozado del todo y los brazos y el rostro llenos de sangre; los ojos les despedían fuego; habían caído los justadores á tierra; se golpeaban allí sin compasión, ébrios de rabia y de locura; llegó un municipal al mismo tiempo que Pitracó dejaba de combatir; el Padre Eterno, levantábase, mirándole con odio; el Pitracó lloraba á voz en grito, y tumbado aún, sostenía con las manos la ancha boca de una herida que le abrió el otro en la cabeza; fué conducido al Hospital Noble, que estaba muy cerca; amarraron al Padre Eterno codo con codo y allá fué caminito de la cárcel, serio y espetado, como un gran hombre que ha cumplido misión veneranda.

Iba detrás Tomasilla implorando compasión y llorosa como una Magdalena; cruzaba las manecitas suplicante y pedía al *zeñó mucipá* que libertase al preso; el *zeñó mucipá*

no tuvo compasión, y llegaron así á la cárcel: al través del mugriento enrejado de madera, viéronse por última vez aquel infausto día, el futuro ladrón y la prostituta en ciernes, ella con los dulces ojitos llenos de lágrimas, y él, adusto, sombrío, encolerizado: ninguno de los dos atinaba á comprender entonces, que pronto empezarían á vengarse de la sociedad que los abandona; con su cuerpo la una, y con su navaja el otro.





DIVINA.

I.

E conocí y le amé al comprenderle: tendría veinticinco años: era de estatura regular, moreno, grandes los ojos, la mirada profunda y reflexiva: debíase al trabajo, y el trabajo era su gloria: el porvenir le tranquilizaba, y el pasado le infundía temor; al tender el pensamiento atrás recordaba una nube negra, horrible tiempo de hondas ansiedades, crueles aflicciones y miserias opresoras, como enorme yugo que aplasta el espíritu y pulveriza la carne, originadas de catástrofes de familias, y originaria

en él, de hecatombes misteriosas del corazón; de entre los jirones de aquella nube se desprendió trabajosamente con la constancia y el estudio; pero en el torbellino, él solo pudo sostenerse firme, viendo caer á su madre macerada por el dolor, y barrida al hoyo por el hambre: quedó aislado con el recuerdo de su santa muerta, y no asesinó; la sociedad, ese látigo que cruje sobre el vicio, sin preocuparse de cortarlo en su raíz, vióse luego honrada por el mísero á quien negó muchas veces el sucio mendrugo, alivio de su enfermedad de hambre, que parecía ya crónica; robusto para la lucha honrada, luchó con valentía; cíclope de la voluntad, libró batallas de muerte con su destino, y cuando parecía ya el gigante de piedra, derrumbado y próximo á lanzar mugiente el resto de extoroso hálito, veíase animado de pronto por aureola de luz que le anegaba el corazón en dulzura, dándole vida exuberante y haciendo circular como oleadas de fuego la sangre del gran organismo.

Era artista: su alma casta, su corazón de fuego, sus ideas grandes. Pintor, creía el realismo libre de subjeciones convencionales, la fuente verdadera de los grandes progresos: advertíase en sus obras, la siniestra mezcolanza de antiguas ruinas y mundos esplendorosos, surgiendo como la creación, de entre las palpitantes olas de luz del genio colosal.

Era elogiado, grandemente elogiado; la Fama, no tuvo inconveniente en acicalarse con sus mejores trapitos, y dengosa, con carita de pascua y recogíendose el sayo—que no siempre ha de ser vaporoso cendal flotante—agarró su más larga trompeta y allá se fué por esos mundos como una perdida, á este quieres al otro no quiero, encajando á todos el nombre del consabido, que por contraste digno de mención, es hoy la fecha en que no pude yo saber todavía. Él conocía su valer y estaba satisfecho: no era orgullo, sino la conciencia que de su trabajo y su perseverancia tenía; veíase halagado, y sin

experimentar goces grandes, tuvo galanteos, que de galanteos no pasaban; hacía mal á la mujer, inconscientemente; sin darse cuenta de que lo hacía; sus galanteos costaron lágrimas á infelices que cifraban en él su dicha; entregábanse confiadas al amor de aquel hombre, atraídas por su exterior agradable y su talento que avasallaba, y nunca, sin embargo, pudieron asomarse al abismo de su pecho; allí, donde solamente había horrendas negruras y glacial indiferentismo por todo lo que no fuese el arte á que se consagró. Era ardiente su palabra, correcto, fácil, embriagando á la mujer en saturaciones de cálido efluvio que revolvían su sangre, secaba sus labios y humedecía sus ojos con extrañísimas vehemencias: candorosa ó prevenida, ninguna de las mujeres que hubo tratado, dejó de creer en tal ó cual tiempo que era amada por el artista, consecuencia lógica de su natural fogoso, su temperamento ardiente, demostrado en su manera de ser, por entero suya, en sus menores actos, en sus

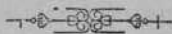
más indiferentes frases: era la luz, el fuego, la vida que se le desbordaba, cayendo y pesando sobre los otros seres; imponíase sin conocerlo; hacía esclavos de su voluntad sin apercibirse del poder absoluto que sobre los demás ejercía: estos caracteres, existen; se ven en todas partes, viciados aquí por la educación, deplorables y más terribles allá, por la delicadeza misma de los principios: la fisiología los designa con el nombre de apasionados.

Llegó un día en que mi hombre amó al fin, como debía amar un hombre de su fibra; amó de veras y para siempre; á la mujer de su enamoramiento, la vió por vez primera de noche y con luna, y sintió desde el primer día de haberla conocido y amarla: otro hubiera recordado muchas veces aquel cantar de su tierra:

«Yo me enamoré de noche,»

pero él, nunca; decía que era desgraciado, y no culpaba á nadie; desde aquella noche de

luna, comenzó la gran batalla de toda su vida restante, la gran batalla con aquel rival digno; se encontraron dos polos: volcán y nieve; la cálida noche de estío y el resplandor suave de la luna, fueron la decoración, principio de la gran tragedia.





II.

Vió á la mujer, y no hubo progresiones en su cariño: se conmovió todo y sufrió hondamente, porque en el mismo instante no pudo acercarse á ella, hablarla frenético, estrechar su mano, morir de emoción viendo su sonrisa, apartar á un lado conveniencias y ceremonias sociales, obtener su cariño en el primer momento, en la primera ráfaga, mirarla, y nada más... ¡y aquella noche ni siquiera tuvo el consuelo de que ella le mirase! La conoció en un paseo, y no pudo saber cómo se llamaba; preguntar á otros su nom-

bre, era imposible; poníase malo de pensar que alguien que no fuera él conociese el nombre de la que era ya su ídolo; la confirmó con uno que se amoldaba, como todo lo emanado de él, á su intransigencia, á su irritación contra el medio ambiente: la llamó *Divina*. Era blanca Divina, blanca y pálida, como aquella hermosa luna de la noche en que la conoció: regular de estatura, delgada, pero con proporciones bellísimas; hermosa, suave, indiferente; sus ademanes lentos, no pronunciadas sus facciones, los rasgos de su cara, inseguros, débiles, como su temperamento y como su organismo; á ser cierto que es el organismo del animal humano máquina perfecta que funciona con el impulso imperceptible de la vitalidad, que calienta y mueve la sangre, ese algo, motor de las funciones laboriosas, parecía un absurdo, relacionado con Divina; no había en aquel cuerpo pulsaciones regulares; parecía la sangre coagulada en las arterias, como esos ríos cristalizados por los hielos, allá, en las regiones árticas; su epi-

dermis, fué adquiriendo mate blancura con aquel desequilibrio de la sangre; no circulaba debidamente, no parecía latir el corazón con la fuerza de los primeros años, no hacía hervir la sangre brotando á la piel con la efusión suavísima de colores sonrosados, ni á los ojos en ráfagas luminosas que encienden el deseo.

Manifestó él su cariño al fin después de muchos días de incertidumbres; le oyó ella con calma, con mucha calma; pareció como que comprendía hasta qué punto era amada, erigiéndose en déspota desde el primer momento de su reinado.

Todas las ocasiones, eran aprovechadas por él, para contarle sus ansias, su enamoramiento, su ilusión; parecía escuchar ella con atención marcadísima, y en muchas ocasiones notaba el apasionado que hacía la virgen un movimiento de sorpresa á tal ó cual arranque de su corazón, cuando agitado y tembloroso, vertía sus ideas en insinuante y fogosa palabra; pero encerrábase Divina al mo-

mento en la misma quietud y silencio indiferente: ¡la misma serenidad de Limbo! no decía *sí* ni *no*: vaguedades, elucubraciones; superficial de un modo extraño, pareciendo sus réplicas vacías de sentido, y movía algunas veces la cabeza como al yugo de algún peso que la molestaba.

Asombrábase el hombre y se confundía en inquietud indescriptible, cuando en medio de sus peroraciones ardorosas, se quejaba ella de haber comido poco, ó hablaba de asuntos indiferentes, de Zutano ó Mengano, del novio de Fulana. ¡Horrible contraposición con lo que él sentía mientras! La conceptuó de sandia alguna vez; en uno de estos casos, examinóla detenidamente; no dejó un rasgo, un detalle, una línea de la fisonomía hechicera: —¡No, imposible — se dijo — no es lo que aparenta; no es estúpida!

Y, efectivamente, si lo era, no lo parecía por lo menos; aquel cuerpo delicado, aquella suavidad de contornos, la dignidad de sus ademanes, el reposo de su palabra, la bon-

dad que, como beso de Dios, parecía rociada por aquel rostro de ángel pálido y bello como marfil lustroso, sin una tinta roja, sin un cambiante de grana, revelando su complexión orgánica, débil, aunque no enfermiza, delatadora de la escasa riqueza de la sangre, su labio superior, delgado, fino, arqueado fuertemente hacia la nariz, como si tendón invisible le sostuviera; todo esto, revelaba en Divina, temperamento superior, imaginación viva, ideas propias; contemplaba además sus dientes finísimos, su abundoso cabello negro, luciente, su sonrisa de virgen; escuchaba su voz, no argentina, sino un tanto apagada, pastosa, agradable, y cerrando los ojos, estremecía en brusco sacudimiento:— ¡No—decía—no es posible que Dios acumule tantos hechizos en una bestia; aquí existe algo, y aun mucho; hay alma, la buscaré!

Otro mes había pasado desde que hizo su declaración natural en la forma y con la conveniencia, entre un caballero finísimo y una

señorita distinguida; mejor hubiera querido cogerla de un brazo, mirarla fijamente, confundirla en una ráfaga de aquel fuego que le quemaba el corazón, besarla hambriento, y exclamar jadeante:

—¡Te quiero con toda mi alma! ¿Tú me quieres?

Sufrió, pero se contuvo: ¡La buena forma! ¡La conveniencia! Hubo dudas por parte de Divina, vacilaciones; pareció como con ansias de decir algo, que no expuso por cálculo, ó cortedad; afirmó que sus padres no le permitían *novio*, y él alentaba apenas; contrariábase además; aquello de *novio*, no le cuadraba á él; le parecía informal, feo, ordinario, poco significativo; era en todo igual, fuerte, nervioso, exaltado hasta lo sumo: «¡novio!» ¿por qué? ¡No quería ser novio! ¡un pedazo del corazón de la mujer á quien adoraba! ¡su inquietud! ¡su insomnio! ¡su pensamiento fijo! ¡su alegría eterna! Escuchábale Divina asombrada y sentía una especie de terror instintivo, no comprendiendo el amor de aquella manera.



III.

CIERTA noche, creyó volverse loco de ventura: tuvo ocasión de hablar con Divina más detenidamente: ella titubeaba, habíale dado ya algunos plazos para la contestación definitiva, y estuvo la noche á que me refiero algo más animada.

¡Oh noche de alegría que jamás olvidó!
¡Cómo seríais en adelante la estrella fulgente que iluminaría alguna vez para consuelo puro los abismos del alma del hombre! Divina dió el sí, y salió el amante hondamente excitado por la emoción. ¡Le amaba Divina... le amaba! ¡Benditas horas que pasó de torturas in-

mensas y lágrimas de fuego! ¡Ayes quejumbrosos de los moribundos seres queridos del corazón; noches horribles de ventiscas y nevadas, sin fuego para confortar los ateridos músculos, sin pan que mitigara el hambre devoradora! ¡Benditas, benditas seais una y mil veces, si fuisteis precisas para llegar al instante supremo de oír la palabra tímida de la virgen diciendo amores!

Se creyó por un momento querido de igual manera que quería; pero ¡ay! al verla de nuevo después, no la conoció: apoyando la frente, en la hechicera mano, contemplaba al que era ya su amante con reflexiva fijeza; mirábala él, y con la sonrisa en los labios suspiró de dolor; en aquella mirada, no encontró su ansiedad satisfecha; no asomó por aquellos ojos el sentimiento que buscaban los suyos; no advertía en su mirada, ni ternura, ni inquietudes; no era de amor ¡aquel amor que minaba su existencia, y del que se hizo esclavo!

Transcurrieron días y meses, y fueron aquellas unas *relaciones* anómalas, extrañas,

terribles; él, amante siempre, apasionado, y ella, al reverso, tranquila: tenía un novio, y nada más; él ambicionaba la frase balbuciente de la pasión que se desborda; la sangre encendida que estalla en un beso; el ansia, el ahinco; la ráfaga centelleante de los ojos; la lucha, la agonía, la muerte en el mismo círculo de la aureola de luz y de apretado yugo; el egoísmo, en todo absorbente, de un amor sin dique, con infiernos y glorias, con nubes negras y soles espléndidos... Quejábase ella porque no la seguía el novio al ir de compras ó visitas; le participaba fielmente á qué hora y en qué templo era la novena á que pensaba asistir; cuándo su papá quería llevarla al teatro, á los toros, á los títeres, y á cada palabra de estas, él sentía una congoja nueva; acometíanle sacudidas nerviosas, miraba con locura á la mujer, y se preguntaba como entontecido: — ¿Pero esto es amor?

Cierta vez, al pasar por su casa, la vió hablar desde sus balcones con una señora anti-pática.

—Divina—dijo él—no te impido que hables con ella, pero no pasaré más á esta hora para no verte.

—Pasa—contestó Divina—te prometo que no me verás otra vez.

A la tarde siguiente pasó: estaba conversando con la susodicha; él inclinó la cabeza para que no viese la sangre que, como brasa de fuego, había afluído á su rostro; cuando alzó los ojos no estaba ella en el balcón; la vió después y no la dijo una palabra; al siguiente día volvió á pasar, lo mismo, hablando con la otra; sintió como un dardo sutil que se le hincaba en el corazón, y le palpitaron con fuerza las arterias de las sienes; pero no hizo caso, era un ligero malestar que pasaría; habló con ella tranquilo, hasta rió alegremente por causa fútil... pero desde aquel instante, sintió malestar y dolores punzativos hacia la parte izquierda del pecho.

Vivía Divina en antigua casa solariega, cuya construcción databa de muchos siglos atrás; constituía este edificio, ya ruinoso, parte de

la hacienda de sus abuelos; los padres no querían dar en tierra con el caserón, por los recuerdos artísticos que conservaba, cosa muy frecuente en ciertas casas de Andalucía, con especialidad por la provincia de Córdoba. En muchas ocasiones, quedó mi héroe embelesado ante las fachadas de aquel gran edificio, negro y solitario, que se levantaba, como espectro de otras edades, en una plaza iluminada de noche vagamente por un farolillo colgado ante un *Ecce-homo*; asomábase Divina al balcón de piedra, medio arábesco y con remembranzas bizantinas, y la luz del farol proyectábase sobre su rostro pálido é inmóvil: la miraba él y conmovíase: seimpresionaba hondamente: ¡qué amor aquell

Era muy delicada Divina; á él no le extrañaba esto:—Lo que mucho vale—se decía—delicado ha de ser.—Sentía ella tormentos en la cabeza, acometíanla mareos, la dolía el corazón de tarde en tarde, padecía desganos y se quejaba á menudo; algunas noches, cuando los dolores de la cabeza más

señoreaban en el precioso modelo.—Las horquillas me incomodan—hablaba Divina;—arrancábaselas del cabello, caían las pesadas trenzas sobre el peinador blanco que ceñía su cuerpo, y parecían á él serpientes negras que se enroscaban caprichosas á un tronco alabastrino.

La vió una noche, allí, tras las vidrieras del balcón, destacándose entre los nevados visillos, los fuertes tonos de su negro cabello, y apareciósele como la sacerdotisa cristiana en el pedestal mismo de su inocencia.

Abrió Divina una de las hojas del balcón, asomó el busto é inclinó la cabeza para oír algunas palabras confusas que, admirándola, él pronunciaba; vínosele una trenza desde la espalda al seno, cayendo después hacia fuera larga y brillante, y creyó él, por un momento, que era la escala bendita por donde podría llegar al trono mismo de la Virgen; acometiéronle deseos de postrarse de hinojos y adorar al ídolo; pero al ídolo verdadero, ¡al ídolo de piedra! ¡A Divina!

Interrumpióle ella del éxtasis, manifestándole que solo había comido aquella tarde un pastelito y media copa de vino de Madera, porque estaba muy desganada; él sintió á esta salida, así como bascas de rabia; sonrió y le dijo:

— ¡Cuídate, Divina! ¡come bastante!

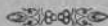
No pudo contenerse, sin embargo, en aquella ocasión, y añadió como un suspiro:

— ¡Frívola!

Oyóle Divina y exclamó:

— ¡Si me dices frívola no te quiero!

Él rugió de pena y se echó á reir... y sintió por segunda vez como un bichito extraño que le andaba en el corazón, pero un bichito muy sutil: parecía su contacto como el roce que nos produjera una hormiga recorriendo nuestra piel.







IV.

PASABA el tiempo: Divina, siempre la misma: impresionándose poco: siendo sus emociones cortas: sus actos cerebrales lentos, como su ademán y como su palabra: nada, nada de empuje intelectual: ni violencia ni energía; tardando siempre en sus decisiones; no enojándose nunca ó durándole poco el enojo, si este llegaba; displicente, sin desdén; lánguida sin romanticismo; cariñosa sin expresión, no podía ser estremecida masa orgánica tal, por la trepidación fuerte de las grandes pasiones.

Paseábase Divina con otras amigas; iba á

tal ó cual parte y él con ellas; en este caso, hablaba él en el tono de Divina, chancero, frívolo; el tono de la juventud bulliciosa: ese lenguaje alegre que solo se compara con el trinar de las aves: hablaba así, pero ocultando su contrariedad y no consiguiéndolo; violentábase fuertemente, porque hubiera querido estar solo con Divina, hablar con el otro lenguaje de su corazón apasionado hasta la fiereza: sentíase molesto cuando Divina reía, cuando hablaba, como no fuese para él la risa, para él la palabra, para él todo; si hubiere tenido corazón para odiar, hubiera odiado hasta el nombre de Dios, cuando Divina, velado el rostro con los encajes de la liviana mantilla española, se arrodillaba en la iglesia piadosamente, sujeto el devocionario en los blancos dedos, y puesta la mirada en el cuerpo azotado de Cristo.

Á uno de sus arranques frenéticos, repuso ella cierto día:—Oye: mira que no te quiero así ¿lo sabes?

—¿Y cómo me quieres?

—Ten mas calma, hombre; me asustas con esas cosas.

—Si tú fueras como yo,—replicó él, afanoso,—no te asustarías: no te perturba nada.

—Yo seré también como tú, no tengas cuidado; pero hijo ¡tú quieres de un modo!

Este coloquio á que no estaba acostumbrado, le llenó de placer; hallábanse solos como por un descuido de los demás, y arrebatado siempre, dió un beso á Divina en la boca; escapó ella, y cuando ya estaban acompañados, acercósele cautelosa y le preguntó al oído, curiosamente:

—Oye, ¿por qué te quemaban los labios? ¡Qué susto me diste!—y sin aguardar respuesta:—Ah, mira que mañana salimos con unos parientes—y se alejó para recibir á cierta amiguita que llegaba.

Quedó él, alegre como nunca lo estuvo: se interrogó á sí mismo con agonía:—¿Me quedará? Mañana lo sabré: no me atrevo á creerlo—primer momento de felicidad desde que conoció á Divina; su naturaleza indomable

no conocia término medio: «todo ó nada» hasta entonces, nada tuvo; el pensamiento del todo le volvía loco; llegó á su cuarto y como era también algo poeta, cogió la pluma y pensando, pensando, llenaba al par distraidamente el papel que á mano tenía; tiró la pluma, se acostó: lo que había escrito eran solo palabras sueltas: «Divina» «te quiero» «me quieres» á esto se reducían.

No durmió en toda la noche, pero aquella, fué de insomnio, de alegría, de impaciencia porque llegara el momento de verla otra vez; comenzaba á embelesarse y despertábase sobresaltado: abría los ojos despavoridamente; se figuró verla, que se aproximaba á él, con sus ojos como no los había visto nunca, acariciadores y luminosos, húmedos por el amor los labios, sonriente, ansiosa, ruborizada, palpitante, mórvida, con su bata blanca, suelta y ondulante, con su cintura estrecha, con su escote precioso, donde se destacaban como de entre finos nácares, flores y púrpuras. — Abrázame — le decía — yo soy tuya,

bésame, yo te quiero, yo te he querido, mi cariño es como el tuyo, nuestras almas son iguales,—y casta y ruborosa, enamorada y amante, le brindaba con los besos de su boca, con el fuego de su pecho, con la gloria de sus ojos, con el dogal de sus brazos, y le acariciaba con sus rizos negros y besábale con el alma, é inquieta, confusa, avergonzada, pero siempre casta, siempre pura, dejaba caer inerte la cabeza sobre el lecho.

Aquel sueño grato, hízole ver en lontananza días de ventura: hacían ya los preparativos para casarse.—Dos meses,—dijo aquella mañana cuando se despertó—dos meses nada más, y seremos felices: vivirá para mí, viviré para ella; será mi esposa. En estos giros de su pensamiento iba, cuando sintió de repente un frío glacial en la nuca: pareció como que á la vez le asestaban fuerte golpe en lo interior del pecho: se irguió aterrado y después de algunos segundos de inquietud, se echó de nuevo; se durmió tranquilo y soñó con Divina. ¡Soñó que Divina le quería!

Levantábase diciendo:—Sí, esta noche lo he de saber, ¿me querrá?—Y temblaba. ¿Cómo querría saberlo? Fuése aquella noche como de costumbre á ver á la adorable linfática. Díjole Divina que estaba bien, que no le dolía nada, y él gozó: hablaron de cosas indiferentes: cuando él quería llevar la balanza del diálogo hacia el platillo del corazón, á la primera frase que pronunciaba, inclinábase ella y decía:—No te oigo, repítelo.—Mordíase los labios y lo repetía: cuando ella escuchaba al fin, no daba respuesta. y cambiaba él la conversación; pero le costaba trabajo y á las andadas volvía.—¿Cuándo me vas á querer? —le interrogó aquella noche, de pronto.

—Pero hombre, ¡válgame Dios!—contéstole tranquila ¡si te quiero!

—No, así no—rugió él...

«¡No me quiere! ¡No me quiere!»—decía luego con honda pena y como aplastado por peso gigante.



V.

AQUELLA noche se acostó inquieto, soñó cosas tristes, se levantó y aún era de noche; cogió la fotografía de Divina y la dió un beso; sintió irresistibles deseos de escribir, y enfiló estos renglones, que vinieron á mi poder milagrosamente, y que guardé cuidadoso como muestra rara del carácter de aquel hombre, ahogado por la pasión engendrada en su mismo exceso de vida espiritual y material, que surgía al exterior en grandes fiebres y extraños anonadamientos; decían así:

Queriendo ver anoche si podía
hallarme separado
de ti un momento, bajo mi almohada
no puse tu retrato.
¡Qué doloroso insomnio! De la noche
las horas fuí contando...
no pude más, me levanté del lecho,
y cual triste sonámbulo,
al retrato llegué, y en él un ósculo
estamparon mis labios,
loco y ardiente como las pasiones,
y misterioso y vago
como el roce del ala de un arcángel
con el cáliz de un nardo.
Lo que tuviera el beso ¿quién podría
jamás adivinarlo,
ni el enamoramiento, ni las ansias,
ni el suavísimo halago,
ni la pureza, ni la fe, ni el ímpetu
con que allí fué estampado?
Pero si Cristo al muerto de Betania
dió vida, como Lázaro,
tu imagen muerta recobró la vida
al beso de mis labios.
Lo que pasó, no sé: tembló mi cuerpo,
se movieron tus párpados,

oí tu pecho latir, miré en tus ojos
lágrimas y relámpagos,
y arrodillado oí que me decías,
con el arrullo blando,
del suspiro, y la queja, y la plegaria:
—¡Soy tuya! ¡te idolatro!

Leyó lo escrito y lo guardó después:—
¡Son locuras!—exclamaba con dolor. Cruzó
los brazos sobre la carpeta, inclinó sobre
ellos la frente, cerró los ojos, pasaron así las
horas y se extinguió la luz.

Cuando despertó, era muy de madrugada:
le dolía un poco el corazón y bastante el cerebro; tenía en la mano un pañuelo de Divina, y lo besó; al levantarse notó flojedad en los músculos, mucho cansancio: lo achacó á la mala noche, y quedó tranquilo.

Cierto día, oyó Divina estas palabras transcendentales en boca de su novio:

—Pasado mañana vienen á pedirte para mí—y al decir para mí, sintió alguna cosa grande que le obstruía la tráquea.

—Bueno — contestó Divina tranquilamente.

Aquella tranquilidad fué el golpe de gracia para el corazón del novio. — ¿Pero por qué, Dios santo, por qué era así la mujer de quien se enamoró? ¡Ay! ¿qué podía ya esperar cuando no se conmovió siquiera al hablarla terminantemente de matrimonio? ¡No pensó en lo grande, en lo solemne, en lo divino de la eterna unión de dos criaturas que se adoran! ¡Desdichado, desdichado mil veces, que no encontró una mujer que se le pareciera!... Y la amaba más entrañablemente cuanto menos Divina le comprendía...» Cuatro meses después estaban casados.

La fiesta con motivo de las bodas fué brillantísima : encontráronse los recién casados al fin solos; Divina se había dejado caer en un pequeño sofá situado frente al lecho: ¡El hombre temblaba! ¡la mujer no!

Paseó él una mirada inmensa por aquel cuerpo precioso, que se doblegaba envuelto en crujientes sedas y vaporosos tules, for-

mando caprichosos arcos de elegantes y suavísimas curvas de irreprochable corrección. ¡Y todo aquello era suyo! así lo pensaba él. —¡Mío! ¡Mío!—Cuando quisiera podría tocar los corchetes del vestido de Divina, acariciar sus profusos cabellos negros, estrechar su mano... besarla, si era su voluntad, y su voluntad, ya lo sabéis, era mucha.

¿Estaría soñando? Para convencerse de que no era sueño, se sentó en el filo del taburete donde ella tenía los piés colocados; cogió una mano de Divina; no estaba aquella mano ardiente ni fría, sino tibia; él la estrechó con las suyas; ella le miró con tranquilidad hermosa, y sonrió; él seguía estrechando aquella mano; expresión dolorida cubrió el rostro de Divina:

—¡Que me lastimas!—exclamó.

—Acaba, Divina, dilo —murmuró él como si agonizara.

—¿Pero qué quieres que te diga?

—¡Que si me quieres!

—Sí, te quiero, —respondió desprendiéndose.

dose de las manos que la retenían, y yendo pacíficamente á poner en agua una flor que había desenredado antes de sus cabellos.

Ahogó él su tormento con una sonrisa que ella no vió, y quedó contemplándola: se puso de pie, llegó á la cama y se sentó á su borde.





VI.

Ah, pálida luna misteriosa, la de compungido semblante y dulces languideces! Si tú hablaras ¡qué bien contarías lo que en la alcoba de los neófitos en la escuela de Himeneo, ocurrió aquella noche de recordación infausta; no niegues, no, que pendía del techo por cadena de bronce, finísima lámpara de cristal, cuyo color de rosa pálido daba al rostro suave matiz, que embellecía el de Divina! no niegues, no, que la luz de la lámpara parecía extinguirse, y su reflejo débil tenía menos fuerza quizás, que un rayo tuyo,

que se filtraba curioso por entre las persianas, yendo á fijarse con blanda molicie sobre los pliegues de las ricas colgaduras del lecho; aquellas colgaduras que caían del elegante anillón de ébano, lustroso y azabachado, y que la lucecita de la lámpara destallaba allí, semejando risilla de pícaro duende juguetón. ¡Oh noche, la más grande y terrible que pasó por novio enamorado! Corría un viento sutil y cálido á la vez, pero sin ser molesto, con un olor vago y suave, mezcla del que despide la tierra húmeda y la brisa de mar: era un soplo dulce que adormece y perfuma, como el aliento mismo de la mujer amada.

Luego que estuvo el marido contemplando á Divina un instante, llegó hasta ella otra vez, cogió su falda y tiró con suavidad. Quiso desnudarla y se opuso ella instintivamente.—No, no,—dijo resuelta; como si comprendiese luego que había de ser, comenzó á desnudarse, pero á espaldas al marido: los pudores vencían: se desnudaba la virgen;

penetró una ráfaga de aire, ligera, como polvillo alado, impregnándose al llegar á él con los azahares de la corona; cerró los ojos y aspiró con ansia: ¡qué marasmo! Se avanzó á ella y fueron cayendo lentamente las prendas que vestía, así, como una á una deben caer las hojas de la flor, hasta quedar en la bellísima corola; pero antes que las hojas cayeran del todo, pareció como que la noche quiso resguardar á la flor envolviéndola casi en sus tinieblas: habíase apagado la luz, quedando dueño y señor el rayo tenue de la luna.

—¡Divina!—oyó la mujer que decían en aquel instante.

Era la voz de él... ¿pero qué modulaciones había encontrado Divina en aquel acento, qué dulzuras extrañas, que se olvidó de todo, y jadeante y afanosa le preguntó:

—¿Qué tienes?

No contestó él, la miró estremecido; había notado la primera chispa en los apagados

ojos de la divina estatua, que relampaguearon un momento en la oscuridad. ¿Podría la chispa encender el gran combustible? El rayo de luna alumbró de lleno el rostro de ambos; se contemplaron un instante: se acariciaban aquellos ojos. ¡Ah! ¿qué sintió él? atrajo entonces á Divina, la rodeó con los dos brazos la cintura, descansándole estos en las caderas, y cruzando sus manos por detrás:

—¿Me quieres? —le interrogó apagadamente.

—Sí, te quiero; ¿pero por qué me miras así? —contestó ella sin apartar los ojos del hombre.

—Porque no quiero que me quieras de ese modo.

—¿Cómo entonces? —preguntó Divina... y lo preguntaba de buena fe.

La atrajo él más, y se oyó un leve continuado susurro.

¡Qué palabras! eran agudos puñales de fuego.

—¡No, no te sueltes; ven Divina, ven por

Dios! ¿Pero será posible que este calor en que me abraso no te lo pueda infundir? ¡Ay! no, no; ven, mira el cielo y la luna, que parece que nos sonríen; siéntate aquí, sobre mi rodilla; pero levanta la cabeza, ¿por qué escondes la cara? mira que me desespero; eso es vergüenza y no cariño; así, apóyate sobre mi pecho. ¿Quieres sonreír? sonríe, mujer mía, que estoy yo á tu lado para sellar con un millón de besos cada una de tus sonrisas; ¿quieres llorar, Divina de mi alma? yo estoy aquí para secar tu llanto; mira las estrellas qué resplandecientes; mira la noche qué serena; mira tu frente qué pura, mira mi cariño qué grande, y siguió, siguió... era su palabra terrible, ¡brotaba dulce, embriagadora, insinuante, llena de vida, de fuego, de armonía, irritada y quejumbrosa, tímida y soberana; fué Divina inclinando la cabeza lentamente; el relámpago reverberaba sin extinguirse; la irradiación se engrandecía; escuchábale ella feliz! era el acento aquel, música deliciosa que la embriagó primero, amodorrando inmedia-

tamente sus sentidos, para ir despertando, por último, en otras esferas dilatadas; aquella flojedad, aquel entumecimiento de sus músculos, desapareció con las variadas notas que herían sus fibras, haciéndola revolverse con inquietud.

Sintió él de pronto como si el corazón le diera un salto en el pecho, hizo una exclamación extraña y estrechó aterrado á Divina.

—¿Qué tienes?—volvió á preguntarle.

—Nada, nada; y ella siguió escuchando con embeleso la interrumpida música de notas grandes y de suspiros tristes; la música continuaba; hubo un momento en que creyó Divina que extrañas corrientes operaron revolución espantosa en su organismo; sintió sacudimientos, cuyas causas no comprendía: la chispa prendió al combustible, la lava llegó á las venas, los glóbulos blancos de aquella sangre parecieron enrojecerse con fuego, que brotaba á las pupilas en relámpagos y rayos luminosos: como si aquel inmenso fuego hi-

ciera desaparecer por un instante la linfa, carcoma roedor de todo el organismo, circuló con rapidez la sangre ardiente, rica; los nervios estallaron, y como serpientes retorcidas y enroscadas las unas á las otras, amenazaban despedazar en un instante aquel cuerpo precioso, cuando sintió Divina así, como un zumbido espantoso que repetía:

—¿Me quieres, dí, me quieres?

No oyó más; cogiendo entre sus pequeñas manos la cabeza del hombre, le miró con vértigo y estampó en su boca un beso de mujer. Él dió un suspiro de alegría y cayó desplomado; retúvole Divina un momento, y le llamó después, más serena: ¡no contestó! le llamó otra vez y más fuerte; le removi6, y tampoco: estaba muerto!

Hecha después la autopsia al cadáver, el médico murmuró tranquilamente:

—Aneurisma.



Lloró la viuda al muerto, pero le lloró poco: las grandes emociones pasaban en Divina como ráfagas... cuando pasaban.

¡Ah linfáticos!





EL TOBALO.

I.

DECÍA, pues, y si no lo decía empiezo á decirlo ahora, que, detenido el carro ante la casa núm. 20 de la calle de la Trinidad, un mozo del Muelle, que llegó á la vez, desató las cuerdas que sujetaban los chismes para que no cayesen con el traqueteo: con ayuda del carrero echó abajo una mesa de roble, medio coja y con enorme profusión de arañazos y manchas; otra mesa de pino, más pequeña, algunas sillas de Vitoria y seis cuadros,

cuatro con láminas en litografía representando la historia incompleta — porque no todo puede decirse — de Diana de Poitiers y el dichoso Delfinito. Por lo que se refiere á los otros dos, exhornábase el primero con un Cristo, pintado al óleo, de mucho tiempo atrás, cuyo semblante imponía miedo, al contrario de mover á lástima, como debiera — comprobación irrefutable de que hay artistas peores que judíos, — y de una Virgen del Carmen, el segundo, hermosota, el rostro así, un poco basto, los ojos grandísimos, la boca pequeña y agradable el conjunto, mucho más agradable que la cara de aquel cristo viejo; echóse también á tierra un lavabo de hierro, negruzco, mohoso, de tres pies, muy alto, como trípode espeluznante de condenada hechicera; una jofaina de barro vidriado y con adornos de ramitos azules; un catre pintado de verde, con el lienzo deteriorado en color al igual que en firmeza; un colchón, que allá se iba con el catre; una estera de junco enrollada; gran lío

de ropa, por una de cuyas aberturas asomaba desvergonzadamente el pernil de un pantalón, salpicado de lodo; varios enseres de cocina abollados y limpios, una percha, un anafe y un escobón.

Todo esto fué subido por el mozo al cuarto núm. 23 del corralón de la Laguna, bajo la inspección de un hombre de raro aspecto: tendría de cuarenta á cuarenta y dos años; era chiquitín y delgadito; manejábase con viveza; vestía con aseo irreprochable; su frente era ancha y con asomos de calvicie; gris el pelo; las orejas grandes y no replegadas y echaditas atrás, sino como puestas allí de estorbo; tenía pulcramente afeitado el semblante y distinguíasele en la barba un color ceniciento y lustroso, como el de algunos santos en su capilla; los labios, descoloridos y entreabiertos, con risita bonachona, dejaban ver unos dientes blancos, firmes, afilados, menudos: dentadura de chacal, que contrastaba con su carilla y su cuerpecillo de cordero; el bigote, á cuyo color se recorda-

ban los montecitos de cal y arena, llevábalo muy recortado, sin guía; los pelos hacían pensar detenidamente en las palmas del escobón que entonces colocaba el hombrecito con mucho cuidado en un rincón de la sala; tenía el pelo traído á las sienes, en forma de tufos, haciéndose de esta manera más vistosa la calvicie; las cejas eran espesísimas, largas, de un color más oscuro que el cabello y el bigote; la nariz regular, muy dilatada, como la de caballo que relincha, y como huéspedes que descendían de oculto camarín misterioso, asomaban por ella unos pelillos negruzcos, gruesos como garfios, cuyas puntas doraditas iban á engancharse en el bigote; las manos estaban limpias; las uñas eran muy largas, pero limpias también al igual que las manos; calzaba lustrosísimas botas; vestía pantalón ancho, negro, con tirantes y de moda atrasada; chaleco de piqué amarillo, con grandes ramos verde-púrpura; almidonada pechera; cuello bajo; levitín estrecho de cintura y voleado de faldones, por uno de

cuyos bolsillos asomaba una punta de gran pañuelo de hierbas; en aquel instante colocaba sobre una silla el sombrero de copa, que se había quitado; era este sombrero alto, verdoso, con ala plana y estrecha, badana de color de ceniza y forro oscuro.

Ágil hasta lo inconcebible, y con manejo propio de mujer hacendosa, arregló el mobiliario tan simétricamente que nada más habíale que pedir: tendió primero la estera, armó la cama en un ángulo de la habitación, que no tenía alcoba, colgó luego á Cristo en el testero de la derecha, en el otro á la Virgen del Carmen, la percha al lado, y en la percha las ropas del lío, repartiendo los otros cuadros por las paredes, donde siguió la tuna de Diana diciendo cositas al regio mozo, sin temor de Cristo ni de la Virgen, que con el rabillo del ojo la estaban mirando; puso la mesa de roble á los piés de la cama, la de pino en un huequecete que había detrás de la puerta, sobre la de pino el anafe, y en aquel hueco mismo, sudoroso y oscuro como

cripta aterradora, colgó las herramientas del arte culinario, terminando así la instalación de nuestro hombre.

Nadie tenía conocimiento, ni aun de cómo se llamaba: la casera del Corralón pudo saber al fin que era su nombre Cristóbal, y el *zeñó Cristoba* fué desde aquel día la gran fuente de curiosidad de aquellas ilustres desgreadas. Cuando salía el *zeñó Cristoba* por la mañanita para ir al mercado, limpio, afeitadete, bonachón, con sus ojitos vivarachones y su risita afable, preparado de un bolso para meter la compra, como harapientas brujas que por ley de los contrastes hiciesen vida del monjío, de las celdillas ahumadas y pestilentes de aquel gran claustro de la miseria, salían las mujeres despeinadas, soñolientas, horribles, descalzas, medio desnudas, raído el refajo, y las enaguas que pedían á voces lebrillo, jabón y zapateo; chiquillas entecas, legañosas, descamisadas, garroteras; jayanes vagabundos, también soñolientos, en calzoncillos, el ve-

lludo pecho al aire, desordenado el bronco pelo, ceñudo el rostro aún por la idiotéz del sueño pasado, y desperezándose con posturas insolentes.

Ninguna de estas personas logró saber al principio en qué se ocupaba el *zeñó Cristoba*, luego que volvía del mercado por la mañana, hacía el almuerzo y desayunábase: hubo quien le siguió cierta vez en su segunda salida, es decir, después del desayuno; la primera vez que sucedió esto, volvió la cara el hombrecete, se encontró con el vecino y esperó á que llegase:

—¡Hola, vecinito!—exclamó restregándose las manos y con aquella risita que vieron siempre en su boca.—¡Hola, vecinito, con que llevamos igual vereda! Pues mire usté, vamos á entrar en este cafezuelo, que me agrada convidarle.

Bebieron juntos, terminó el convite, y ya en la puerta los vecinos:

—Pues mire usté—habló de nuevo el *zeñó Cristoba*—yo voy *allabajo* y usté echa-

rá por ese caminito, ¿eh? — y lo dijo de un modo tan amable que el espía echó por donde le marcaron.

En la misma semana le siguió otro sujeto, que volvió al corralón á la media hora; todos se le agolparon como avispa á colmena: el individuo en cuestión, que era echado para adelante, bruto como ninguno, y valiente hasta no poder más, se tapaba el rostro con ambas manos.

— ¡Eh! ¿qué traes? — preguntóle uno. — Pero ¿qué tienes, hombre? ¡Digo, pues un carrillo hinchado! ¿Qué es eso?

— ¡Una bofetada!

— ¡Pijotilla! ¿Y de quién?

— Del *zeño Cristoba* porque le seguía.





II.

CAUSÓ esto general asombro, y nada más pudo sacársele al abofeteado; pero desde entonces rehuyó la ocasión de hablar del viejo y saludábale respetuoso cuando le encontraba.

No se dió aquél por entendido y siguió imperturbable su método de vida: por la mañana, la compra; después, alistar el almuerzo, desayunábase seguidamente y salía en el acto hasta muy entrada la noche; los vecinos hallábanse ya cabizbajos y pensativos—como se estila en las entregas de á cuartillo de real—y las mujeres se volvían locas: ¡Santísimo

Señor! ¿Quién era aquel hombre? ¿En qué gastaba el tiempo? ¿Dónde comía? ¿Cuál era su ocupación hasta las altas horas de la noche? ¡Qué corrillos se iban formando algunas veces, junto á este ó aquel pilar de los que sostenían los extensos corredores, cuajaditos de celdas, de techos sucios y polvorientos, paredes salpicadas de lejía, cristales rotos, ladrillos levantados y desvencijadas puertas! Era una aglomeración de personas terrible, un hervidero espantoso; había allí doncellas, chiquillas, viejos, mozos, comadres, niños, seres, en fin, de todas edades, de todos tipos, de todos colores, abundando el moreno, y algunas de las mujeres, cargadas con su mamón, que se cogía al desvergonzado pecho con dientes y uñas, como ministro á su cartera; agrandábase más y más el corro: los que estaban detrás alargaban el pescuezo hacia delante, saliente el hocico y ávidos los ojos, y los del centro volvían el semblante, feliz, orondo, alegrillo y hasta con amagos de desdén por la satisfacción de dar la noti-

cia á los de atrás; allí estaban todos, murmurando, removiéndose, mordiendo, y de vez en cuando surgía la nota del bebé que berreaba, el crujido de un azotazo y el gruñir de una matrona impaciente, de aquel gran concilio de personajes históricos, que tenían por alfombra las nunca lavadas piedras del patio, y por flotantes doseles, las ristras de ajos y las jaulas viejas que colgaban por el exterior de los corredores, y los cernaderos, los pañales y las zaleas puestas á secar en los tendedores; aquellas cuerdas, que se cruzaban algebráicamente, recortando en vagas líneas el cielo azul, luciente, esplendoroso, y con ligeras nubecillas blancas, pabellones de blondas que parecían, recogidos sobre la falda de elegante coqueta.

Llegaba el *zeñó Cristóba*, bonachón como siempre, con su risita afable y sus dientes menudos, y sin hablar metíase en su habitación: se daban los curiosos al diablo. «¿Pero sería posible no encontrar la tecla de lo que fuese aquel hombre? ¡Jesús bendito!» Al-

gunas comadres se sofocaban de impaciencia, y seguramente hubieran dado gustosas un dedo, una mano, un brazo, el cuerpo si se lo pedían, y el alma, si apretaban un poquito, por la satisfacción de decir á las otras vecinas esto y lo otro sobre la *conduta* y la *via* y milagros de tal hombre. Cierta vez llegaron las cosas á un punto extremo, y creo yo, ¡Dios me perdone! que habrían enfermado aquellas benditas, convirtiéndose su curiosidad en hidrofobia, en rabia de saber, si no ocurre al poco tiempo el caso que dió lugar á que todo lo supiesen.

El asunto á que me refiero acaeció hace ya muchos años: era día festivo, y el célebre barrio de la Trinidad, aquel barrio de los buenos mozos, los guapetones, valientes, cerriles, echados para adelante en todas las formas y en todos los terrenos, con la copita de más siempre en el buche, el juicio de menos siempre en la mollera y el trémendo cuchillo de á dos palmos siempre en la faja; aquel barrio famoso, fiel espejo, ornamentación

preciada y prez y honra de la ciudad, hallábase alborotado; los compadres estuvieron de *boya* desde por la mañanita, que con Dios amanecieron, y habíanle visto ya los vecinos en algunas tabernas tomando la otra, muy alegres, para que no acabasen mal como de costumbre; por todo el barrio se murmuraba que habría gresca, y así sucedió; como á la una de la tarde, sintióse en la calzada de la Trinidad gran estrépito, silbar de pitos de los *municipales*, fuertes voces de «¡Á la guardia, á la guardia, que lo han *matao*!» cerraderos de puertas y general confusión: un compadre había partido por medio á otro de un *viajazo*; los parientes del que murió, arremetieron faca en ristre con el vivo; los amigos de este les hicieron cara, y estalló, por consecuencia, gran combate; todos eran fieras terribles, y no se podía ya poner remedio; las autoridades quedaban arrolladas; las hembras, rabiosas y brabuconas, ayudaban á sus hombres; sucedieron con este motivo aquella tarde escenas que inspiraron asombro y ho-

rror: estaban dos hombres luchando en la calle del Tiro; apareció de pronto la mujer de uno de los contendientes y animó al marido, azuzándole con interjecciones extrañísimas; en la calle de la Trinidad, cogió otra un enorme pedruzco y se lo arrojó al enemigo por la espalda, tumbándole para siempre; salía una corriendo detrás de su marido, de cierta casa de la calle de los Mármoles: otro de los compadritos seguía á la mujer, amenazándole con una escopeta que asía con las dos manos por el cañón; conforme iban corriendo descargó el golpe, no le hizo daño al pronto, por no alcanzar al cuerpo, pero al dar la culata en las piedras, pisó la cola del vestido, y la mujer cayó de espalda; el compadre la pisoteó entonces; aquel día resultaron algunos compadres muertos y otros heridos gravemente: la consternación del barrio era terrible.

¿Y por qué concluyó la batalla? Algún vecino del corralón de la Laguna lo supo y lo contó después, pálido el rostro y sudando

de miedo : la lucha fué más empeñada en la calle de la Trinidad, donde estuvo el foco y de donde partió la chispa: habían cerrado las puertas de la calle, y los vecinos gritaban desde los balcones : los combatientes, y nadie más, estaban en *lo del rey*, señores y dueños del cotarro, amonestándose furibundos, arrojando llamas por los ojos, espuma blanquecina por la boca, y dando bríncos terribles para alcanzar al contrario con el golpe ó resguardar el cuerpo de su arremetida; pudo observar entonces alguien que, por la esquina inmediata, asomó de repente el *zeñó Cristóba*: lo que sucedió fué tan rápido como pasmoso : su figurilla escuálida destacóse perfectamente, avanzando con naturalidad en dirección de la puerta de su domicilio... y ¡oh portento maravilloso! para seguir en camino recto, precisábale atravesar por entre los energúmenos mantenedores: dejó de sonreírse, pero no de avanzar; llegado que hubo á ellos, que no hicieron mención de su persona por lo recio de la contienda—entre los

gritos de los de arriba, que le amonestaban intencionados de que se retirase de allí creyéndole loco, percibióse una voz lanzada por el hombrecito, pero una voz estridente y aguda, en tono de interjección, enérgica y firme, juntamente con un dejo frío y desdeñoso á la vez, que helaba la sangre:

—¡Sinvergüenzas!

Tal había sido la palabra; todos la oyeron, y conocíase por demás que se dirigió con ella á los matones; uno volvió la cara, quedóse parado de pronto, guardó la herramienta y exclamó, contenido súbitamente en su furia: —¡*El Tobalo!*—¡*El Tobalo!*—exclamaban asimismo los otros, guardando también los cuchillos.—¡*El Tobalo!* ¡*El Tobalo!*—repetían, y en cinco minutos quedó la cosa terminada, mientras el hombre subía á su cuarto y se mudaba tranquilamente de camisa.





III.

AFIRMÁRONSE, pues, de que era el zeñó *Cristóba* un extrañísimo sujeto. ¡Con qué ojos se miraron las celebérrimas comadres del corralón de la Laguna y otras de la vecindad ya mediditas en pormenores! «¿Sería é *limonio*?» Hiciéronse cruces, y cuentan las crónicas que se repartieron guantadas y arañazos entre las ilustres heroínas trinitarias, porque se dividieron prontamente en dos bandos para afirmar: uno, con las razones *irrefutables* arriba indicadas, que era el zeñó *Cristóba* el alma en pena de la *Pola*, aquella

hembra de pelo en pecho jacarandosa, y *juncá*; aquella contrabandista brava, que escupía por el colmillo y que tanto talego de onzas relucientes dejó enterrado, afirmando el otro partido que, efectivamente, era alma en pena, pero no una, sino tres en una convertida, ó sean los espíritus condenados de aquellos tres ladrones, *Fajardo*, *Fortuna* y *Nene*, que murieron en garrote vil en mitad de la plaza, por haber quitado la vergüenza á una misma hora, en un mismo sitio, delante de los padres y amarradas á unos álamos, á tres pobres mocitas, que eran hermanas.

Pero después de la lucha entre las mujeres, fué Dios servido de ponerlas el magín un poco más claro, como si las mutuas y cambiadas palizas hubieran sido la gracia de Dios que las cayese en benéfica lluvia; enderezadas ya por no mala vereda, dieron en que se podría saber algo de lo concerniente al viejo, yéndose con un par de preguntillas sueltas á uno de los celebérrimos compadres á quien conocían; pero sería hecha la pregunta con mu-

cho sentido y mucho aquel, y si lo encontraban propicio, que era indispensable ir con una mano por el suelo y otra por las estrellas, y tantear bien los flancos para echar una platiquita con cualquiera de los compadres, aquellos brutos, que no entendían de razones, y á lo mejor se hacían atrás y *metían mano*, siendo muy de agradecer que se contentaran con soltar unos cuantos moquetes; llegóse á saber con tales requirimientos, que era el *zeñó Cristóba* un notabilísimo hombre. Sucedió, que vino en esto la nohecita de San Juan y convidaron al compadre á tomar unas cuantas copas, á lo que nunca supo negarse el valiente sujeto; metiéronle en el corralón, y allí fué Troya; se armó un fandango de mil demonios: tocaba el compadre la guitarra que era un primor, y hubo su acompañamiento de bandurria, castañuelas y platillos, para no dejar feo al que tocaba; y yo no sé cómo se las arregló cierta moza, pero en lo más hondo del jaleo, calláronse todos, tendió el compadre la guitarra sobre sus rodillas, acabando la ope-

ración con un repique de dedos en la madera; se agruparon más las personas, estiráronse los pescuezos, aguzáronse los oídos y hubo una gran expectación, hasta que el valiente rompió en habla con tonillo áspero, no obstante lo cual, era apagadito, apagadito, como temiendo subir demasiado para que no le cortasen las alas; y con aquel tonillo entreverado de asperezas y miramientos, habló de este modo:

«Pues han de saber ustedes que se llama Cristóbal, pero que le dicen *El Tobalo* por mal nombre, y que es el baratero que moja la oreja y pone ley á todos los guapos de Málaga y Andalucía por la tierra y por la mar, y que no se pongan y me digan que no, porque meto mano y se arma la gran zaragata ahora mismito.—Nadie osó chistar.

—¡Por *via é mi mare*, hombre: ustedes no saben ni han sabido nunca lo que ese caballero es! Ni tan siquiera *vide* uno de su igual en toditos los años *den que* yo como sopa. Atención que voy á principiar.»

Tosió el compadre, se removi6 en la silla,

escupió recio, arrancó á la guitarra algunas notas, que vibraron como sollozos entre el gran silencio que había, y fué de esta manera la relación continuada :

«Es un camastrón ese hombre, nadie le saca una *palarbita* del cuerpo ; ahí donde le ven ustedes, tan chiquitino, que parece un tapón *aflao*, tiene astucia de zorro, salta como el cigarrón, corre como el conejo, como la serpiente se enrosca, como el toro muje, como el lobezno muerde, como el perro es leal, como la oveja manso, como el león valiente, frío como la salamanquesa, y con todo y con eso, se ríe el hombre como un angelito de Dios que ni pincha ni corta. Nadie sacó todavía en claro de dónde vino ni adónde va ; ninguna persona le conoció padre, ni madre, ni mujer, ni hijos : tal como ustedes le ven, se presentó una noche en la *timba* de la Loba : hará de esto seis años, y lo tengo todavía metido en el *magín* como si estuviera sucediendo, y solamente de pensarlo se me ponen los pelos de punta. ¡ Qué nohecita

aquella! Era entonces la *timba* de la Loba la de más *caliá* de toda Málaga y se tallaban allí ocho y diez mil duros de golpe y *zumbío*, como la navaja del tío Rosao; hacía el gallo en la timba un negro feísimo como el demonio, con el alma negra como el cuerpo, y atravesados también los ojos, porque era bizco para lo que ustedes gusten mandar, y con más agallas que Cristo en la cruz; le decían *Meri* al desgraciado aquel, y como baratero de la *timba*, tenía siempre en un potro á los puntos, igual que á los banqueros, por lo que no podían verle ni á tiros; porque en diciendo el negrote por aquí meto la cabeza, por allí la metía más que se tropezara la tierra con el cielo y le cogiesen entre los dos por mitad de la *rabaiya*, partiendo por el *eje* al individuo de su cuerpo. Era el *Meri* grande como un castillo: tenía un pechazo de mulo, que nadie lo vió igual; patas de mulo también tenía; manos de lo mismo, y lengua que no era de mulo, sino de escorpión; cuando el *Meri* dejaba caer una de las ma-

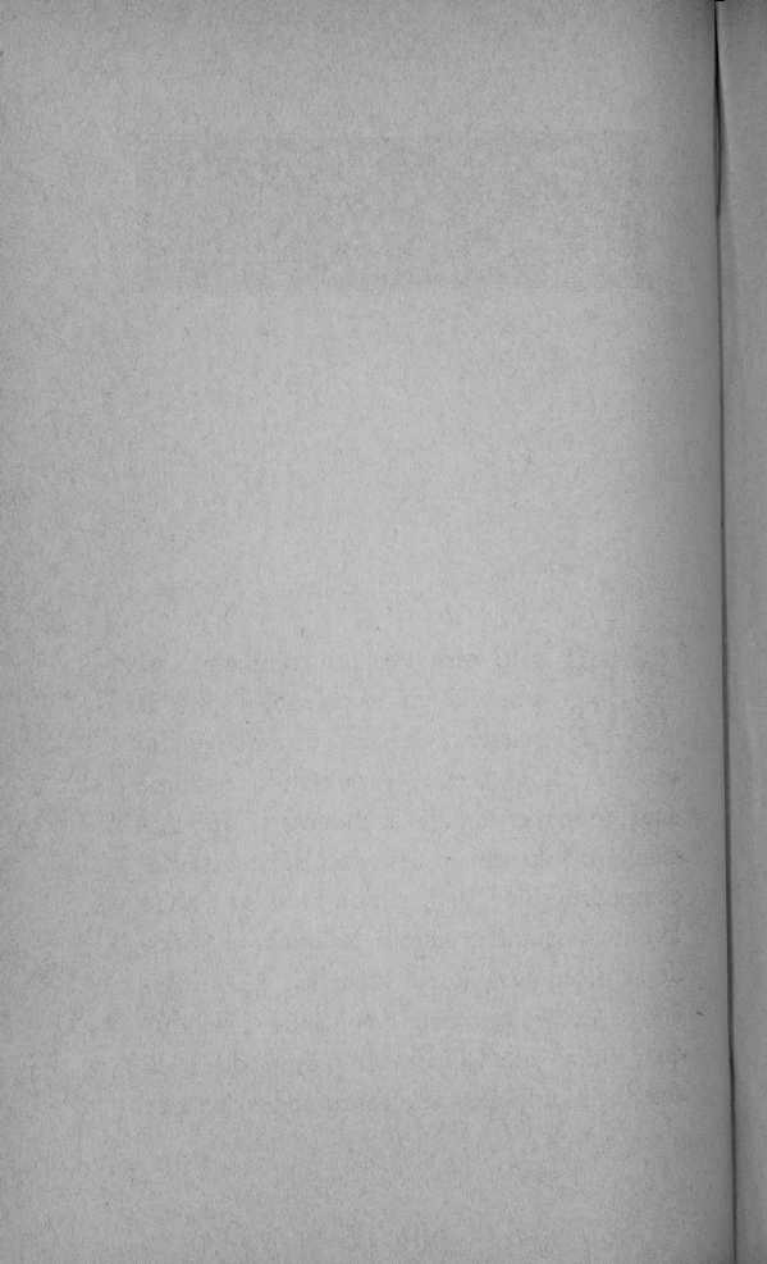
noplas en la mesa, crujía el tablero y había temblor de tierra, llenándose de confusión aquellos hombrones, que el que más y el que menos cumplió honradamente su condena en presidio; tenía *Meri* los labios gordos y coloradotes como dos tomates reventones; chatunga la nariz y metida para adentro por el sitio de los ojos, como si le hubieran dado un martillazo allí en *mitaita* sin poderlo remediar; dos patillejas encaramoladas y sucias, le colgaban como bolsitas á un lado y otro de la cara, y eran las bolsas tan antipáticas, que parecían llenas hasta la boca de cosas feas; era el pelo corto y *retorciete* en caracoles; un tío, en fin, que metía miedo solo con toser un poquito, con más barrabasadas hechas que pelotes en la *chorla*, y con más intención de perro que el *Moño*; cuando entró de baratero en la Loba, hacía un año que salió de Ceuta; allí le hicieron una *chifarrá* en la cara; le entraba el costurón por el lado izquierdo de la frente, como si ya al demonio le saliera un pedacito de

cuerno. Estaba aquella noche *juntaita* de la mesa, tirado para atrás en un sillón que cru-
jía sin consuelo por la carga del ganzumino
que se le echó encima; le veíamos en la boca
un cacho de puro tamaño como una viga, su-
jeto con aquellos dientes granduchos y ama-
rillos como piezas de dominó, y armaba él
solito con los chupetones una *jumarea* que
llenaba la casa.

»Entre jugadita y jugadita alargaba la ma-
no sin chistar, y el banquero le ponía en ella
una *misa*, ó dos, ó un *chulé*, según fuera la
cosa de más ó menos *sinificante*; echaba aquel
dinero en un cajón que tenía allí puestecito
sobre la mesa, y se quedaba mirándonos á
todos con aquellos ojetones encendidos, como
de perro de presa cuando tira el bocado.

»Pues vamos á que, desde el punto y hora
que comenzó el juego, se había sentado á
la vera de *Meri* un hombrecillo; puestos los
dos en pié, no le llegaba al de la *timba* á
los sobacos; le vimos todos los presentes, y
nadie le dió importancia: era un mirón, por-

que ni jugaba *tan siquiera*. Las dos de la mañana serían cuando *Meri* dijo con voz de becerro, que hizo retemblar los cristales y apagó tres ó cuatro luces:—Ea, muchachos, se acabó; no se juega aquí más.—Cerrado el pico y gachita la oreja nos preparábamos á salir, cuando cata que de repente se alza el hombre chico, se va flechado á *Meri*, se empuja queriéndole alcanzar al hombro con la mano, le da una palmadita, riéndose como ustedes saben, y le dijo... dice—Una *palarbita*, mozo bueno.—Volvió la cabeza *Meri*, miró á quien hablaba, se puso el cajón del dinero bajo el brazo, dió al puro un chupe-tón que hizo subir la candela dos pulgadas lo menos, sin ponderar, y soflamero, como granuja que siempre fué, echó al *Tobalo toítico* el jumo en la cara; se le fué encima *Tobalo*, le quitó el puro, lo tiró por la ventana, y á los que vimos aquello, solamente de pensar lo que *Meri* podía hacer, nos entró un calambre, que tuvo que disimular la negra honrilla.»





IV.

Tosió otra vez el compadre, se removió en el asiento, soltó la guitarra, lió un cigarro, pidió candela, dióle fuego, y pensando el autor aquí, con perdón de la modestia, que haciéndose eco de lo que se afirma que el compadre dijo, podría contar á su modo lo que él contaba, coge la *palarbita* por donde la dejó, para tomar resuello, y aquí tienes ya lector, por donde continúo diciendo, que, *Meri* quedó con un palmo de boca abierta, asombrándose, como todos los que

allí estaban, de aquel atrevimiento que no sabía el guapo cómo castigar.

Díjole con indiferencia :

—¿Qué quieres?

—Una cosa que te será muy fácil: que me des esa caja.

Echóse á reír *Meri*.

—Pero miquillo—exclamó entrecortadamente, por impedirle la risa hablar de otro modo.—¿Sabes tú lo que cuesta esto?—y golpeó la caja con una mano.

Sonrió *El Tobalo* con mucha dulzura, y echadas las manos hacia atrás.

—Oye —contestó afablemente como gatito que se relame—cuando pase un rato verás tú lo que te ha costado á ti no darme la caja en el momento de pedirla: yo no quiero tus cuartos para nada, pero sí que te quedes sin ellos, porque se me puso; si hubiese en esta tierra, y en Andalucía y en toda España uno con más renombre de guapo que tú, á ese iba yo á decirle lo que á ti te estoy diciendo; y vámonos al sitio que tú quieras,

que estoy ya que me abraso porque me ensartes con ese cuchillo largo, muy largo, que me han dicho que reservas á los buenos amigos; *Meri* no le dijo nada; designó por sus nombres al *Singüeso* y *Matarrata*, que eran sus dos mejores compañeros; después, exclamó dirigiéndose á los de la sala en tono campanudo y con cierto dejillo benévolo:

—¡Que venga quien quiera!

Con los rivales y los dos sujetos mencionados, salieron hasta ocho de los jugadores, anhelantes de saber en lo que paraba la singularísima aventura.

Ya en la plaza embocaron tranquilamente por la calle de Santa María: desde la puerta de las Cadenas, veíase la catedral como gigantón vestido de negro; daban en aquel instante las tres en el gran reloj de la torre, y pasado un minuto, percibíase aún el eco de las tremendas campanadas, llevado por el aire levantisco, fuerte y húmedo que azotaba los rostros; la calle de Cister esta-

ba desierta, como la de Santa María; en la plazuela de la Aduana conversaban callandito dos serenos, agarrados á los chuzos é inmediatos á sus faroles, que arrojaban las lucecitas sobre las piedras de la calle desde el escalón medio caído de una puerta; á la entrada del palacio, dos guardias en sus garitas; á la izquierda, y más adentro, el primer centinela de la Alcazaba, mustio, silencioso, reliado en su capote; la luz de un reverbero proyectábase sobre las bayonetas de los soldados, haciéndolas destellar fuertemente; al rumor de los pasos del grupo que conocéis, uníase alguna que otra vez el canto del sereno, el alerta prolongado y quejumbroso de los centinelas de la Alcazaba y el castillo, el rumor continuo y creciente de las olas del mar, alborotado entonces, y entre las olas, el bramido lejano de la máquina de algún buque; el Muelle estaba solitario; hacía una luna clarísima; interrumpíase á la derecha su reflejo suave por la sombra de la gran silueta de la Aduana;

extendíase el murallón como faja parduzca á lo largo de la avenida; ni el Hospital Noble, ni la Plaza de Toros, ni los plantíos de la falda de Gibralfaro, ni las casas de Pries, ni el arbolado de Reding, nada existía por aquel tiempo; después de los palos escuetos y elevadísimos de las embarcaciones, la senda que al faro conducía, y en la parte opuesta, playas anchurosas, solitarias, tristes, arrancando desde los casucos aviejaados y medio caídos de Malagueta. *Meri, Tobalo* y los otros que componían el grupo, avanzaban por el camino de la Farola; el mar estaba furioso: estrellábase á la derecha contra los enormes pedruscos cubriéndolos de espuma, y á la izquierda, venían las olas, allá, de lo hondo, agrandándose conforme avanzaban, imponentes, altas, negras, con bordes espumantes y blanquecinos, como festón de nieve y en traidor silencio, hasta romper estruendosas, volcándose sobre la playa como fantásticas torres de cristales y perlas que se derrumban; volvían luego arrastrándose al

abismo, con acompañamientos de burlonas endechas formadas por los chinllos y las arenitas, mientras allá, más lejos, lucía melancólica luz del faro, roja, verde, amarilla, semejando los diferentes colores entre el cielo y las aguas, espíritus vagorosos; las almas en pena de algunos pobrecitos náufragos.

Comprendíase ya adonde se dirigía *Meri*: á la Farola, junto al Espigón; el terreno era llano, duro y á propósito para el combate. Llegado que hubieron al sitio, detúvose *Meri*, sin que nadie osara desplegar los labios; su rival, que parecía entre los circunstantes improcedente figurilla, se dirigió al negro:

—Oye—le dijo—despacha, que tengo flato, ¿lo entiendes? Me mareo con ese venque-te-vas de las olas, lo cual que no sé yo si este flatillo será también de asco de verte.

Sacó *Meri* un largo cuchillo.

—Mira—contestó con benevolencia,—ya voy á darte gusto, anda.

—Sí, hombre, si ya sé que tienes mucho deseo de abrirme en canal.

—Bueno,—replicó el otro adustamente—saca el *lenguao* y menos música.

—¡Ca, hombre, si no es música! si yo te pego á ti sin cuchillo y sin nada; para que tú veas que yo no miento—y diciéndolo así, se avalanzó á *Meri* de un salto y le dió una bofetada.

Fué entonces aquello verdaderamente asombroso: lo que no se ha visto ni se verá jamás en los anales de la guapería y de los bravos: habían lanzado los presentes una exclamación de asombro cuando vieron la demostración del hombrecillo, y contempláronse un momento presas de malestar extraño: *Meri* lanzó también un rugido de furia que dominó al de las olas; iluminaba la luna transparente aquellos rostros, aumentando su palidez; con el bramido del negro, hizo duo una risita estridente del *Tobalo*, y se echó á la vez atrás, resguardándose con destreza de un furioso golpe; el gran cuchillo reverberó

un momento; los reflejos de la luna relampaguearon en su bruñida hoja, pero cortó el aire la herramienta sin tocar al *Tobalo*; los ojos de *Meri* despedían lumbre, tenía las facciones descompuestas y encendidas, contrajo la boca, y los terribles dientes los apretaba con igual furia que si tuviese apresado el corazón de su enemigo; los demás, á excepción del *Tobalo*, estaban temblorosos: nunca vieron cosa parecida; disparóse *Meri* con otro viaje, saltó el *Tobalo* como si le hubiese despedido la tierra, encogió los piés al mismo tiempo y le pasó el cuchillo por debajo. —¡Pobre!—oyeron todos que murmuraba: estirándose, encogiéndose, avanzando como un tigre, retrocediendo con rapidez para resguardarse siempre de las embestidas del condenado, sacó un objeto del bolsillo de uno de los faldones: estaba envuelto en un papel, lo deslió, tirando el papel luego: era una navaja pequeña, de un golpe; abrióla, y vieron todos que aquel hombre, frío, sereno, con la risa en los labios, tranquilo el rostro y como

entreteniéndose en juego agradable, evitó al cuerpo una enorme cuchillada; irguióse después, avanzó al *Meri* sin que éste le pudiese tocar, le amenazó al vientre con la navaja, quiso el otro resguardar aquella parte de su cuerpo y tuvo que descubrirse la cabeza; hizo entonces un giro la fatídica navaja, subió rápidamente, y como cosa natural, inevitable, como si no hubiese tenido otro remedio que suceder así, hendió con su hoja la barba del negro; subió, subió más, se arrastró por los dientes, haciéndoles crujir, llegó á la nariz, la partió, y terminando el horrible camino, salió por el lado izquierdo, tocándole en la ceja; bufó el negro más reciamente y corrió para ahogar entre sus brazos al enemigo; pero hizo este un ligero ademán y bastó para que *Meri* cesara en la lucha; tiró la herramienta del oficio de matón, que nunca más debía ejercer, y se arrojó al suelo: revolcóse allí furioso y mugiente; echaba espumarajos por la boca, abofeteábase sin piedad con la mano derecha, sujetándo-

se con la otra una gran herida en el vientre: la herida que le tumbó al suelo; arrancábase túrdigas de la garganta, hundiéndose en ella las uñas. — ¡*Meri!* ¡*Meri!* — le gritaron los otros — pero seguía revolcándose como poseído de tremendo ataque de epilepsia, y era su boca al mismo tiempo desbordado torrente de maldiciones y sollozos horrendos, como bramidos de monstruos que brotaban de las profundidades, con las montañas de olas; aquellas olas negras, de bordes blanquecinos, movibles, resplandecientes, que morían para nacer más grandes, y todas ¡á fuera! ¡á fuera! bramando y revolcándose como el *Meri*, y queriendo salir del medroso abismo para agarrarse á la tierra; para ahogarla en sus blandos anillos! para abrirle sepultura con las conchas y los corales del vientre del coloso! Dió de repente el negro un terrible bote y cayó de bruces: todo había concluído. *Tobalo* limpió la navajita, la guardó, y llegando á los testigos de aquel duelo singular, les hizo esta pregunta afablemente:

—¿Me puedo llevar la caja, señores?

Le abrieron paso con respeto, cogió la caja, la tiró al mar y se alejó sin volver el rostro, después de dar las buenas noches en tonito dulce: enterraron á *Meri*, y nadie incomodó al *Tobalo*, que fué desde entonces el baratero famoso y el rey de los guapos de toda la Andalucía.

Acabó el compadre la historia del *Tobalo*, haciendo de este modo un valiente la apología de otro. Comentando estaban la historia los del corralón, cuando oyeron el roce de una llave en la cerradura: quedáronse como muertos, helados, sin saber qué decir; les pareció aquel ruidillo indefinible en tal ocasión, algo así como cuchillo que rasga la carne, como si hubieran sentido en el alma, á ser esto posible, la punta de la navaja fatídica. A los pocos momentos pasaba el *zeñó Cristóba* por delante del grupo de la fiesta: —¡*El Tobalo!*

La luz del farol que había en la pared, alumbró su carilla lustrosa y sus ojitos relu-

cientes; mirábanle todos inmutados y en silencio; él pasó tranquilo, se restregó las manos, moduló la sonrisita afable, y dijo con mucha dulzura cuando pasaba:

—¡Hola, hola! buenas noches, vecinitos.





EL ÁNGEL LOCO.

I.

Al fin vas á lograr tu gusto—díjome un día cierto amigo, dándome cariñosas palmaditas en el hombro.

Le miré yo como interrogándole; no recordaba entonces cuál era aquel afán mío tan deseado.

Y mirándonos estuvimos, hasta que añadió con lentitud, como saboreando anticipadamente la impresión que sus palabras me iban á producir.

—Vas á conocer á *El Angel Loco*.

En efecto: mi impresión fué mucha: me molestaba aquel extraño sobrenombre siempre que le oía pronunciar, y había tenido deseos de conocer á la que lo llevaba, como ya conocí la historia que á tal apodo dió motivo.

La historia empieza en el capítulo segundo.





II.

CANTANDO un poeta cierta vez la hermosura de Pilar, afirmó bajo su palabra de honor, rimada y en tercetos, que era una mujer á quien hizo Dios con la luz de su gloria: esta gran figura lumínica, tenía cuerpo escultural, contornos vigorosos y suaves al mismo tiempo; tez pálida, grandísimos ojos, negros, de mirada fogosa que irritaba y atraía; boca pequeña, risa sutil, entreverada de desdenes y burlas, andar firme, como de buena moza y aristocráticos modales. Nació de padres ricos y tuvo educación esmerada: llegó á

mujer, entre la adulación de unos y el cariño de otros, y era soberbia, orgullosa hasta la ceguedad, é infatuada terriblemente con su belleza y donosura. Jamás había tenido amores: figurábase que no había hombre en el mundo merecedor de los tesoros que en sí encerraba, y á la verdad que eran muchos y de incomparable valía. Procuraba ella, aunque inútilmente, ocultar su orgullo con suavidades y condescendencias: aunque creáis trivial lo que digo, su sueño de gloria consistía en hacer que el hombre se doblegara, para humillarle luego: son así algunas mujeres; valiendo poco, pregonan su valor mucho: no es que comprendiendo su inferioridad, procuren hacer uso de fútiles aunque mortales armas para lograr la victoria; es que tienen la convicción errónea de que valen; apréstanse á la lucha, serenas, y usan la mirada, la sonrisa, el halago y hasta el beso, para vencer, como la pantera, el mordisco y la garfada; como el hombre, el puñal y la pistola.

Yo no sé si vosotros la recordaréis; era muy célebre Pilar, no solo por su hermosura, sino por aquel terrible cuerpo suyo, elegante, airoso, que debería tener gran semejanza en su contoneo, con un cierto fantástico barquillo de la mitología escandinava, construído, según afirma la tradición, con las uñas de los muertos, para llevar las almas pecadoras á los profundos abismos: algo de eso tenían la figura y los ademanes de Pilar; no era mujer, era un monstruo de donaire, de gracia, de hermosura; no era su gallardía de palmera, como afirmaba en sus ratos de ocio, melancólicamente, el poeta á quien aludí: en el lenguaje de un andaluz á quien yo aprecio, muy aficionado á los símiles estrambóticos, sin que dejen por eso de ser oportunos, era Pilar gallarda como un diablo; la cara suya, un cielo; los ojos, dos grandes troneras negras por donde asomaba alguna vez el pecado con reflejos luminosos; los labios, una nubecilla granate, partida en dos con un beso que Dios había en ellos es-

tampado. No había corazón, por probado que estuviese en cupidinescas algaradas, que á los piés de Pilar no se rindiera y que no se encontrase después con ánimo de dar de besos, en el surco que los lindos piés del demonio dejaron: mareaba á todos y á todas; á ellos, de ansiedad, de amor, de afanes; á ellas, de envidia, de celos y de rencores: el aguijón de la crítica femenil, clavábase en Pilar como pico de cuervo en carne podrida, aunque los tales picos fuesen hechiceros labios, y la masa corroida, de carne fresca, exuberante, y sustanciosa.

Disputábansela, á pesar de esto, en todas partes: las de S. y las de X., traían con ella siempre titánica lucha: no podía Pilar dividirse y turnaba en los salones de sus amigos: veíanla allí, apuesta, elegante, atrayéndose la crítica de las mujeres y el entusiasmo de los hombres.

En uno de aquellos saraos, conoció á Justo... y por Dios que ya tenía ganas de conocerle; era un ave de cuenta, según las damas

decían: afirmábase además, que era un sér misterioso; que contaría veintiseis años á lo sumo; que era guapo, apuesto, galante, fino: que nadie como él sabía conducirse ante una sociedad aristocrática; que era el número uno, el león de la moda.

Contábase también del hombre, que anduvo muchas veces metido en gravísimos lances amorosos, velados por el misterio; y sabíase por demás, sin que se determinase á tal ó cual dama, de algunas, de mucho copete y mucho trapío, admitidas en sociedad como modelo de casadas pudibundas, honestas esposas y benditas madres, que habían concedido sus favores al galán, subiendo misteriosamente, echado el velo, ruborosa la faz y el corazón palpitante, á la preciosa habitación que tenía Justo, alhajada á maravilla, en una calle, el número de cuya casa no quiero decir.

La fama de Justo, chocó siempre á Pilar: la fama de Pilar había chocado también á Justo: conociéronse, como ya dije, y empezó desde entonces entre los dos tremenda lucha,

que sostenían en la sombra; pugilato misterioso, del cual no se adivinaba quién pudiera salir á flote: habíase ella propuesto vencerle en esa lid, en que la mujer es más fuerte por las poderosas armas que sabe manejar; el talento, la coquetería y el artificio: Justo, frío siempre, sereno, galante á la vez, sosteníase firme; encontrábanse de este modo ambos poderes en continua y ardiente lucha, cruce de frases, de miradas, de equívocos, de sonrisas, de exclamaciones, de encuentros, disimulado todo, fingido, el arte en su gradación, exquisito, bello, sutil; los diálogos, más que tales, eran acumulación extraña y artística que admiraba infundiendo frío á la vez; compararse podría aquello solamente, con finísimo alicatado de luz, crestería fantástica, aérea, caprichosa, quebradiza, fuerte á la par, de filos sutiles que chocaban unos con otros, vibrando como aceros.

Alguien cayó en la cuenta de lo que ocurría, porque era ya imposible el disimulo; vendiéronse ellos mismos y eran causa los

dos de grandes comentarios, acicates fieros que más los incitaban. Vieron todos en Justo, repentino cambio y creyeron razonadamente que empezaba á ceder en la contienda; andaba Justo con el pensamiento metido en alguna parte de donde no podía salir: estò le decían sus amigos: encojía-se él de hombros, y miraba furtivamente el sitio ocupado por Pilar, para encontrarse, no solo con ella, sino con su mirada, ardiente, acariciadora, íntima: alejábanse uno de otro, ó se unían por el contrario, y continuaba la lucha seguidamente. ¿Qué había en aquellos corazones? ¿Odio, ó cariño? ¿Deseo de humillarse, ó afán no comprendido de unirse para siempre? Dieron en afirmar algunas personas, que se adoraban los dos; cuando estas frases llegaron á oídos de ellos, hubieran arrancado con gusto la lengua á quien las dijo, para quedar mirándola, allí, colganderita, entre el pulgar y el índice, diciéndola con risilla de mofa: ¡Con que tú habías dicho eso!

A tal extremo llegaban en su odio.

Pasaron de esta manera algunos meses y se arraigaban todos en la idea de que ambos héroes concluirían al fin por darse la mano de buenos amigos, para no soltársela nunca, porque las apretaría siempre inquebrantable yugo: el yugo del matrimonio.

Esto decían, y no obstante, las cosas habían llegado ya á mayores; el odio que mutuamente se profesaban, acabó de desembozarse; surgió por encima de disimulos y risitas melosas; desenmascarado ya del todo, podían verle en ella, terrible, dominante, esclavizándola el ánimo, hasta el punto de constituir, puede decirse, una parte del sér de ella misma, cual si de este modo pretendiera ya sellar, inconscientemente, el título de condenada que se había conquistado por su hermosura irritante, su risa fría, sus ojos negros, de mirada profunda con ese relampagueo, de la espada cuando se esgrime, su indiferencia glacial con todos y aquella elegancia fascinadora de su cuerpo.

Al hablar con sus amigas, ó con este y el

otro, siempre hallaba ocasión oportuna de disparar á Justo una sátira graciosa, ligera, velada, sutil, pero llena de hieles, ese mortífero veneno que sabe poner la ironía en la palabra de una mujer de talento; la daban bromas y encendíase ella de coraje, concluyendo por convertirse en anatema tremebundo, lo que antes era aguijón de palabrita dulce.







III.

Si odio había efectivamente en el alma de Justo, manifestábase de otra manera: no es extraño esto, sabiéndose que los actos de las criaturas son tales y como su temperamento exige que sean. Justo aparentaba por su exterior, naturaleza débil, apagada; no era delgado, en verdad, pero su robustez, más parecía carne bofa, que ese abultamiento rozagante, con frescura que no admite falsificación, por el riego laborioso y continuado de sangre rica.

Era airoso Justo en el andar é indolente á la vez; al fijarse uno en sus labios, parecía

cuando hablaba, aun de asuntos culminantes, que una frase pedía á la otra permiso para salir: aquellas excitaciones suyas hablando de Pilar ó con Pilar, efervescencias que á todos sorprendieron, habían desaparecido de pronto, volviendo á ser el mismo de antes, serio, apático, indiferente y nada comunicativo. Afirman que esta nueva, pero natural actitud de Justo, fué lo que dió al traste al fin con la prudencia y las buenas formas en Pilar, desbordándose la bilis que le subía por el cuerpo como espuma, rebullendo con aquella su sangre caliente y fogosa, que parecía en ocasiones, que le quemaba la piel y ponía á la par en los ojos unas terribles llamaradas que infundían miedo; lumbre era esta, que arrancaba destellos á la fresca epidermis de su rostro suave, aterciopelado y lustroso.

Se agravó progresivamente la nueva faz que el asunto había tomado; resultó á la postre, que cada uno tomó rumbo distinto: lo que en el hombre llegó á ser indiferencia com-

pleta, según decían unos, y el desplomamiento según otros, del que sin fuerzas ya para la lucha se confiesa vencido, fué en ella verdadero ahinco de conseguir su intento, esto es; humillarlo, ver cómo la seguía, cómo la suplicaba, oír sus ruegos, deleitarse con sus dolores, herirle, despreciarle, y cantar un himno homérico por el triunfo conseguido sobre el hombre invencible. ¡Ay! al fin le vería arrastrarse á sus piés, besando entre lágrimas, el encaje del borde de su vestido, aquel encaje que se arrastraba por el suelo, cuando ella, arrogante, hermosa, llena de vida, como torbellino de luz, iba por el salón, desnudos los brazos y el seno, con el desdén en los ojos y en la boca; en la ardiente mirada y en la sutil risa.

Lo consiguió al fin: iba á presentarse la ocasión, y fué en una noche, de la que algunas, muy contadas personas, guardarán recuerdo triste.

Era el salón extensísimo; había profusión de luces y de flores; escuchábanse como su-

tiles cánticos de aves falsificadas, el charlo-teo alegre de las sílfides que asistían á la reunión de los Salvatonda; habíalas de todas clases, como sucede con lo que abunda: allí estaban, formando natural contraste, la matrona con la virgen, y entre la misma clase de doncellas en estado nubil, formando también encantador extremo, la robusta hembra, alta, esbeltísima, exuberante, emanando ambrosías de salud, con la enteca, flacucha, pobre de sangre y de espíritu, graciosa á semejanza de chiquillo de cera, pero más temible que todas por su carácter desabrido, vengativa á las veces, fiercitas que rugen para adentro y que esconden las uñas hasta que van á dar la garfada.

Como sucede siempre en estos casos y en estos lugares, la galantería española, igual que la francesa, rebasa los límites: había baile, ó lo que es lo mismo, baturrillo espantoso de arrastrar de piés, de arrastrar de colas: se inclinaban ellas indolentemente sobre el hombro de su caballero, y se mecían lángui-

das en el vaivén deleitoso, al compás de la música, al reverberar de las luces en las molduras de los cuadros y en los preciosos artesones, aspirando la atmósfera embriagante y cálida de las muchas luces y de las muchas flores; al dar vueltas abrazados, deslizándose suavemente por la alfombra, se encontraban alguna vez las parejas de cara á tal ó cual espejo de aquellos magníficos que decoraban el salón; la mujer agachaba la vista, como si alguna escueta visión hubiérasele asomado de pronto al abismo del alma, allí, en cierto sitio que debe haber oculto, destinado al altar de los pudores, esos pudores que, gráficamente expresados, se llaman vergüenza de la mujer; pero como el caballero apretaba la cintura, y como seguían dando vueltas, el espejo desaparecía y ella, experimentando otras sensaciones, continuaba el dulce balanceo, con el pecho palpitante y las mejillas encendidas.

Pilar y Justo habían bailado; dicen que él deslizó durante el voluptuoso giro algunas

frases que parecieron extrañas á la orgullosa; que ella, al oirlas, se sonrojó vivamente, mientras él la miraba de un modo que tenía algo de malévolo, y que Pilar, por último, se soltó de sus brazos: aunque pretextó para ello estar muy cansada, echó á andar ligera, sentándose en un confidente que había próximo á una columna.

Él la siguió muy despacio: cuando llegó hasta Pilar, abanicábase esta fuertemente. Allí, allí era donde Pilar necesitaba un artista que la reprodujera, para que hubiese quedado su actitud de reina despótica, su elegancia de atavío y su asombrosa hermosura, trasladada á lienzo, bronce ó barro, que eternamente dijese á nuestros venideros lo que es una mujer á la moda de este siglo.

De pie á su lado, la contempló Justo un instante con fijeza; semejaba como que ardía tenue luz misteriosa en el fondo del cerebro de Pilar, prestando desde allí tonos luminosos al semblante, delicado matiz opalino, que le hacía aparecer fantástico entonces; tenía

el peinado alto y hecho con sencillez, recogido el cabello hacia arriba desde la nuca y sujeto allí como al desgaire; esta hechura de peinado parecía alargarle el rostro, imprimiéndole más todavía un cierto aire de clasicismo, que hacía pensar en el arte griego; ancha era su frente y griega su nariz; grandes, negros, sombríos y volcánicos los ojos, formando el triunvirato de ojos, nariz y frente un conjunto de sombría grandeza, principal elemento de aquella hermosura; tenía fina la tez, y pálida generalmente; siendo ella robusta y saludable, su palidez era extraña; podíasela uno explicar en ocasiones, pensando atrevidamente que era palidez de deseo: deseo de ver convertirse en realidad ese misterioso fantasma que eternamente flota en los sueños de la virgen; que engrandece, que subyuga, que esclaviza el ánimo, en unas más que en otras, según la educación y según el temperamento; tenía Pilar en la frente y la nariz majestades de matrona, de aquellas matronas que se clavaban el puñal hasta

el mango solo por haberlas acometido un mal pensamiento; había en los ojos, húmedos que parecían siempre por la pasión, relámpagos y reverberaciones: hablaban aquellos ojos, decían mucho: encerrábase allí un problema para el hombre. Aún no hablé de la boca, la rival, la que con los ojos mantenía eterna lucha, la que negaba siempre lo que los ojos parecían dispuestos á conceder á todas horas: era una boca seria, una sonrisa glacial; encontrábanse desdenes en aquellos labios, ironías, burlas; frase que de allí brotara para varón, tenía saturaciones de hielo, era punzante, aguda, terrible, descomponía al hombre, trastornábale, y vencía Pilar así, porque el hombre no hablaba más, alejándose de ella humillado.

Reclinaba Pilar en aquel instante la cabeza sobre la columna; había indolencia en su actitud, cansancio en sus ojos; miraba á Justo; los labios sonreían con desdén; los ojos parecían demandar una tregua; permaneció de pie Justo, y alguien hubiera creído que es-

taba allí admirando el hechicero cuerpo de la hermosa; por reclinar ella la cabeza hacia atrás, veíase perfectamente la garganta, redonda, ebúrnea, con transparencias nacarinas, como habiendo sido creada para admiración del pensamiento estético, dando á la vez turbaciones al ánimo las curvas maravillosas que partían del cuello á los desnudos hombros, magníficos; del hoyito de la garganta á la cintura, y del hombro á la mitad del antebrazo, donde empezaba el guante, que parecía hecho de la misma piel de la hermosa, según era de níveo; blanco era también su vestido, aquella nube de encajes y gasas, aquel enmarañado monte de espuma, de donde Pilar parecía surgir asomando la cabeza y parte del busto, á semejanza de la sirena cuando surge de las olas para entonar canciones idílicas en las templadas noches primaverales, al son de los remos y al resplandor de la luna.

Interesa aquí mucho conocer al detalle cierto diálogo que sostuvieron ambos jóvenes: que no me pregunten cómo ha llegado

á mis noticias, porque no sabría contestar; es lo cierto que compone, y puede decirse que es el nudo de esta interesante narración, puesto que fué la última mordedura que el mismo demonio hizo á la serpiente para inanimarla y hacerla pedazos luego á su capricho.

Dió Justo la vuelta al confidente, quedando á espaldas de Pilar: esta, pareció no apercibirse de ello; siguió abanicándose más tranquila. Puesto de codos sobre el respaldo del sofá, inclinó la cabeza Justo hasta tocar casi con los labios al oído de la enemiga; díjola con lentitud, con ese susurro blando que pone el alma en la frase de quien con verdad adora:

— ¿Y dónde está la razón de esos desdenes para mí? Yo no la encuentro; bailábamos, y era yo dichoso; pasó por nuestro lado una mujer que es hermosa y es simpática. ¿He pecado yo con reconocerlo así, mostrándosela á V.?... Semejante actitud, de despecho parece.

Abanicábase Pilar y no volvía el rostro.

Justo siguió sin impacientarse:

—No crea V. que me es indiferente lo que hace, esas demostraciones que quieren revelar su antipatía para conmigo; si he pecado, yo pido perdón; tienen la creencia los que nos conocen, de que nos agradamos poco; por mi parte, se equivocan... Pilar, míreme V., que voy á decir lo grave.

Pilar no volvió el rostro y sonrió él; concluyó así luego, aproximando más sus labios al oído de la diosa:

—Por mi parte, repito que están equivocados; pero lo grave no era eso; es lo grave, que por la de V. se equivocan lo mismo.

Había seguido Pilar abanicándose sin que se dignara hacer mención de toda aquella palabrería; pero volvió con ímpetu, no ya el semblante, sino el cuerpo todo, al oír afirmación, que tenía mucho de fanfarrona; iba á despedir un rayo sobre aquel majadero, un rayo que ardía ya en sus ojos, brotando á la vez á sus labios como turbu-

lenta ola de llamas... pero al volver el rostro se encontró con la mirada de Justo, serena, afable, cariñosa; debajo de todo aquello parecía como querer erguirse una sombra de ironía, que á ser verdadera no pudo Pilar apercibir, dominada por otras sensaciones. «¡Ay Dios! No creía Pilar que hubiese estado su rostro tan cerca del de Justo.» Se miraron un instante, y fué aquello como una ráfaga... ¡no se habían mirado así nunca! Sintió ella alegrías locas: creyó á Justo vencido; era necesario tener precaución; era preciso prevenirse, andar con tiento, atraerle más, cogerlo, maniatarle y asestar el golpe en su corazón: hundirle el puñal, que entrase la hoja, la cruz luego y el pomo al fin... ¡y puñal envenenado que sería!

El rayo tremebundo que se preparaba á lanzar, quedó sin fuerzas, en embrión, apagado; la mirada perdió su dureza, pero no su brillo; le miró otra vez, aunque retirándose un poco. «¡Vaya, vaya con Justo; era lo que puede llamarse un hombre guapo en

toda regla: tenía el rostro agradable, de facciones pronunciadas; los ojos hermosos, lánguidos y expresivos á la vez; donaire en el cuerpo, nobleza en el ademán; tenía fama de caballero, y ella la vió comprobada muchas veces; era afable, instruído, simpático!... ¿por qué entonces aquella lucha de muerte entre los dos?...» Pensaba esto Pilar y sentíase molesta. ¡Oh momento terrible! ¡Oh instante supremo! Permanecían ambos silenciosos, miráronse otra vez: parecieron zozobrar de pronto, como quien va á hundirse en el abismo y busca donde agarrarse...

—Y bien—dijo Pilar, alzando la cabeza y mirándole sonriente—no me ofendí, fué una tontería; perdónemela V.—Mientras decía esto, jugueteaba con el abanico, pasábaselo de una mano á otra, lo abría, lo cerraba, y concluyó por ponerse la vitela delante del rostro.

El de Justo se coloreó ligeramente: pareció á ella que así sucedía.

Puestos los brazos aún sobre el espaldar, siguió mirándola Justo con insistencia.

—El mundo es grande—dijo—los hombres y las mujeres muy numerosos: afirman algunos que hay personas distintas en sexos que tienen mucho parecido moral, que nacieron para comprenderse, y que por esta misma igualdad de circunstancias morales, celosos unos de otros, se hacen la guerra y luchan en vez de amarse y unirse para ser más fuertes.

Mientras oía la palabra dulce y conmovedora de Justo, habían entrado ciertas gratísimas dulzuras hasta lo más hondo del corazón de Pilar; resonaba aquel lenguaje en sus oídos con rumor deleitoso, que comparaba, sin explicárselo, á aquellas dulzuras que experimentó leyendo antiguamente los diálogos simbólicos y pintorescos sostenidos por los Pielés Rojas de las praderas americanas. Cooper la hubiera dicho en aquel instante: «No te fies de los Pielés Rojas, son traidores.» ¡Pero la piel de Justo era blanca, el alma de Justo era buena!

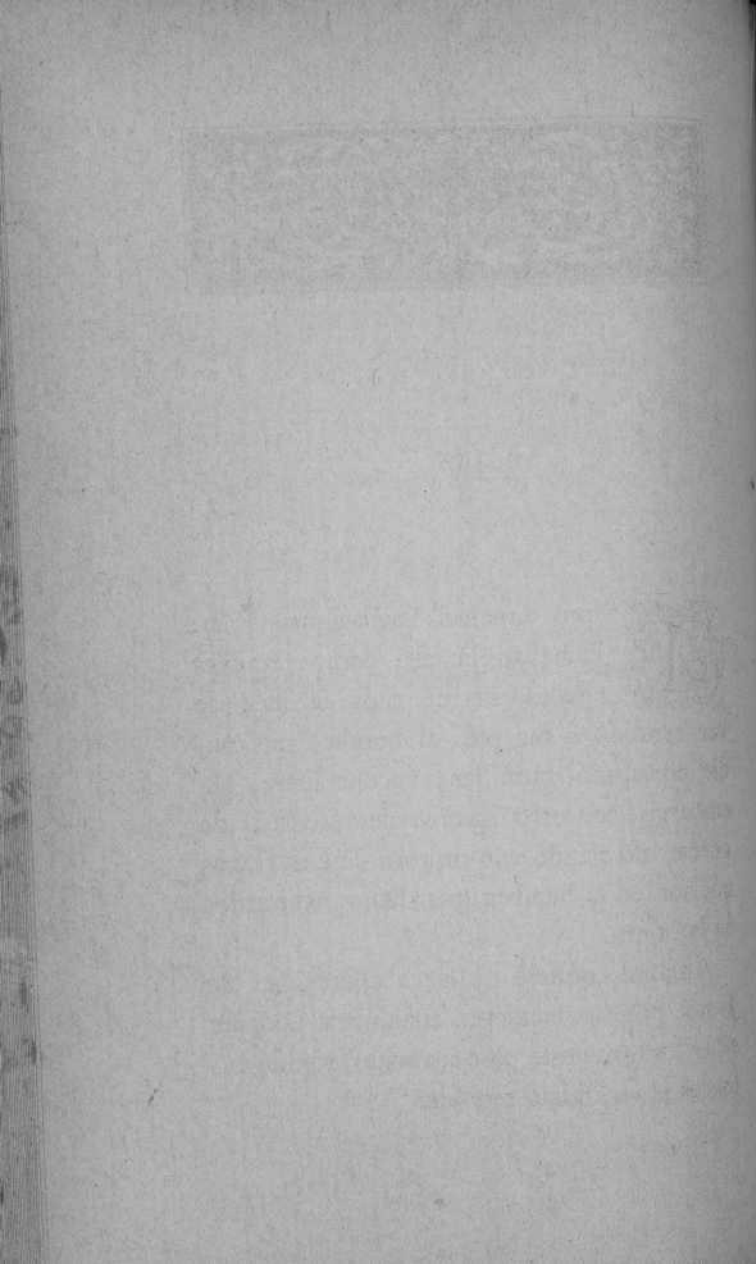
Se levantó Pilar, y exclamó á la vez con involuntaria mansedumbre:

—Para que suceda lo que V. ha dicho, es preciso que medien antes explicaciones y que sea el avenimiento, producto lógico de ellas.—Y tendió el brazo á Justo.

Se aproximó este á Pilar presuroso, la ofreció el suyo; las puntas de los enguantados dedos de la hermosa, sostuviéronse como nuncio de paz sobre el brazo del caballero.

Hablaron mucho, y diz que fué misterioso lo que hablaron; él exigía pruebas de que por parte de su rival la alianza era un hecho; ella negábase á pruebas tales, porque las encontraba terribles. ¡Una entrevista á solas!







IV.

FUVO muchas vacilaciones Pilar: luchaban en ella como temibles rivales, de un lado la idea de ver rendido á sus piés al hombre que nadie consiguió humillar; encontrábase, sin embargo, con otro inconveniente difícil de vencer, no siendo con ruptura de esas trabas que son en la hembra guardianes avanzados de la honra.

Aunque confiase en la caballerosidad de Justo, por un incidente cualquiera podrían saber los otros este paso atrevido, siendo entonces el escándalo terrible.

—¡No, no!—exclamaba con exaltaciones febriles.—¡No debo, es vergonzoso, es humillante!

Cuanto más imposible encontraba la realización de la entrevista, más en deseos iba entrando de romper conveniencias enfadosas, encogiéndose de hombros al *qué dirán*, con igual desprecio que hasta entonces hizo de enamorados y envidiosas.

Ello fué que un día levantóse con nerviosidad y exaltación como nunca las tuvo: despedíanla los ojos relámpagos febriles; estaba pálida y tenía, sin embargo, calentura; aquella noche la pasó en gran insomnio, no pudo dormir; no había podido apartar de su pensamiento la idea terrible que se lo estaba calcinando: tiró muebles, rompió abanicos, rasgó sedas, despedazó encajes, deshojó flores; llegada la hora del almuerzo, volvió la espalda no bien se hubo sentado ante la mesa y salió del comedor haciendo rodar la silla con la cola de la bata.

La miró su madre sin sorpresa, á tra-

vés de los finos anteojos de oro, que se quitaba solamente para dormir: era la madre de Pilar una distinguida señora, anciana ya, que debió ser guapa en sus buenos tiempos; absorta en tales empresas, como la de asistir á jubileos y novenarios, dedicar ratitos á la visita de este y aquel convento, echar amena plática con alguna madre, tomar rapé á menudo, limpiar los anteojos con el piquito del pañuelo y dormir la siesta cuando nada hacía de lo ya mencionado,—ocupada en estas empresas importantísimas digo—no tenía tiempo la noble dama de preocuparse por los asuntos de su hija. La dueña y señora absoluta de la casa, era Pilar: salía y entraba cómo y cuándo la viniera en antojo, sola unas veces y acompañándose otras de algún criado; allá iba, suelta y despreocupada, sin que ningún nacido, por malévolo que fuese, tuviera cosa que decir, porque no hubo razón, desde luego, y porque el rango que en sociedad ocupaba hacía que todo el mundo la conociera; tan á sus anchas vivía,

que puede bastar al lector, como dato comprobante, el conocimiento de que nunca se enteraba la mamá de la hora en que su pimpollo volvía á casa de aquellos grandes sa-raos, escuela de la malicia y abismo de ilusiones; su carruaje la conducía, y el carruaje de tal ó cual señora amiga, devolvíala luego, allá, de madrugadita, cuando el vecindario tranquilo se entrega á los últimos y más dulces deleites del sueño reparador; cuando las calles están más silenciosas, como nuncio, sin duda, del nuevo vigor que pronto han de recobrar al desaparecer la pereza y la nostalgia del sueño; cuando más ruido producen las ruedas del coche y las herraduras de los caballos, haciendo renegar al soñoliento vecino; á esa hora, avanzaba el carruaje con gran estrépito, deteníase de pronto y bajaba el lacayo de un brinco; adelantaba á la vez el sereno en veloz carrera, abría la puertecilla el lacayo, asomaba ella el lindo pie, el cuerpo seguidamente, bajando al fin como alborotadísima ola de armiños y gasas,

y arrancando con sus diamantes fulgurosas estrellas á la luz melancólica del farolillo, que parecía entonces más resignado de su condición humilde, subía la escalera con incitante arrastrar de piés y rugiditos de enaguas, entrando á poco en el hogar, abandonado y triste, como nido sin ave.

Aquel día que tan exaltada se levantó, vistióse de negro, esmeradamente, después que hubo terminado el desayuno; quiso acompañar á su madre al templo, y le sucedió allí lo mismo que en la casa: moríase de impaciencia y de cólera, pero una cólera terrible, reconcentrada, que ni ella misma comprendía: cólera por todo y contra todo; la acometieron ideas tristes y grandes ganas de llorar; el cura de la plática, era rechoncho y picado de viruelas; tentaciones tuvo Pilar de gritarle:—¡Cállate, feo!

Se encerró en su gabinete; á nadie quiso oír; más que sentada, permaneció tendida en un sofá largo tiempo, cerrados los ojos, como por la pesadez de la calentura; llegaba la

noche envolviendo el gabinete en sombras; se levantó de pronto Pilar, llegó hasta un veladorcito, preparó papel, cogió pluma, escribió tres ó cuatro líneas, metió el papel en el sobre, que cerró y lacró, le puso unas señas, llamó á un criado luego, entregó la carta para que la llevasen á su destino, y al quedar sola otra vez, fuése á su lecho, se arrojó allí, hundió la cabeza en las almohadas, mordió la olorosa batista de las fundas para contener el llanto, que estalló al fin; ¡llanto de las entrañas, que no pudo contener; llanto que surgía de allá, de lo profundo, de lo insondable, con el amor inmenso por el pobre vencido, á quien creía odiar!





V.

Eué una modorra, de la que se vió después acometida, extraña y agradable al mismo tiempo; algo enorme sentía, que le zumbaba en los oídos, golpeándole también las sienes; volvió después á la realidad, como alma que sube á purgatorio después de vagar á gusto por gloriosos ámbitos.

Estaba inquieta, sudorosa, azorada, como con miedo de que algún enorme peso le cayera encima; sentíase como con grande aplanamiento; aún no abrió los ojos, y ya se dió cuenta de que á la vida volvía, por

escuchar los golpecitos del péndulo del reloj, que vibraban en su cerebro con sonos metálicos; recordó entonces la carta que había escrito, y se echó del lecho precipitadamente; anduvo por la habitación de acá para allá, sin darse cuenta de lo que hacía; miró después al reloj, turbándose de nuevo. ¡Cómo se había dormido! «¡Dormir!» y sonrió con tristeza.

Se alisó el cabello, se humedeció el rostro para quitar rastro de inquietudes y lágrimas, y salió del gabinete, haciendo que la servidumbre se acostase; cambió luego su vestido por una bata negra de terciopelo, cuya oscuridad hacía contraste con lo blanco de su garganta y la gola finísima, también con blancuras niveas.

Apareció entonces gallarda: dibujábanse majestuosamente la severidad de curvas de aquel cuerpo ambicionado, sin que nadie hubiese descendido hasta el alma de Pilar, dulce y cariñosa, después de todo lo que podríamos llamar excentricidades de la edu-

cación y del temperamento ; allí estaba, arrogante, severa, con mal disimuladas agitaciones, convenciéndose de su vencimiento y gozando á la par porque fué vencida, confesión que se hacía en sus coloquios íntimos del corazón con la conciencia: «¡Ay, no, no; Justo era bueno; Justo no abusaría de la posición violenta en que la mujer se colocaba, con detrimento de su orgullo y con detrimento de su honra, que era más triste!» Pensando así, con las manos cruzadas, de pie en medio de su cuarto, el bellissimo rostro contraído y el cuerpo inmóvil, hermoso, transparentándose bajo los pérfidos tableados de la bata, algo tenía de Magdalena arrepentida y mucho de Venus, pero una Venus negra, terrible, liviana, solicitando con risa de demonio el beso de la lujuria, cuando era verdad, que bajo todo aquel exterior exagerado, si no mentido, quedaba solamente una pobre mujer, loca de amores, como lo estuvo primero de orgullo, en su vanidad satisfecha.

—¡Ah, Dios mio!—exclamó al fin, viendo cómo los minutos transcurrían.—¡Cuánto mal hice en dar este paso, que no tiene ya remedio! ¡Ah, loca, infeliz, que has sostenido tu dignidad y tu orgullo exageradamente, maltratando y ofendiendo, para dejar, por último, que cayese todo, sin compasión ni respeto de las dignidades que se pisan y las reliquias que se rompen! ¡No has sabido contenerte á la primera exigencia de un cariño que debe ser condenado, viviendo como nació, entre el misterio, la vergüenza y la injuria!—Y como si algún eco triste sintiese, que la recriminara:—¡No, no quiero oír á nadie! ¡No, no estoy arrepentida; como tuve valor para arrojarme por senda tortuosa, he de tenerlo para apartar los abrojos que en ella me salgan!

Los reflejos débiles de una lamparilla de noche, única luz que el aposento iluminaba, proyectábanse sobre la esfera lustrosa del reloj, arrancando rayitos que herían las pupilas de Pilar; los ángulos de la habitación

quedaban envueltos en sombra; ella giró la mirada y tuvo miedo; aquello no parecía lo que era efectivamente: la niebla que lo envolvía todo, desvaneciendo las líneas de pared: no « ¡eran los muros que se alejaban unos de otros, trocándose aquello en abismo negro, profundo y dilatado, con visiones tristes que allí vagaban, mensajeras de próximas catástrofes.

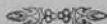
¡Tín... tín!... « ¡Las dos! » ¡Qué mareos! ¡Cómo se tuvo que agarrar á un mueble para no caer á las vueltas que el cuarto daba! Respiró con fuerza, y sentía los latidos del corazón como golpes en el cerebro; salió de puntillas y estuvo observando con inquieta mirada: nadie había; de vuelta en su habitación, abrió sigilosamente el postigo de uno de los balcones; hacía frío; escudriñó con ansia á lo largo de la calle; los faroles del gas estaban apagados; allá, en la esquina, reverberaba la luz de un farolillo: el del sereno; esperó ella hasta que hubo el sereno desaparecido; iba también á retirarse presa de

mortal inquietud, y sintió en esto pasos; asomó la cabeza y distinguió un hombre; detúvose aquel bajo el balcón, entró ella aceleradamente y volvió al momento con una llave. Queriendo estar más segura, en voz muy baja, pero temblorosa y estremecida:

—¡Justo!—exclamó.

—¡Pilar!—contestaron.

Echó la llave, quedó algunos instantes inmóvil y oyó luego el ruidillo de la llave que giraba sigilosa; con el rostro pálido y procurando dominarse, avanzó Pilar, atravesando habitaciones y llegó á la puerta del piso; abrióla recatada, entró Justo y cerró con igual sigilo.





VI.

ELLA le cogió de una mano para guiarle; ardía la de Pilar, y gran sacudimiento le acometió al contacto de la del hombre, con frialdad mármorea en aquel instante; ella, sin embargo, solo pudo apercibirse del bienhechor bálsamo con que parecieron acariciar todos sus músculos; le fué grato aquello, á semejanza de esas tardes bochornosas de estío, cuando los calores tropicales nos abrasan el cuerpo y los pulmones parece que van á estallar secos, y sentimos repentinamente fresquí-

simo soplo, húmedo, vivificante, que nos anima y nos deleita.

Así quedó Pilar después de su impresión inmediata á la vista de Justo; llevóle de la mano y le introdujo en el gabinete; la luz alumbraba apenas; habíase quitado Justo el sombrero con la misma exquisita finura que en casa de los Salvatonda; quedó de pie y le indicó ella que se sentase; preparábase para tomar asiento en una silla, lo comprendió así Pilar y le sujetó por un brazo.

—No, aquí—dijo, y le señaló un confidente; fueron las primeras frases que pronunciaba, y manifestó en su acento dureza y dominio sobre sí misma.

Se sentó á su lado, juntitos, sin consideración de ninguna especie. Pilar era así, espontánea, brusca, estábalo pensando conforme lo iba haciendo: «¿Fué valiente para conceder la cita? Pues era preciso serlo para arrostrar el resultado, sin alardeos de mojigatería, aún más perjudiciales.»

—Y bien—dijo sin bajar los ojos, en los

que brillaba aquel sombrío fuego de calentura. — Y bien, aquí me tiene; ¿quería una entrevista conmigo, para que yo probase lo cierto de mi lealtad hacia V.? Ya lo he probado, puesto que accedí á la entrevista: ya estamos solos. ¿Qué iba V. á decirme? Lo presumo, lo espero, debe ser así, es irremediable, es imprescindible, porque de otro modo á nada hubiera conducido su actitud de V. ¡Que nos casaremos! Eso me dió á entender; eso me afirmará ahora. Hay palabras que no se olvidan nunca; no sé el motivo, pero es así; soy franca, y esa es mi virtud entre tantos defectos; soy franca; oí lamentarse á V. de que no estuviésemos unidos para ser más fuertes; creí que eran nacidas del corazón aquellas frases, y lo creo así; las agradezco, serán mi norma, y serán mi guía; las recordaré siempre, como las recuerdo ahora.

Demostró Justo deseos de hablar.

— No — continuó ella afanosa; — hasta que termine, me queda poco; yo he de

decirlo primero; yo, que fuí la más culpable, la que más bochornos ha intentado hacerle pasar, la que más le hizo sufrir, la que siempre tuvo dispuesto el golpe, y he de ser, por esta causa, la que primero se excuse, la que primero confiese que obró mal, la que primero pida perdón, si es necesario; es el medio de que yo esté tranquila, no ya por el concepto en que V. pueda tenerme, sino para encontrarme bien con mi conciencia. Cediendo á esta cita, en sus manos de V. me entrego; consuélame por lo que haya perdido á sus ojos, la alegría de que fué á V. á quien se la concedí; es una enseñanza que me servirá de ejemplo, dominando así mi soberbia, pisoteándola, como ahora lo hago. Ya lo dije todo, ya me parece que soy digna. Justo; hé aquí mi mano, ¿quiere V. estrecharla?

Tendió la mano afiladita y hermosa, y esperó un instante la de Justo; inútilmente; este no hizo demostración ninguna.

Con frío glacial en las venas y no sabía

qué terribles presentimientos en el corazón, miró Pilar ávidamente el rostro de Justo, que parecía cadavérico. «¡Qué le pasaba, Dios santo!» Con la mano aún tendida para que Justo la cogiese, permaneció suspensa y como sumergiéndose en tenebroso caos, con miedo terrible de que brotara la luz, por no ver las monstruosidades que en él hubiese; queriendo retirar la mano le era imposible, como si dependiera de esta ligera demostración la vida de su cuerpo y la vida de su alma; retirar la mano sin que la estrechase Justo, significaba la certidumbre de un algo horrible que no quería definir.

Y Justo entonces, como si no tuviese en cuenta lo que por el cerebro y el corazón de la mujer pasaba, mesurado el tono y compuesto el ademán, como hablista distinguido que da vueltas, lima, pule y echa á perder la palabra, más que como amante fogoso enajenado [de alegría por los favores que le conceden, exclamó así:

—De franqueza ha querido V. alardear, y yo seré franco del todo.

Cruzó Pilar las manos sobre la falda, y le miró con espanto.

—Sí — continuó él — franqueza ; héra aquí: hay luchas imposibles de calificar, y que se desenlazan, como es lógico, resultando un vencedor y un vencido y cayendo siempre el que más alardea, el que más habla, el que más grita, el que menos armas cuenta para combatir; no olvide V. que en este sombrío duelo todas las armas son dignas, por lo mismo que no hay ninguna buena; V. se valió de las suyas: yo esgrimí también las que pude, y...

—Acaba, ¿qué? — gimió ella.

—Que se equivocó, que no la amo, que he vencido; que vine á su cuarto, al misterio de su gabinete, para que lo oiga, para que lo sepa, para que esto termine de una vez, quedando V. inutilizada. — ¡Qué hermoso aparecía entonces el rostro de Justo, qué hermoso y qué repugnante!

Aquellas que pronunció, no sonaron como palabras en los oídos de Pilar, fueron explosiones monstruosas, como de muros que se desquiciaban en su cerebro; miró al hombre con estremecimientos de fiera, convulsa, congestionada; la sangre se le agolpó á los ojos, á las sienes; hubo un desequilibrio en todo su cuerpo.

—¡No, Justo, no!—exclamó entrecortándose, como con las fatigas del ahogo.— ¡Es una prueba! ¿Verdad que es la última prueba?

Él se levantó dispuesto á salir.

—¡Justo! ¡Justo de mi alma! ¡Perdóname!—le gritó Pilar roncamente. Y como él seguía hasta la puerta:—¡Justo, Justo! ¡No te vayas! ¡Perdóname! ¡Ven... ven!

Miróla Justo un instante; se dibujó en sus labios tenue risa y se alejó saludando con exquisita urbanidad.

Ella le dejó ir; retorcíase los brazos desesperada, rompíase el vestido, mesábase el cabello, se golpeaba la cabeza, se le amora-

taba el rostro y relampagueaban sus pupilas; sentía ruido de puertas que se abrían y cerraban con estrépito: era Justo que salía con alardes, sin consideración, sin respeto para la mujer que había matado. Fué una exclamación inmensa la que se oyó entonces, terrible, que tenía mezcolanza de oración, de blasfemia y de gemido:

—¡Infame... infame!—rugió así la mujer y cayó á tierra bajo el peso que al fin la aplastaba.





VII.

Ni á Pilar ni á Justo conocía yo cuando llegó á mí esta historia, como uno de esos lances que es tan común oír contar en este ó aquel salón, descarnados, y acompañándose siempre de comento, epigrama y frase ligera.

Quedé metido en deseo de conocer á los protagonistas; pedí á un amigo que me proporcionase la ocasión; cuando ya no pensaba en ello, me dió aquellas palmaditas en el hombro, participándome que á la mañana siguiente cumplía su oferta, pero en un solo

punto: el de conocer á el *Angel Loco*. ¿Por qué la llamaban así?

Lo pregunté al amigo, y se encogió de hombros: no sabía; pero no era cosa de mucho estudio: «una chica guapa que ha perdido el juicio, ¿qué extraño tiene que así la llamen?»

Pasé la noche en gran inquietud; me levanté muy temprano y esperé impaciente.

Serían las nueve de la mañana; salimos en carruaje, y ya en las afueras de la población, pregunté al otro sin poder dominarme:

—Pero ¿dónde está esa mujer? acaba, dilo.

—En los Angeles—me contestó.—¡Los Angeles! ¡Me chocó también este nombre! Supe luego que se llama así un edificio, distante como á un cuarto de legua de la ciudad; aquel edificio estaba destinado á manicomio.

Permanecí silencioso, y el amigo mirábase sin hablar. Era un imbécil. Irradiaba el sol centellante, dando así como risas pláci-

das á la campiña; contemplaba á la izquierda los paredones que circundan al Hospital Provincial, lisos y amarillentos; por encima de las tapias, allá distante, el campanario de una iglesia, convento de monjas á la vez, asilo santo de muchos recuerdos para mi alma.

Con la idea del convento me distraje de la del Ángel loco; pensé luego en Pilar nuevamente y con más ahinco; llamábame mucho la atención el carácter de esta mujer; miré al campo para disipar ideas extravagantes, y se encontró mi vista con gran arboleda de enormes ramas, que parecían entrelazarse como serpientes para ahogar en sus anillos á algún monstruo que les hacía guerra.

—¡*Los Angeles!*—dijo mi amigo. Nos apeamos, y lo fuí observando todo con cierta inquietud; el amigo hablaba en tanto de cosas insípidas: «le habían ganado la noche antes 50 duros á la ruleta; Perico Pedrales tronó al fin con la niña de Ronda; me iba

á presentar aquella misma noche en la tertulia de los Varitas.—¡Verás! ¡todos unos cursis! »—y bestialidades de igual género. Yo iba pensativo mientras hablaba él; estábamos en un monte, cuya subida fué muy fácil, porque formaba larguísimo declive; sobre la cresta del monte se levanta el edificio, negro y destartalado: más que casa moderna ó sitio de recreo para distracción de los pobres locos, parecía corral pestilente y nauseabundo; me acordé de Málaga: suelen verse allí muchas grandezas de esta índole; por la parte á que cae el frontis del sombrío caserón, está el monte cubierto de árboles, desde el comienzo mismo de la falda; hasta hay cipreses, para que tenga más aspecto de campo santo. La vegetación es allí terrible: figura como que la vida que falta á las ideas de aquellos desgraciados está demás en las entrañas de la tierra, para que surja á la superficie, haciendo que todo verdeguee con feroz exuberancia, la higuera, el algarrobo, el álamo, el tomillo, la florecita silvestre,

los juncales y las cañas-veras, como flotantes banderolas que el viento acaricia, repliega y mece; los troncos de los árboles están muy unidos, las ramas se enroscan y las hojas se besan; parece que el suelo ha pedido á la flora que le cobije para que el sol no le abraza.

Anduvimos un rato hasta dar con enorme portalón, acribillado, roto, hecho añicos; ostentábase en su centro gran mirandilla, para que el portero observase al abrir á quien llegaba; pero ni había portero, ni era necesario el ventanillo, que ya tenía el enorme portón grandes tragaluces por las tablas desunidas, para que mirase por dentro y por fuera quien lo tuviese en antojo.

Al cuarto de hora abrieron, y recuerdo perfectamente que dimos veintidos aldabonazos; quizás se dieran al fin por aludidos, allá, en el interior de la mazmorra, porque no creyendo nosotros el aldabón suficiente después de tanto llamar en vano, cogimos entre los dos enorme pedruzco, y con es-

fuerzos inauditos por lo mucho que pesaba, fué disparado contra los viejos tablones de la puerta.

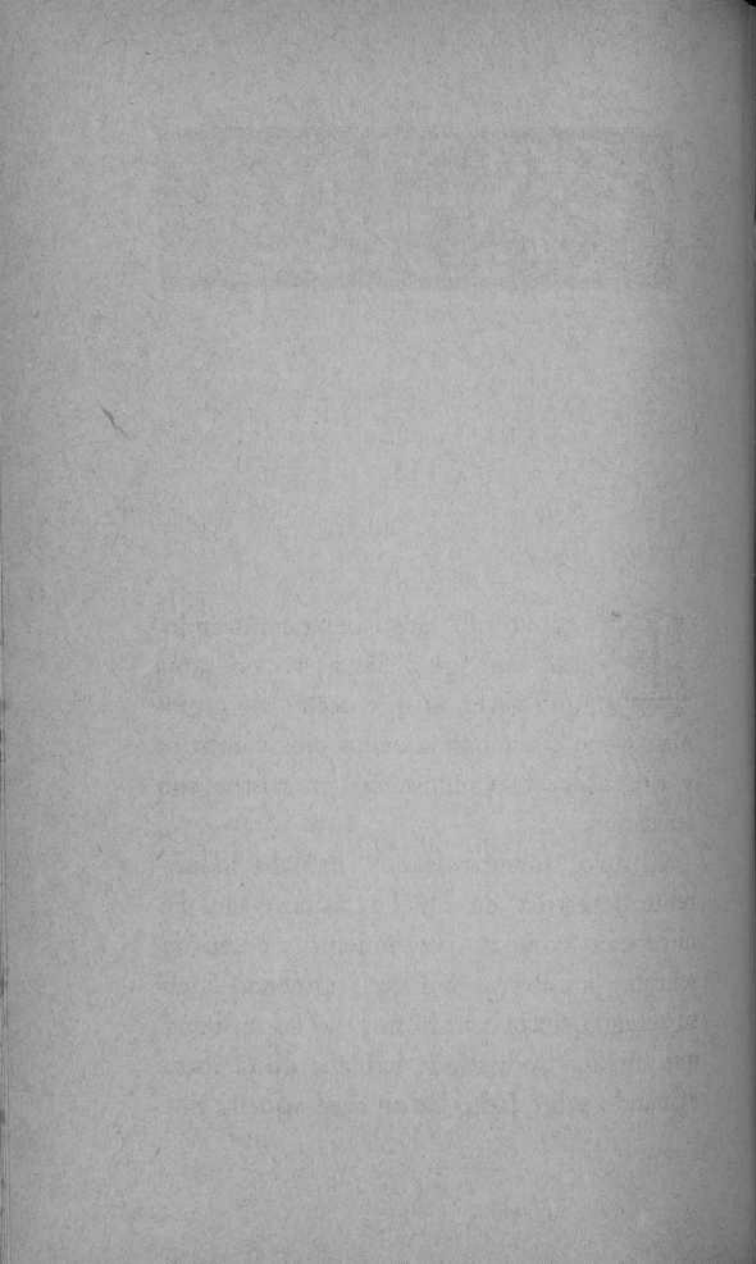
Dimos al entrar en un patio sucio: había á la derecha un poyete, sofá poco adecuado, pero que no había otro remedio que aprovechar, agradecidos. Allí sentados, no hay que hacer sino fijar la vista en los ventanillos altos de la pared, aprovechando la ocasión en que los locos se asomen.

Cansado de esperar, tendí la mirada hacia el declive del monte, contemplando aquella vegetación lozana y sombría á la vez.

—¡Mírala! ¡Mírala!—díjome de pronto mi compañero, tocándome disimuladamente con el codo.

Alcé la cabeza con prontitud y la encontré allí, asida á los barrotes de la ventana, mirándonos fijamente y como con recelo. Sentí al verla como si el corazón se me hubiese roto: fué una terrible impresión de angustia, que pasó al instante, cuando me dí cuenta de que no era yo el que allí penaba;

os parecerá egoísmo esto, y no lo era, sino consuelo que sentí ante la idea de que una sola estuviese allí pagando las infamias de muchas; y sin embargo, Pilar no era mala. Era ella, sí, la mujer que yo había adivinado en las palabras y en los detalles de los otros; era una apasionada terrible, contenida en sus afecciones, en sus gustos, en sus deseos, y hasta en sus ideas íntimas, por el demonio del orgullo: un cerebro llameante y un corazón bueno, que gemían bajo la presión ficticia de la mole de nieve que estaba aplastándoles; y cuando aquella naturaleza, con pretexto de otro corazón comprendido y amado, rompía el dique y lanzaba el tremendo grito de ansiedades, á punto de satisfacerse, ansiedades del alma, de las ilusiones y de la vida, encontróse la decepción horripilante, brusca: el desprecio del hombre, la dignidad herida, el orgullo domado, el amor muerto, la naturaleza que se rinde y el cerebro que estalla.





VIII.

ESTUVO allí largo tiempo mirándonos con igual fijeza; yo no sabía qué hacer ni qué decir; me imponían y me coartaban aquellos ojos sombríos y dilatados, clavándose en mi rostro con tenacidad.

El otro, mientras tanto, hablaba indiferente de esto y de aquello, asuntos sin pie ni cabeza, como su pensamiento y como su sentido; miraba yo á Pilar, siguiendo él en su retahila sin orden; al fin, dió en un tema que me fué simpático: hablaba de la loca. «Cuando salió Justo de su casa aquella no-

che memorable, se despertó inmediatamente parte de la servidumbre, por el estruendo de cerraduras y puertas que Justo causó al salir, con el intento preconcebido, indudablemente, de dar el escándalo, de dejar inutilizada para siempre, como antes había dicho, á la mujer soberbia.

» Encontraron á Pilar sin conocimiento, tendida en el piso, inmóvil y como cadavérica; fué trasladada al lecho, y estuvo muchos días entre la vida y la muerte, pero loca de remate desde que pronunció la primera palabra; la madre murió á poco, un día que limpiaba con el pico del pañuelo los cristales de los quevedos de oro y ella fué metida en uno de aquellos calabozos de los *Angeles*; la herencia de Pilar la disfrutaban muy tranquilos unos parientes, que en todo se metían menos en el calabozo de la loca, para visitarla de vez en cuando.

» Después de cinco meses de locura furiosa, quedó Pilar tranquila; fué desde entonces su demencia más extraña y más impo-

nente; en el trayecto de la noche, escuchábanse grandes alaridos é invocaciones lamentosas: era Pilar, á vueltas siempre con el único pensamiento que le maceraba; durante el día pasábase las horas y las horas cogida á los barrotes de la reja; algunas veces pegaba á los hierros aquel rostro, que nada había perdido de su gran hermosura, y permanecía allí, como siguiendo con la idea la sombra de alguien que se alejaba; introducía el brazo por los huecos de la reja y llamaba con la mano á la visión que se iba presurosa.

Todo esto me lo contó el amigo chupando con negligencia un cigarrote, y mientras, jugaba tirando chinitas, que cogía del suelo; yo continué mirando á Pilar, como atraído por aquellos ojos subyugantes; hubo un momento en que me sentí nuevamente muy conmovido: Pilar hacía señas para que me acercara, sonriendo á la vez con gran dulzura.

Llamábame con la mano, sin hablar.

—¡Ven, ven!—me dijo al fin, y era su acento triste y se contraían dolorosamente sus facciones.

Sentíame turbado y no sabía qué hacer.

—No vayas—me dijo el necio;—te cantará la letra de siempre: lo que dice á todos.

Seguía llamando ella, y dispuesto yo, como es mi costumbre, á hacer todo lo contrario de lo que me aconseje quien no simpatiza conmigo:

—Espera—dije á la loca; me levanté sin dejar de mirarla; llegué hasta ponerme bajo el ventanucho.

Apretó Pilar el rostro contra los hierros, hasta señalárselos en las mejillas; me miró con ansiedad profunda y se le crisparon los puños, que permanecían como clavados en los barrotes.

—Mira—me dijo muy bajo—sácame de aquí; pero que no lo sepa nadie, ¿entiendes? Llévame adonde está Justo, que me espera y llora por mí; yo te daré en cambio todo lo que me pidas, ¿ves, ves?—Y dicen-

do esto, se soltó de la reja, llevóse las manos al cabello, que se deshizo al instante, cayendo en lustrosas bandas.—¿Ves, ves? repetía, desabrochando sonriente los botones del cuerpo del vestido.—¡Todo, todo es para ti! pero llévame con él; yo quiero estar á su lado para que me defienda; me hacen mal aquí, no me quieren y me lastiman, ¿ves, ves?—Y seguía presentando á mi asombrada vista aquellas hermosuras de su magnífico busto, profanadas por la misma virgen en sus ensueños locos; caían sobre el pecho nevado las trenzas negrísimas; los ojos se le dilataban, relampagueándole; tenía el rostro pálido y parecía como que se le iluminaba con los extraños resplandores de aquellos ojos chispeantes y dulces á la par, sonrientes y tristes.—¿Ves, ves?—repetía.—¡Llévame, llévame con él para que me ponga buena! ¡Anda, llévame! ¡llévame, por Dios, y te querré mucho, y él te querrá!—Yo no le contestaba y ella se alejó, rompiendo, como otras veces, en largo alarido. Dicen



que los locos no lloran. Y me atrevo yo á jurar que iba llorando cuando se alejaba.

No quise estar allí más tiempo; pasé el día con inquietud, aunque procuré distraerme; llegó la noche y me llevó el amigo á casa de los Varitas. ¡Qué confusión! ¡Qué jaleo! ¡Cuánta galantería! ¡Cuánto esplendor ficticio! se reía y se walsaba. Me acordé de Pilar. ¡Cómo había ella también walsado en aquellos salones, déspota y extendiendo sobre todos el dominio de su soberbia y de su hermosura!

Me fijé en un grupo; situábase casi en el centro del salón; estaba allí la señora de Varitas con unas muchachas rozagantes, frescas, vestidas con elegancia, hablando con gracejo, llenas de donaire y brío; rodeábanlas unos cuantos caballeros, mozos, afables; uno reía con la más guapa de ellas, pareciendo hacerla la corte: era distinguido, airoso, con

cierta dejadez en su persona, de semblante plácido, frente grave y mirar sereno.

Interrumpí á mi amigo, que silbaba una mazurka, para interrogarle curioso:

—¿Quién es ese?

—Justo—me dijo con tranquilidad; y siguió solazándose con su silbar estúpido.

30 de Junio.—85.







EL CONTRABANDISTA.

I.

QUÉ! hagan sus mudanzas las buenas mozas de la serranía. ¡Viva el jolgorio! salgan á relucir panderetas y palillos, y todo lo demás que Dios crió para que toquen manitas redondas!— ¡A la fiesta! ¡A la fiesta, que allí están Juanelilla y Pacurro, los mozuelos más barbianes y jacarandosos que nacen bajo el sol de Andalucía! ¡A la fiesta, que han bailado Joaquín y la Colasa, Felipe y Antoñita! Los ojos están chispeantes; las voces desentonan;

la copa del moscatel corre de mano en mano; la tarde declina dulcemente; el sol transpone y va triste, como con ganas de esperar un poco y ver la maravillosa pareja que hace círculo entre los concurrentes que hay bajo la parra. Juanela se dispone al baile en aquel momento, y el tío Jenaro está con los ojos húmedos, las manos temblonas y la baba caída, sentadito en su sillón, del que no se mueve nunca, porque la parálisis no gusta de ello.

La parra es grande: entre las tupidas hojas penden los dorados racimos, como gracia de Dios que asoma por entre un fresquísimo cielo de nubes verdequeantes; cerca del emparrado hay una gran ventana, cuyo herraje forma penachos arriba, y calados y qué sé yo cuantas cosas; se enroscan á la reja los verdes tallitos como flexibles culebras, que van con sus retoños tejiendo, encaje galano; más arriba, otra ventana sin hierros y bordeada de macetas con claveles y galas de Francia; sencilla jaula entre las dos,

con un canario dentro: tiene fama el canario por lo charlatán y murmurador; que pregunten allí por el pájaro de Juanela. De un tronco del emparrado pende, de cinta azul, limpia alcarraza, sudando gotitas frías, como perlas que Dios hizo brotar de aquel barriullo, deslumbrante por el estropajo, para consolación del sediento y honra y prez de las comarcas andaluzas; cuelgan asimismo otros tiestos de albahaca, y rodean las paredes hasta la altura de la cenefa el clásico-reate de cañas; entre el cañizo y la pared cruza la enredadera de hojas finas y sedosos tallos, que bordan la fachada con suaves campanillas azules.

Formábase de tal manera el círculo de bailarines, festejantes y curiosos, que la parrá cubría á la una mitad y la otra quedaba bajo el cielo sin ninguna clase de intermediarios; los mozos de labor íbanse arrimando poquito á poco al saber que Juanela bailaba, y nada menos que con su novio, el sin par Pacurro, el mozo más guapo de toda

la comarca, el de más pecho de todos los contrabandistas andaluces, con aquellos ojazos, despidiendo llamaretadas de un fuego que volvía locas á las mujeres, y más aún á la Juanela. Tosieron unos, bebieron otros; el de allá, gruñía una copleja; el de más acá batía palmas; este se las arreglabá con los platillos, estotro con las castañuelas, aquel con el guitarro, y rompió al fin, el baile, la pareja.

Vestía *Pacurro* chaqueta corta, calañés flamante, faja de seda azul, polainas de becerro con pespuntos primorosos y nívea camisa con chorrera cañoneada. Veíase en Juanela su hermoso cabello peinado con más gracia que nunca: tenía corpiño de seda azul, como la faja del novio; vestido de color anaranjado, con lucientes adornos de morillas negras, haciendo con la falda gran contraste; media fina de seda con bordados azules y zapatitos de tabinete, que eran un hechizo. Dios manda á ciertas criaturas á la tierra para tormento de los huma-

nos, y tal había sucedido con la amada de *Pacurro*; mirábanla todos atentamente, con envidia ellas y con rabia ellos; con rabia, por *Pacurro*, á quien hubiesen hecho pedazos; también la miraba *Pacurro* apasionadamente, y ella inclinaba la vista; hicieron preciosas mudanzas al son de guitarro y palillos, y entre la risa y el barullo, la chacota de este, la copla de aquel, el canturreo de las muchachas, el fiero jalear de los mozos, la bullanga, el jaraneo, la mirada furtiva y el pellizco, *que vamos callando*, seguía el baile afanosamente la entusiasmada pareja.

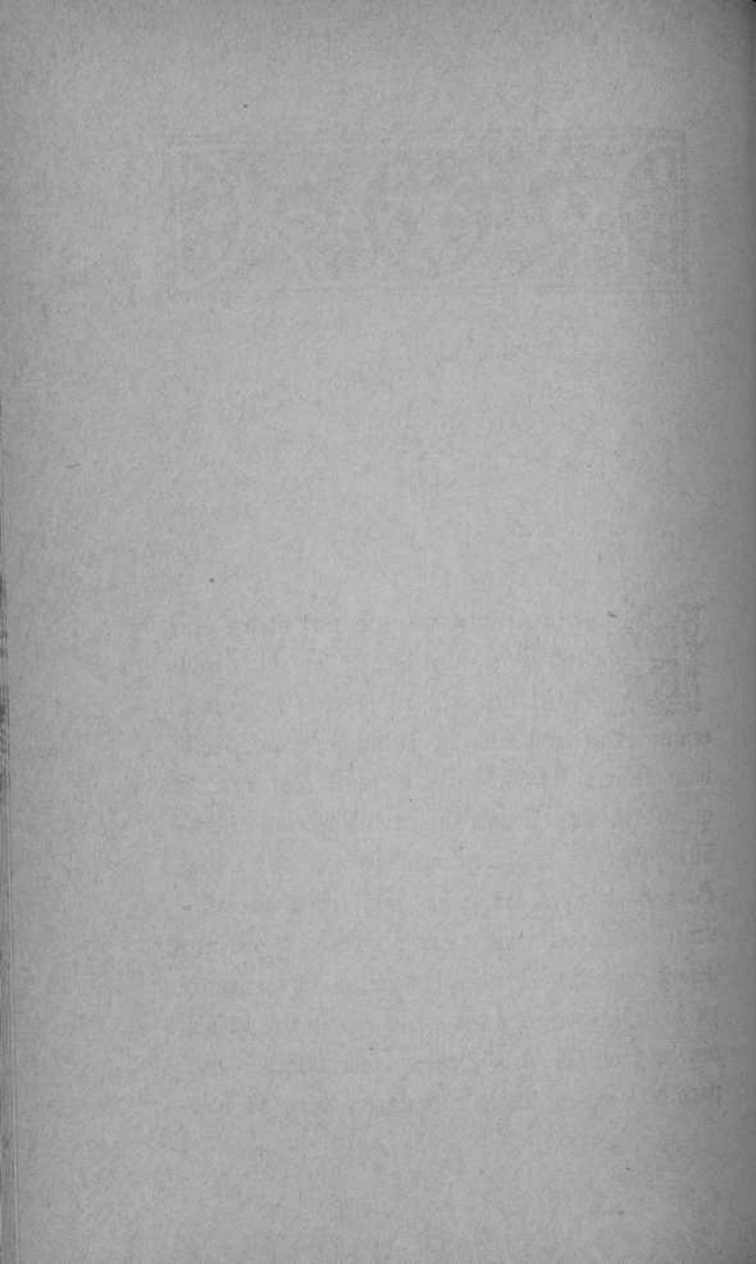
Con los brazos en alto y gran repiqueteo de castañuelas que en las manos tenía, adornadas con lacitos de colores, iba marcando *Pacurro* las figuras á la moza garrida; y ella, ¡gran Dios! ciñendo la falda al muslo, como la tentación agárrasenos al alma, entreabiertos los labios, el rostro encendido, el corazón latiéndole con celeridad, la nariz que se le dilataba, como el extraño malestar de no satisfechas ansiedades, le miraba

y le seguía y revolvíase; se enroscaba los brazos por el cuerpo, arqueándolos por encima de su cabeza y formándose con ellos marco de nacar para su rostro fino, suave, *gachón*, con aquellas estrellitas de los ojos, que resplandecían en el alma de *Pacurro*; y más sigue, y más se revuelve, y más avanza; doblégase, gira, se enrosca, salta con movimientos livianos al par que puros, retrechera, *jacarandosa*, aérea, vértigo en forma de visión, nuncio de voluptuosidades terribles, presentimientos de castas melancolías, afanosa, palpitante, representando con todo su esplendor y exuberancia la vida, la juventud, el gracejo, el donaire, de la trinitaria de Málaga y la macarena de Sevilla; las que tienen como rocío de la gloria, amapolas en la cara, en el andar gentileza, garbo en el cuerpo, en la boca ambrosías, sal en la frase, infierno en los ojos y en el corazón tormentas; la que lleva terciado el mantón de Manila, corales en el cuello, la falda corta, la media fina, el pie sutil, el

zapatito bajo de tabinete, el brazo en la cadera, la risa y el dicho agudo en los labios, y la peina y las flores en el pelo, caminando dichosa, con bofetadas para quien la ofende, consuelo para el que sufre, para el que pide, limosna, y para el mozo á quien camela, amor, celos, tempestades, locuras, alma vida y la gloria de Dios en un beso.

El mosto pareció haberse fundido en las cabezas, y estaban todas las imaginaciones acaloradas; las estrellas alumbraron el cielo y los rayitos de la luna caían sobre los chaparros y las higueras como quebrados hilos de luz suave; lanzaba el grillo sus agudas notas entre las zarzas, y una brisa fresca y saturada de finísimos perfumes acariciaba con dulzura los rizos de las mujeres, que respiraban ansiosas como fatigadas por el placer de la fiesta.







II.

PACURRO era mirado por todos con interés é inquietud; en el único semblante que se leía la felicidad, era en el arrebatado de Juanela; conceptuábase feliz: había bailado con *Pacurro*, á quien idolatraba con un cariño de las entrañas, que le tenía el sentido vuelto; aquel *Pacurro*, no ya querido, sino reverenciadísimo como los santos en la iglesia, y no me dejará mentir alguno, cuando diga, como ya lo hago, que en su nido primoroso tenía la Juanela dos altares con flores, uno para la Virgen de la Soledad y otro para el

retrato de *Pacurro*, y todas las mañanas los lindos dedos de la mozuela, limpios y salerosos y cuajados de sortijas, cambiaban las flores, dando después un besillo con sus labios rojos á cada una de las imágenes.

Allá se iba el tío Jenaro con su hija en lo de querer á *Pacurro*; tenía sus piques con Juanela, y afirmaba que más que Jenaro nadie quería á *Pacurro*, porque *no y reteno*, y que no le contradijesen á él, porque *otavia* era un bestia, y se acordaba de sus buenos tiempos, y sabía ir, lisiado y todo, al rincón de su alcoba y coger su encaro, aquel que se tragaba con honra una libra de plomo, y se daba de tiros con María Santísima que por delante se le pusiese... ¡ea!

Oíanle sin chistar todos, porque además de tener muy malas pulgas el viejo, le querían entrañablemente; pasaban aquellas passioncillas y era Jenaro otra vez el viejecito dichoso que se conmovía hasta las entrañas con una caricia de Juanela, y hasta más á lo hondo con alguna barrabasada del valiente

Pacurro; amaba tanto á este, que un día le miró como con ganas de comérselo, y le dijo así:

—Oye, yo sé que te mueres tú por Juanela y Juanela por ti: escucha bien lo que te digo; yo sé que os vais á casar; pero escucha, hombre, escucha: si te ves tú apurado en la vida y no te da tiempo de pensar en requilorios... escucha bien: toma á Juanela, hombre, tómala, que no quiero que tú te mueras sin el gusto de catarla; tómala, aunque me muera yo de sentimiento y de coraje, que de fijo me moriré si haces eso, *Pacurro*;—y le dió un abrazo apretadísimo.

Se comentaba mucho, entre tanto, una historia ocurrida la anterior noche, de la cual historia no sé, por desgracia, muchos detalles; en uno de los grupos había cierta moza, robusta, de pechos cerriles y fieras pantorrillas, que hablaba con otra más fina y de más delicado tipo; oyendo á la primera estaba la muchachita, mirando tristemente á la pareja que bailaba. Decíale entonces la otra:

—Pero ¿no ves, Clarilla? ¡Si no parece verdad! ¡Un alijo que vale miles de miles! ¡Qué! Si se armó anoche en la ciudad un escándalo... ¡suponte! y mira tú qué valor! todito el mundo sabe que ha sido él, y se está bailando ahí lo mismo que un trompo; así son los hombres, tontones y cegatos, que no ven las cosas cuando están feas y se pierden por una lagartija; porque vamos á ver, ¿por qué está aquí *Pacurro*? Nada más que son-sacado por la Juanela, porque parece mentira que haya mujeres en esa *positura*.

Seguía la otra mozuela mirando á los que bailaban y oyendo á la parlanchina; mordía á la vez con los menudos dientes una punta de su delantal, y con un piececito que era la gala de Dios, por lo donairoso y lo bien calzado, con suela señoril, tacón alto y tabinete fino, golpeó impaciente el suelo.

—Oye—dijo de pronto á la habladora.
—Te has figurado una cosa que no es, y la Juanela todito que se lo merece. ¡Válgame Dios! y ¿qué culpa tiene la Juanilla de

que yo me haya enamorado como una puerca de ese indino de Paco, que ni ve tanto así de cosa, ni distingue, ni sabe agradecer? La culpa me la tengo yo, por burrona que soy, que me quedo chalá en cuantito que me mira, y ya me pongo muriendo de una cosa que me da, que me quita el sentido y la compostura de la boca para decirle callando lo que es penita.

Calló un momento y mirábala compasiva la otra.

—Si no fuera—dijo—porque se estima tu calidad y vamos sabiendo lo que tú quieres á Paco, y que te ciegan los quereles, no era chica zajurda la que se armaba aquí esta tarde, ¡que te quites, ea!—Y echándose atrás en un gracioso movimiento ambos picos del mantón de Manila, prosiguió en esta forma :

—¡Pues no te has puesto tú muy allá, niña! Y á mí ¡qué! ¡Por tu bien lo dije, y nada más que por tu bien; pero yo no soy más ralista que el rey! ¡Juanela tiene mucho

sentido, y mucha calidad, y mucha decencia, y mucho dengue y mucho rango? Bueno, mujer, bueno; cuando tú lo dices, y eso que á ti te pica, lo sabrás mejor que nadie... y déjame ya, que me voy cargando, y apáñate como puedas, que yo en nadita me meto; ¡tendría guasa, y la mujer de Dios cómo se pone! La culpa soy yo quien se la tiene; yo, que no me estuve muy retecallada, y si Paco echó un alijo, como si fuera ninguno, ó como si fueran cientos de miles; solo que una tiene que ser mala y meter la lengua en estofado para no *dincomodá* á las señoritas principales. ¡Ya tú ves! lo que me figuraba! Que tú no tienes un poquito de miramiento, te ofuscas y te irritas conmigo, ¡y á mí qué! ¿Que *Pacurro* quiere á Juanela? Bueno. ¿Que se está rondándola todita la noche? Bueno. ¿Que mete un alijo muy grande? Bueno. ¿Que lo andan buscando los civiles, y que yo me enteré, que para eso tiene una su novio cevil? Bueno, mejor que retemejor; ¡que sigan chillando en la ciudad

D. Fulanito y D. Menganito porque el contrabandista no está preso! ¡Que lo prendan y que lo ahorquen y que el demonio se lleve la trampa!

—¿Pero qué es lo que tú dices de trampa, y demonio, y de alijo y de que lòn civiles le buscan? A mí no me da la gana de que lo prendan, porque no me da; y soy yo capaz de comerme el mundo, porque no, y no; que no me lo pongan en presidio, que entonces ya nunca le veré y me moriría de veras; quiero verlo, mas que sea con berinche y llorando porque se dé gusto con el camelo de su Juanela; ¡y que se pongan aquí los guardias para llevárselo, que entonces se verá quién ofende á *Pacurro*, y quién se hace pedazos por él, mas que alguien me diga descocada y que una pierda el recato y la conveniencia!

—Así me gusta, y no lo que me pareció que habías tú pensado, que yo hablaba malamente de Juanela por envidia, ¡vamos que no! que cada unita es reina en su casa y en

su hombre, y si Juanela tiene estampa y finos procederes, que me miren á mí una *miajita* nada más, sin que sea alabanciosa, y encontrarán la gracia á manojos y la alegría á puñados, y todo lo demás conveniente—que en buscándolo se encuentra—en una mozuela de miramiento y vergonzosa como Dios manda.—Estaba la moza con el rostro encendido y accionando con un gracejo que no desmentía sus afirmaciones.—Mira tú—acabó—y sábetelo, para que lo sepas, y te lo digo á ti sola, mas que yo sé que pronto lo sabrá todito el mundo, que Paco ha herido esta noche pasada á uno de la ronda, y que está la herida de muy mal ver, y que por eso lo buscan ahora los civiles.

—¡Ay Dios!—contestó Clarita.—¿Y está aquí ese hombre y nadie le dice que se vaya?—Hacía en esto la mozuela gran esfuerzo para no llorar y retorciase las manos desesperadamente.

—Sonsacado, hija; lo que yo digo, sonsacado.

—¡Que te calles tú, que la Juanela es incapaz de tener tan mala sangre!—Levantóse en esto la enamorada, fuese á Juanela y le tocó en un hombro. Sudorosa Juanela y encendida del baile, irradiando de ventura y con los ojos humedecidos aún, de emoción por las caricias mudas de los ojos de *Pacurro*, volvió el rostro y se encontró con Clarita; se contemplaron un momento profundamente; cubrióse Clarita de grana hasta los ojos, y Juanela agachó los suyos y se arregló el corpiño y algunos pliegues de la falda.

—Tengo que hablarte.

—Bueno —dijo la novia de *Pacurro*.—
¿Cuándo?

—Ahora, ven.

Viéronlas alejarse un poco, y *Pacurro*, particularmente, no perdía de vista á Juanela, experimentando cierta inquietud. A los pocos instantes volvía presurosa y pálida como un muerto; retiróse Clarita llorando como una Magdalena.

—¡Paco! —dijo la novia. —¡Paco de mi

alma, vete, por Dios! ¡y yo te perdono el que otra presona haya tenido que decirme primero que tú las cosas que á ti te pasan!... ¡Yo te lo perdono, porque sé que ha sido para que yo no sufra; véte, y piensa en anoche; huye, y que no te pillen para que yo no me muera, Paco de mi alma!

Resistióse Paco á partir, y con esta causa, los que no sabían lo ocurrido á Paco la anterior noche, acabaron por enterarse y le miraban con ojos de asombro. Clarita seguía en su llanto en un extremo y hablábale la otra. Llegó la noticia al tío Jenaro y rugió porque no pudo levantarse para abrazar á *Pacurro*.

—¿Con que alijo y palos á la ronda?—gritó con alegría fiera.—¡Olé, por la gracia fina de los buenos mozos! ¡Juanela, mi retaco, huyendito!

Habíase descompuesto el jolgorio, y Juanela seguía suplicante, cruzadas las manos y llenos de lágrimas, de cariño y temor los lindos ojos; iba á contestar *Pacurro*, cuando

se oyó este grito, que nadie supo de dónde salía:

—¡Los civiles!

Fué grandísima la confusion entonces: unos se arremolinaron y otros se escabulleron; nada tenían que temer, pero unos amaban de veras á *Pacurro*, y otros rehuían las trabazones judiciales; Clara se plantó de un salto junto al contrabandista, sin que este se apercibiera de tal acción, porque no sabía lo bien amado que era por la muchacha. Vió Juanela á Clarita, y en sus magníficos ojos, llenos de lágrimas, vibró un relámpago sombrío; los civiles estaban ya á poca distancia de la fiesta.

—¡Apártate!—dijo con salvaje decisión Juanela á Clarita.—¿Qué te has figurado, hija? Á mí me corresponde, y sobra conmigo.—La empujó colérica y sintió Clarita que el corazón se le hizo pedazos con aquel tratamiento; pero calló por *Pacurro*. Llegaron los guardias. Habíase dirigido Juanela al novio, cuando acabó con Clarita:

—En el cobertizo de afuera está *Miñona* —le dijo.—Ya no lloro: ó te vas ó no te quiero.

Agachó la cabeza *Pacurro* y se escurrió por entre las personas apiñadas á su alrededor; los guardias preguntaron por él.

—Ahora se va y no puede esperarse—contestó Juana soflameramente.—Está muy de prisa...

Los civiles volvieron el rostro entonces al sentir el galope de un caballo: *Pacurro* escapaba con *Miñona*.

—¡Apunten, fuego! —gritó el que mandaba la fuerza. Salieron algunos tiros y la jaca siguió galopando; entre el silencio de la noche sentíase, mezclándose con los ecos de las herraduras, la voz alegre de *Pacurro* que gritaba:

—¡Alza, *Miñona*; corre, chiquita!...





III.

FUÉRONSE los guardias y se deshizo la fiesta. La hija del tío Jenaro llevó aparte á Clara.

—¡Perdóname! —le dijo dulcemente, y le arrojó los brazos al cuello; la besó Clara en la boca y se echó á llorar.

Alejáronse todos, y la casa quedó como desierta; el viejo estaba desolado y pidió que lo acostasen; una criada antigua, que hacía allí las veces de madre y esposa—dentro de los límites convenientes, por supuesto—se encargó de la tarea magna de acostar al tío; profundamente abstraída estaba Juanela: se

fué hacia la ventana del penacho, las culebrillas y las hojas; allí estuvo pensando largo tiempo; recordaba las noches hermosas que pasó en coloquio de amores con el amante *Pacurro*; sus planes para la vida futura, cuando estuviesen unidos; el feliz grajeo y el requebrar dulce del novio; sus hermosas y correctas facciones y sus ojos que parecían arder. La luna iluminaba claramente, detallando con precisión los objetos; el campo estaba silencioso; distinguíanse á poco trecho de la ventana unas higueras, que ponían en el sembrado oscuros mancharrones; oíase más clara que anteriormente la canturía monótona del grillo; en el establo próximo, rumiarse de bueyes y algún ruido, de tiempo en tiempo, de la tabla que tiraban y el roce del cordel con los tablones del tinado; en el corral, oíase también algún que otro revoloteo; con majestuosa calma, cubría la llueca á los pollos; esperaba el gallo gravemente la hora en que Pedro negó á Cristo, y las demás gallinas dormitaban pacíficamente con la

tranquilidad del justo, sin tristezas en el presente y sin tristezas para lo porvenir. Por la parte de afuera, la parra, cuyas hojas parecían como querer erguirse, exuberantes de vida, con la savia fresca del rocío de la noche; caía sobre ellas la luna, filtrando por el cielo de hojas, sus luces, y llegando al suelo para dibujar suaves y misteriosos alicatados; de los cañizos del reate, colgaban algunos cacharrillos del riego; las enredaderas trepaban por la pared, semejando duendecillos que asaltaban en turbión el dulce y poético nido, solitario entonces, de la hermosa Juanela; solitario, sí, que Juanela estaba aún en la ventana, con el oído atento y la mirada ansiosa; ¿qué esperaba, triste de ella! Hallábase inmóvil, muda, con el rostro pegado á los hierros y despreciando indiferente las caricias que las campanillas azules le hacían en los ojos; escuchaba atenta el canto del grillo, ruidos sordos del tinado, revolotear alguna vez en el gallinero; de la alca-rraza, limpia, oronda, reluciente, colgada de

su cinta azul en la traviesa del emparrado, escurría el agua, filtrando los finísimos poros; deteníase un instante en el exterior del fondo, íbase formando la gota, lenta, dulce, cristalina, titilaba un momento, despegábase de la que se iba formando otra vez, y caía acompasadamente en sordo golpe, que á Juanela parecía fatídico; maulló un gato en aquel instante y cantó el gallo al mismo tiempo: ante aquel ruido más pronunciado, los otros parecieron detenerse, y toda la campiña quedó silenciosa entonces; Juanela se irguió de pronto como tigre espantado, y en sus ojos magníficos, llenos de lágrimas, brilló una centella de feroz alegría; se estremeció convulsa, y con las dos manos cruzadas apretábase el pecho, duro y agitado, sin sentir el dolor que á sí misma causábase. Con el rostro encendido, la mirada fija y anhelante y la cabeza inclinada, permaneció algunos segundos escuchando con agonía tremenda. ¡Sí, allá lejos, muy lejos! era un ruido vago, sordo, que iba

después creciendo; Juanela seguía en igual actitud, y sus uñitas sonrosadas rompían la seda del corpiño y entraban en la carne nívea de la hermosa; aquella carne, dura, fresca, levantándose agitada en tal momento, con angustia cruelísima del pechito acongojado.

—¡Ay, mi *Pacurro*! —gritó al fin en una explosión terrible y apasionada; había escuchado un silbido largo, agudo; un silbido de esos que espantan, que parecen nacer entre una breña, un zarzal ó una cañada de los campos de Andalucía, y que se piensa irremisiblemente, al escucharlos, en aquellos selváticos laberintos de Sierra Morena y en el trabuco naranjero de José María ó Juan Palomo.

Salió Juanilla precipitadamente de aquella habitación, dirigiéndose á otra; abrió allí una ventana que había sin reja; el ruido que oyó primero, se hizo más pronunciado, y más y más á cada segundo transcurido.

—¡Es la *Miñona*! —y esperó temblando

de ansiedad; de repente se detuvo *Miñona* ante la ventana.—¡Paco, Paco de mi alma! —dijo la niña.

Pacurro chascó la lengua.

—¡La suerte, hija!—contestó sin precipitarse.—¡Acabo de tumbar á otro! ¡Pobrecillo!

—¿Y huyes?

—¡A Portugal! En tanto que tú me quieras y *Miñona* viva, nadie me coge; ahí vienen, pero no me voy sin un beso tuyo. —Escuchábase como el galopar de otros caballos.

—¡Ni sin mí, Paco mío!—exclamó Juanela, disponiéndose á saltar por la ventana.

—¡Bueno por las mozas de rumbo! ¡Así me gusta!—murmuró el contrabandista. La cogió en sus brazos, la besó en la boca ansioso.—¡Anda, *Miñona*!—habló de nuevo, y escapó el caballo frenéticamente. Algunos minutos después, atravesaban como un rayo por delante de la puerta, cuatro jinetes.



IV.

PACURRO había tenido que hacer cara por un momento á los civiles, por su deseo de no separarse de la casa del tío Jenaro, sino volver á ella, como así lo hizo; tuvo la suerte de herir á uno, enfurecióse el que los mandaba, y juró coger á *Pacurro* vivo ó muerto; sucedió lo que siempre pasa en aquellas regiones, donde la sangre parece amasada con pólvora y plomo derretido; puesto ya el negocio de esta manera, la vida de *Pacurro* corría inminente riesgo: conocíalo así *Pacurro* y jugaba el todo por el todo; no quería escon-

derse en uno de aquellos mechinales nauseabundos de que disponían los encubridores y bandoleros andaluces, porque era la deshonra para *Pacurro*, y estremecíase á la idea de tener que echarse á la *vida*; él era un valiente, que ni mataba ni robaba, sino que vivió hasta entonces de su trabajo de contrabandista; su delito, según él, consistía en infringir un bando del Gobierno: este delito no era deshonoroso entonces, ni lo es todavía.

Íbale diciendo *Pacurro* á Juanela todo lo anterior, en estilo llano y sin ambajes, intercalándolo con palabras que dirigía á *Miñona* y alegres requiebros á la mozuela:—¡Que sí, prendecita mía, que tú lo sabes, y tu *Pacurro* se muere por tus huesos! ¡Juí *Miñona*, que no me pillen! ¡Vaya! mi corazoncito, cómo se sostiene á caballo, *aniguá* que si mujé y caballo fueran una misma persona! —Y como si Juanela murmurase algo:—¿Me hablas tú del viejo, diocesillo mío? que no te dé sentimiento de venir como una

cualquiera, ¡calla! que me hace daño el oírte, y como sigas así, vuelvo grupa y me pongo delante de los civiles; ni tú eres una cualquiera porque vas conmigo, que yo te llevo, y eres la emperadora de mi personilla, ni á ti te falta nada mandando en mí, con tus ojos, que me los voy á comer á bocados, ni tu padre tendrá ni una migaja de dolencia, sino mucha alegría de saber mi conducta... ¡*Miñona*, chiquita! ¡Anda valiente, que tú no conoces ni te podrás figurar con todo el talento que tienes, lo que llevas en el lomo y yo agarradito en mis brazos!... ¡Anda *Miñona*, resalá de mis entrañas! en cuanto que lleguemos á Portugal, que llegaremos hoy, que tenemos que llegar porque sí, ni los reyes, ni las emperatrices tendrán que ver con la personita *juncá* de mi conciencia y arrimo, que va echando chorritos de lumbre por todas partes, y por los ojos que yo camelo, y las manitas que camelo también, con cada pelucona que tengo yo guardada para ella que quita el

sentido, con su lustre y alcurnia fina!...
¡Salta, *Miñona*!

Así corría vertiginosamente por aquellos caminos y por trochas y vericuetos; parecía comprender el noble animal el apuro de su amo, y dejábase atrás en un segundo gran terreno, los tupidos maizares, las grandes hazas de trigo, los viejos algarrobos, como filas de gigantes formados en la sombra, los caseríos blancos, que iluminaba la luna; veía Juanela que todo quedaba atrás, como arrancado á tirones de su retina por la mano de un coloso; atravesaron así la campiña en extensión enorme, *Pacurro*, arrullando á Juanela, animando á *Miñona* y maldiciendo á los civiles que le perseguían.

—¡Ala, *Miñona*!—gritó de pronto con voz de tigre, rajándola el vientre de un espolazo. Había sentido detrás una carrera precipitada; conoció *Miñona* el peligro, relinchó de dolor y apretó la marcha con desbordado ímpetu. *Miñona* comenzaba á fatigarse, aunque no daba todavía muestras de

ello; pero *Pacurro*, como gran inteligente, lo conocía y desesperábase hasta lo sumo; era su desesperación extraña, desahogábase hablando con *Miñona* más que con Juanela; decíale palabras dulces, que hubieran hecho reir ó enternecer al corazón de una manera profunda. *Pacurro* ofrecía á *Miñona* todo lo que antes ofreció á Juanela, sobre poco más ó menos: le iba á comprar zapatos de oro y unos zarzillos con más lumbré que los del rey que rabió, cuyo rey tuvo él lugar de conocer en cierta huída que á pueblo remoto hizo por un percance contrario de la facultad; si le plantaba *Miñona* en el otro lado de la frontera, le compraría también una montura nuevecita y le haría un *ritrato* fino al óleo, que corriera por *toiticas* las partes del mundo para *conocencia* de los demás caballos y animales de cuatro patas, de que era la *Miñona* muy cumplida en los trabajos, muy señora y muy decente; todo esto sin contar con que se había acabado para ella la cuadra, y que tendría cama de

caoba y mesa y manteles finos y vasos de plata, y que estaría *aniguá* que una princesa encantada en caballo. *Miñona* corría escapada, pero disimulando bravamente el peso que llevaba encima. Uno de los civiles habíase adelantado á los otros.

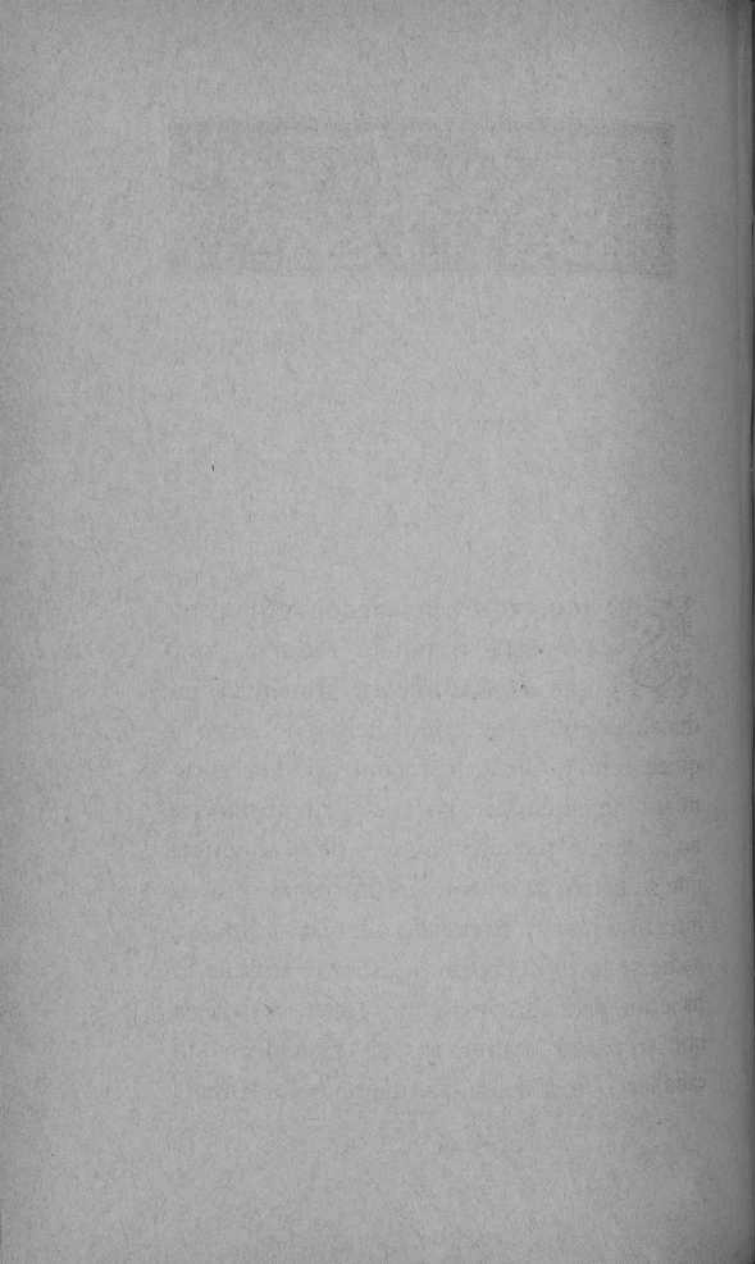
—¡Párate; párate, ó te tiro!—gritaronle de repente á *Pacurro*. Mugió el contrabandista, y lo que sucedió luego fué extraño, terrible, monstruoso: echó mano al trabuco, levantó la llave, imprimió las rodillas de una manera particular sobre el vientre de *Miñona*; volviósese *Miñona* rápida, se cuadró en firme, Juanela cerró los ojos y retumbó un trabucazo: el civil cayó á tierra y *Miñona* siguió escapada: habíanse salvado por entonces, y tal vez haría perder la pista á los otros; Juanela rodeó el cuello de *Pacurro* con un brazo, recostó la cabeza contra su pecho y le besó suspirante: estaba amaneciendo.

—¡Tengo frío!—dijo ella después con mucha dulzura.

—¡Yo te lo quitaré, prenda!

Cogió las bridas con los dientes, sujetó con una mano á Juanela, aunque no lo necesitase, que sabía mantenerse firme, deshebilló con la otra unas correillas, y á los pocos segundos las borlas de colores de la manta jerezana en que había sido envuelta, se mecían, confundiéndose con los alamares del aparejo de *Miñona*.







V.

SIGUIERON caminando algún tiempo; más tranquilo *Pacurro*, hizo que *Miñona* aflojase la marcha: indudablemente, los compañeros del otro á quien echó á tierra, le encontrarían en el camino, deteniéndose por esta circunstancia; no se desvió por eso *Pacurro* de la conducta que se trazó de entrar en Portugal; era su intento aquel, y testarudo además de bravo, nadie se lo quitaría de la cabeza, aunque lo hicieran pedacitos en el trayecto, ó tuviera que trepar á trabucazos un escuadrón de caballería; inspeccionó el terreno ávidamen-

te; convencido ya, dirigióse á la derecha, y después de un cuarto de hora, detuvo el caballo ante una casa de pobre aspecto: abría la puerta en aquel instante un pedazo de hombre como un demonio, limpia de pelos la cara y con un espantoso chirlo en ella, pañuelo de coco liado en la frente, calzón hasta la rodilla, chaleco con broches de metal, medias toscas, zapatos de becerro, y camisa, que hubiera ya sentado perfectamente en el lebrillo: este hombre sin igual era el que abría.

—¡Hola *Pacurro*! ¿Tú por aquí?

—¡La suerte, *Tate*!—Decía esto *Pacurro* al mismo tiempo que se apeaba, recibiendo después á Juanela en sus brazos para colocarla en tierra. Dirigiéronse en su estilo, y muy amistosamente sendas felicitaciones, *Pacurro* y *Tate*.

—Oye,—habló el contrabandista—esta real hembra que tú ves aquí, es mi mujer, que nos casaremos en llegando que lleguemos á Portugal. ¿Tú sabes? de modo y

manera que como vienen detrás de mí unos señores militares, en comiendo alguna cosilla, que comeremos, ya tienes tú que salimos volando otra vez por esos mundos como almas en pena; con que anda, y busca tú quién se lleve á *Miñona* al otro lado de esta casa, para lo que pueda ocurrir, que yo soy prevenido y á mí no me la pega nadie.

Hízose como *Pacurro* indicó, y fué llevada *Miñona* á un sitio oculto conocido por él; allí quedó forrándose, en tanto, de lo lindo, con rica avena y rubio grano, esperando quizás el tiempo mejor de zarcillos flamantes, cama de caoba, zapatos de oro, vasos de plata y mantelería fina.

Almorzaron los novios opíparamente, pero como lo permitían el tiempo y la ocasión: enorme tasajo fiambre, y vino de aquel, dulce y ardoroso á la vez, como la mirada de una bacante andaluza.

Sintióse Juanela acometida repentinamente de gran inquietud, sin que pudiera comprender el amante en un principio lo que su-

cedía; asomábase ella á la ventana á menudo, mirando con avidez hacia los árboles; volvía luego los angustiados ojos á *Pacurro*, y este comprendió al fin. Sí, Juanela sospechaba que los perseguidores hallábanse de nuevo sobre la pista; pero no quería hablar de ello al novio, por no molestarle con lo mismo que la martirizaba, y porque no la creyese *Pacurro* apocada y aprensiva; lo mismo ocurría al amante: pareció inquieto, no por él, sino por su sin par Juanela. «¡Qué demonios de hombres aquellos, tan torpes todos los días para cazar á un ladrón y asesino, y tan sutiles entonces para poner la nariz en el talón de un buen muchacho, que no podía revolverse con aquel bendito estorbo de Juanelilla!» Así pensaba el mozo mirándola, y como esta fijase también en los de *Pacurro* sus inquietos y apasionados ojos:

—Oye—dijo él—¿qué tienes?

—Nada, nada,—contestóle.

—¿Nos vamos?

—No, no, espérate; mira, ¿qué ves allí?

—¡Bah!—dijo él con acento que sonó á doble de campana en el cerebro de Juanela.
—¿Ya lo sabes? Bueno, seguirá la danza, Juanelilla, porque yo no me entrego; digo, á no ser que tú me mandes otra cosa.

Ella le miró enamorada y se colgó á su cuello.

—¡*Pacurro*, contigo, contigo siempre!— exclamó echándose á llorar. Dió un grito de pronto y se apretó á *Pacurro*. Había sonado un tiro: la bala entró en la habitación, rompiendo un cuadro negro, cuyo cristal cayó hecho añicos.

El contrabandista bramó de cólera y miró hacia los árboles: se distinguían allí claramente los tricornos de los civiles. ¡Si hubiera podido saber *Pacurro* el número de hombres que allí había!

—¡*Tate*!—gritó rabioso.—¡Ven aquí corriendo!

Esperó impaciente, y llegó después *Tate*, no corriendo, sino muy despacio.

Miráronse un momento, *Pacurro* indó-

mito, colérico; el otro, risueño, pacífico: parecía á Juanela el contraer de sus labios al sonreír, canillas de muerto que se doblaban para romperse.

Los ojillos de *Tate* erraban con viveza de un lado para otro; miró los cristales rotos y caídos por el suelo, el hoyo que hizo la bala en la pared, los cañones de las carabinas que relucían allá á lo lejos, el semblante angustiado y hermoso de Juanelilla, y chascó luego la lengua como en demostración de que alguna cosa agradable deleitaba su paladar; parecía un monstruo entonces, con su cuerpo grandullón, su pañuelo por la cabeza, su feroz risa, sus ojos chispeantes y su espantoso chirlo violado. *Pacurro* le miraba sombríamente, comprendiendo lo que significaba la satisfacción de *Tate*: parecía ya contemplar la lucha, escuchaba los tiros y olía la sangre.

—¿Podemos salir?—le preguntó.

—No —dijo.—¡Estáis cercados!—No se incluía al responder así; el instinto de bes-

tia, hacíale á él mismo creer que no podía figurar entre los racionales.

Miró *Pacurro* á Juanela con dolor intensísimo y poco disimulado.

Comprendió Juanela el sufrimiento de *Pacurro*; el valiente sentíase por ella miedo-
so, y esto la halagaba, la hacía feliz, dándole fuerza y brío: volvió á ser la Juanelilla de la parra, fiera, arrogante.

Se contemplaron en silencio los dos enamorados, felices, locos de ventura, adivinándose mutuamente sus ideas en aquel momento: ¡Iban á morir juntos!

Tate había salido cuando acabó de hablar, y entraba entonces más sonriente, más feroz, con un haz de carabinas en los brazos. lo menos había diez, sin contar con el trabuco naranjero del famoso contrabandista.

—¡Ah, demonio!—gritó *Pacurro* al verle; le comprendió al instante.

Sonó otro tiro entonces allá, lejos, entre los árboles, y otra bala penetró en el aposento ocupado por la pareja; Juanelilla y *Pacurro*

se miraron nuevamente: no había miedo ni indecisión en aquella mirada, había cariño. Conocíase que los civiles estaban dispuestos á *mecharlos* como no se entregasen; así hablaba *Pacurro*, muy bajito, revolviéndose como un lobo.

—Vamos,—preguntó ella de pronto—y si te cogen ¿qué te hacen?

—¡Nada!... Me ahorcan, si no me matan al cogerme.

Oyó la contestación Juana y tembló de ira:

—¡Trae!—dijo saltando como una pantera, al de las carabinas y cogiéndole una: garrida, hermosa, resplandeciendo de luz, como ángel caído, llegó á la ventana, alzó la carabina graciosamente con movimientos que marearon á *Pacurro*, apuntó, salió el tiro y fué la bala á meterse en el cuerpo de uno de los perseguidores.

La señal de combate estaba dada: *Pacurro* abrazó á Juana y *Tate* rugió de gozo.





VI.

No os extrañe la acción de Juanelilla; tenía ella tesón para esto y mucho más que se hubiese ofrecido; se educó la moza con iguales principios que *Pacurro*; hija era de contrabandista, de contrabandista era nieta, y por todo su abolengo le salía el contrabando á montones. Dormíase Juanela cuando niña oyendo historias de mujeres bravas, y su madre y todas las mujeres de su familia dieron el ejemplo de que aquellas historias no eran inverosímiles; sobrina era Juanela de la *Pola* y con eso se dice todo; quien no

tenga noticias de esta contrabandista afamada, ni sabe lo que significa contrabando, ni comprende todo lo que tiene de bello tal oficio para las imaginaciones exaltadas de aquellos meridionales, con alma noble y cerebro de humo: era la *Pola* fea, para no faltar á lo cierto; fea y agraciada, con doñaire en el cuerpo y el pico de oro, que cautivaba y atraía; sabíase por demás Juanela, que para la *Pola* se quitaron siempre el sombrero ladrones y contrabandistas, y que era una gran dama en lo tocante al respeto que le tributaron todos; por algo tenía muchas casas para habitar ella sola, decoradas con lujo, con muchos artesonados y mucha cristalería y mucho sahumero fino; sabía también Juanela, para que nada quede sin que yo diga, que en echando mano la *Pola* en mitad del camino á su retaco vistoso, donde ponía la vista ponía la bala, aunque fuese á galope tendido en su potro cordobés, fogoso, pequeñito y entallado, como señorita dengosa. Tal fué siempre

la guapa tía de Juanela, mareando á todas las horas del día, y de la noche principalmente, á las autoridades, al resguardo y al gobierno, con los alijos escandalosos que metía en la población, serena siempre, decidida, y con su retaco afianzado: vestía ella de hombre con su calañés de felpa, redondito, airoso, su chaquetilla corta, su calzón fino hasta la rodilla, sus medias de seda, sus zapatos bajos, su faja celeste, y en la faja el enorme cuchillo, para zanjar asunto cualquiera que se ocurriese. Como si todo esto hubiérase agolpado de pronto á la imaginación de Juanela, enorgullecida y brava, como por el espolazo de tradicionales glorias, fué la primera en animar á *Pacurro*, y por cierto que no lo necesitaba este; cuando vió el contrabandista lo que Juanela hizo, todas sus inquietudes desaparecieron, y sin que parezca anómalo, comenzó á presentir porvenir dichoso, cielos esplendentes y alegrías divinas.

Echó también mano á una carabina del

Tate, pero notó después que la gente de la arboleda no contestó al disparo de *Juanelli*; permanecieron cuidadosos: alguna cosa nueva pensarían, sin duda, los del benemérito cuerpo. ¿Qué sería? Echábase á volar la imaginación de *Pacurro*, sin que diese con las causas.

No podían asomar la cabeza mucho tiempo: los proyectiles, hubieran acudido al blanco en profusión asombrosa.

— ¡*Tate*, ven acá! — dijo *Pacurro*.

Se aproximó este, con su gran cicatriz del rostro, contraída por la risotada que siempre parecía estar dispuesto á lanzar.

— ¿Hay luces á todos lados de la casa?

— A todos: ventanillos por la espalda, balcones á los lados y la ventana aquí.

— Bueno; *Juanela*, te quedas ahí: cuando uno salga de los árboles, ¡fuego! ¡Ven, *Tate*!

Empuñó *Juanela* el arma, *Tate* siguió á *Pacurro*, registró esta la casa, cercioróse de que era cierto lo que había dicho el encubridor — que no otra cosa era *Tate*.

—Bueno—díjole también.—Tú te quedas aquí: mira, indaga, curioseas, llama al momento cuando algo notes.

Anduvo luego *Pacurro* de un lado para otro, asomándose, ya á los balcones, de pronto al ventanillo.

—¡Paco! ¡Paco! ¡Ven corriendo!—gritó así Juanela exasperadamente.

Voló *Pacurro* al puesto y apuntaba ya la hija del tío Jenaro á un pequeño grupo de civiles que parecía alejarse.

—¡No, no!—dijo *Pacurro*.—Déjalos, si se van.

Se detuvo Juanela, y los civiles siguieron hasta perderse de vista. Pasó mucho tiempo; los alrededores permanecieron silenciosos; el sol seguía abrasando la tierra; á nadie se distinguía; de vez en cuando la cigarra escurriase con su monótono canto; no parecía, en verdad, que á Juanela, *Pacurro* y *Tate* amenazaba próxima desgracia, según estaban de tranquilos y seguros. El contrabandista siguió inspeccionándolo todo, dispo-



niendo, arreglando. *Tate* permanecía sin hablar, disimulando torpemente la impaciencia que sentía por descerrajar el primer tiro; Juanela, adusta, encendida, oprimido el pecho por mortales ansias que le iban acometiendo, pero disimulándolas mejor que *Pacurro* las suyas por Juanela, y mejor que *Tate* sus alegrías recónditas.

La una de la tarde sería cuando *Tate* lanzó un gruñido sordo que vibró en lo profundo del corazón de Juanela; *Pacurro* le oyó al mismo tiempo y corrió á *Tate*; allá lejos, podíanse divisar los tricornios de los guardias, aunque para divisarlos era preciso tener buena vista; eran, sin duda, los que salieron de entre los árboles; separóse *Pacurro* del ventanillo y llegó á un balcón: miró con avidez; también avanzaban por allí otros guardias; por el otro balcón, lo mismo.

— Juanela — gritó *Pacurro* — ¿vienen?

— Sí.

— ¡Por todos lados! — gruñó él. — ¡Apunta, *Tate*! — gritó luego. ¡Apunta, Juane-

la!—y *Pacurro* apuntaba al mismo tiempo.

—¿Están ya á tiro?

—¡No!—contestaron ambos.

—¡Que encañonéis bien!... ¿Ya?

—¡No!—repitieron serenamente.

Pacurro quedó silencioso entonces, y veía avanzar á los guardias sin que dejase de apuntar.

—¡Fuego!—gritó de pronto: escucháronse tres detonaciones y cayeron tres guardias; detuviéronse estos para atender á los heridos; *Pacurro* estaba pálido como un cadáver y corrió á Juanela:

—¡Juanela de mi alma!—exclamó de repente, como si el corazón le hubiese dado un estallido. Juanela le miró tranquila, pareciéndose en aquel instante al genio de la venganza, con el rostro serio, la mirada sombría, la frente adusta y el levantado seno allí, robusto y exuberante, como nuncio de femenil fortaleza y baluarte contra la fatiga.

Soltó la carabina Juanela, cogiendo después ansiosa las manos de *Pacurro*.

—¿Qué tienes?—le preguntó con gesto animado.—¡Levanta la cabeza, hombre; defendemos la vida y defendemos nuestro cariño: primero nosotros, y venga después lo que viniere; tú eres fiera, y yo he de serlo también, puesto que hembra tuya soy; nos irritan, nos enfurecen, nos acosan, y mordemos y matamos: no está la culpa en nosotros; que nos dejen tranquilos y no molestaremos á nadie; si algo hiciéramos en contra de la cordura, de la razón, de la justicia, yo, primero que nadie, me hubiera acusado! ¿Ves tú ese?—y señalaba á *Tate*.—¡Ese tiene la culpa de todo esto; se me está figurando que sí, porque no le pierdo de vista; le deleita y le emborracha la sangre, y la bebería, á ser posible, como el *Jerez* ó el *Málaga*; no quiera Dios que yo me cerciore de esta verdad, porque le haría pedazos á él, sí; pedazos, á ese que tú estás ahí viendo, á *Tate*; al *Tate* va á suceder una cosa negra por mi causa, si llego á salirme con la mía; serénate, pues, que estás pareciéndome un

cobardón; que no tenga yo que dar ánimos y fortalecer al valiente, á quien yo quiero porque fortalece y anima; que no haya que decir, y miren los hombres por la negra honra; yo sé que tú temes por mí: ya ves, por mí no debe temer nadie, ni tú tampoco, en siendo amigo mío y queriéndome; una cosa te advierto para acabar: *Tate*, ni es amigo mío ni me quiere.

Acabó Juanela de este modo, y sin mirar á *Pacurro* — ¡trae! — dijo, y le señaló la canana. Paco le dió un cartucho, metiéndolo ella en el cañón de la carabina, lo atacó, puso el mixto, echóse la carabina al brazo y se fué á la ventana.





VII.

RETIRÁRONSE los civiles, levantando á los heridos; *Pacurro* les observaba con interés, y *Tate* sonreía de aquel modo que causaba repulsión y frío. Transcurrieron las horas sin que volviesen á molestarles; allá entre la arboleda, cuartel general que podía llamarse de los sitiadores, se notaba mucho movimiento: iban y venían sin que *Pacurro* se explicase el motivo. Declinaba la tarde; el sol trasponía tristemente como el día anterior; pero ¡ay! su tristeza no podía ser ahora porque marchaba sin ver el *jaleo jacarandoso* del baile, en Juanela y

Pacurro, sino por miedo de iluminar otra vez con su lumbre dorada la gentil pareja que horas antes danzó con entusiasmo ardiente.

Pegábanse los reflejos á los sembrados de la campiña, como beso melancólico de despedida que la tierra y el sol se daban; escuchábanse los trinos de los pájaros en las alturas, y en los nidos formados entre el ramaje frondoso de la arboleda, oíase también el trinar suave de los hijuelos, esperando pacientes el crecimiento de alas para tomar el *tole*; había cesado la cigarra en su canción monótona, cediendo la voz respetuosamente al negro y brillante ruiñón de la noche, que ya había levantado su vocecita aguda más de una vez como por vía de prueba, bajo las anchas hojas de algún sarmiento, ó en el huequecillo que los terruños hacen en el sembrado.

Triste presentábase la noche, triste y sin luna, con nubes que la velaban. Fingiendo *Pacurro* estar alegre como unas castañuelas,

preparó lo necesario para marchar; «la *sealdá* de la noche había de favorecerle, que en logrando él subir en *Miñona* con Juanela, salía de apuros sin remedio.» Caminando iban, *Tate*, primero, y *Pacurro* y Juanela detrás, cogidos de la mano; no hablaban, y era el rumbo de los tres hacia unos jarales próximos, donde estaba oculta *Miñona*.

Marchaban así, cuidadosos, alentando apenas, estremecidos de incertidumbre. Juanela no tenía miedo; pero apretaba con su mano temblorosa, la de *Pacurro* á cada instante, creyendo ver en la silueta de tal ó cual árbol, el cuerpo inmóvil de un civil, serio, espetado y bigotudo. Paco tenía temor también por su Juanela, y sucedía con esto, entonces, lo de anteriormente, desde que salieron de casa del tío Jenaro; que el miedo mutuo por lo que pudiera ocurrir á la prenda querida, al mismo tiempo que la bravura y la osadía propia, hacían de ambos corazones, yunque amartillado una vez y otra por distintos sentimientos.

—¡Alto!—Sintieron de pronto el terrible grito y no les pareció tal, sino cañonazo que en la cabeza les disparaban.

—¡Vente, Juanela, vente! — Exclamó *Pacurro* bajo y suplicante y sin soltarla de la mano. Tiró de ella y se dirigieron hacia otro sitio para ver de encontrar salida. Una detonación les hizo comprender que eran perdidos sino retrocedían al momento; se abrazó *Pacurro* á Juanela, preguntándole ansioso :

—¿Estás herida?

—No.—Dijo ella enérgicamente.—Vamos.

Tomaron otra vez el camino de la casa: cuando allí estuvieron, se atrancó la puerta, encendieron luces; no había otro remedio que morir peleando, reventar de cólera y quedar hechos pedacitos primero que rendirse; no, que sería vergüenza y bochorno! los manes de *La Pola* y demás contrabandistas famosos, que estuvieran en el reino de la gloria;—*una gloria* construída en celes-

tes regiones de propio intento para los espíritus superiores del *oficio*, —debieron ser invocados aquella noche famosa en la vieja casa de *Tate*, por el buen mozo, honor de la historia del contrabando antigua y contemporánea, y la hembra guapota y furibunda, que alentaba á la pelea con igual donairoso desparpajo que ella peleaba.

No había, pues, salvación posible: miraba *Pacurro* á *Tate* como pidiéndole consejo y encogíase él de hombros, sonriendo con aquella encantadora repulsión de siempre. Juanela no habló; sentóse en una silla desvencijada, y con los ojos fijos en la pared, iba recordando su imaginación aquellos días de goces infantiles, aquellos tranquilos sueños de amor, amor que alentaba en su pecho aun antes de conocer á *Pacurro*, amándole, reverenciándole ya al presentirlo, y sentíase conmovida sobre todo, al recuerdo de aquellas noches plácidas de luna, cuando al detener *Pacurro* el caballo ante la ventana de la moza, quedaba ella sumergida en

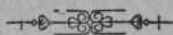
agradables languideces, al oír las rítmicas serenatas de cariño, entonadas á su oído casi por los ardientes labios del hombre, quedo, muy quedo, como se dan las esperanzas y se dan las promesas, y sirviendo de intermediarios únicos las verdes hojas y las campanillas azules. ¡Ah, qué recuerdos, Virgen Santísima de la Consolación! Entonces estaba ella tranquila en su hogar, pasando la vida en espera del oscurecer de cada noche, para que llegase *Pacurro*: parecíale sentir aún el revoloteo de las gallinas, el roce de la tabla y los cordeles del tinado; luego, en el silencio, el gotear de la jarra, y contemplaba, además, á la luz de la luna, las grandes higueras, aquellas chumbas lejanas, los verdes racimos pendiendo entre las hojas del emparrado... ¡Ay! aquella luna dulce y amante, apacible y tibia, pareciendo con su luz suave, madraza bonachona que sonrío de felicidad á su hija la tierra.

No interrumpió el amante estos pensamientos de la moza, como si al comprender-

los quisiera respetarlos—no los interrumpió digo—se dirigió lentamente hacia la ventana, desde donde por la tarde distinguíase la arboleda, y abrió un postigo con mucho recato. Tendió la mirada afanoso al negro horizonte como si quisiera hendir las tinieblas con el rayo ardiente de sus pupilas, pero nada pudo descubrir que dijese algo á sus inquietudes. Así estaban los dos, y *Tate* permanecía silencioso y sonriendo, enseñando los dientes limpios y enormes, y cargando las armas de fuego con lentitud siniestra.

Clavó Juana en él las pupilas de pronto, y con la misma ansiedad que *Pacurro* indagaba en las tinieblas, así quiso ella vislumbrar en el rostro impassible y sonriente de *Tate*, algo de lo que pasaba por aquel bárbaro cerebro; secreto instinto decía á Juana que *Tate* gozaba interior y horrible deleite por lo que ocurría á los enamorados, como supremo afán cumplido, de que el amor de aquellas criaturas, al atravesar tales pruebas, quedara impregnado de sangre y odio.

Callados permanecían los tres. *Pacurro* en la ventana, *Juanela* en la silla y *Tate* cargando los fusiles, cuando notaron de pronto cierta fatiga en la garganta, molestias en la retina. Hiciéronse cargo inmediatamente de lo que sucedía; por todos los huecos empezó á entrar humo. Habían puesto fuego á la casa.





VIII.

INSTINTIVAMENTE seguía Juanela clavando los ojos á *Tate*; parecía como con intenciones de hacerle una pregunta; contúvose, y le volvió la espalda dirigiéndose á *Pacurro*.

La guardia civil rodeaba mientras el edificio, estrechándole desde muy cerca á causa de ser ellos pocos y no querer desunirse; era difícil que los acorralados escapasen. El sargento que mandaba la fuerza, no cabía en su pellejo de gusto; relamíase de lo lindo, con razón sobrada; disponía esto y lo otro, desarrugado el ceño, alegres los ojos y fran-

quísimo el semblante; al fin habían caído en su poder aquellos lobos.

La idea de pegar fuego á la casa, habíale ocurrido cuando desde allí, dispararon por última vez contra los sitiadores; no insistió, pues, en la terminación del plan que tenía concebido, de rodearla y avanzar luego todos á una; tuvo semejante idea tristísimos resultados, como ya habéis visto, y dió por consiguiente las órdenes oportunas. Quedaron algunos en acecho y trabajaban otros como ganapanes, arrancando hierbas, matosjos, tomillo, lo más reseco, lo que ardiera más pronto, y hacían grandes gavillas que amontonaban unas sobre otras. Avanzaba la tarde, y los que permanecían en observación, íbanse arrimando lentamente al *castillo* sitiado.—¿Exponer el pecho á las balas de esas furias?—No, no;—repetía el jefe.—¿Para qué, si habíamos de quedar aquí todos?

Declinó la tarde, se puso el sol y llegó la noche, con el mismo afán y las mismas in-

quietudes unos y otros; á oscurecer empezaba y ya se iban aproximando más los civiles; sigilosamente rodearon de leña los muros: salía *Tate* con los novios, cuando se preparaban á prender fuego al combustible; la actitud de los guardias indicó á *Pacurro* lo inminente del peligro; estaban cercados: era imposible ya todo medio de lucha, y la huida entonces, más dificultosa; densas nubes de humo entraban por los tragaluces de los costados y la ventana del frente; sin duda iban á morir por asfixia, para ser carbonizados luego.

Revolvíase *Pacurro*, rugiente, desenfrenado.—¡Aquello era una infamia, aquello no era de hombres! ¿No eran tantos? ¿Por qué, pues, no habían querido pelear solos contra él?—Escupía más bien que pronunciaba estas frases. Iba de un lado para otro, mesábase el cabello, se retorció las manos.—No, nunca,—exclamó fuera de sí; cogió el trabuco y abrió la ventana; pero dió un grito y se retiró precipitadamente: una monstruosa len-

gua de fuego había entrado de pronto por la puerta que le acababan de abrir; rayo asolador parecía la serpiente de llamas; vibrando y rugiendo lamía con fuerza el marco y los postigos; desprendíase de aquí, agarrábase de allá, corría, resbalaba, arrastrando por la pared, llegaba á las traviesas del techo, volvía otra vez atrás, por el camino ya empezado, como para recoger bríos en otras más fuertes que iban en tropel saltando; parecía como que la primera dejó una escala de oro de peldaños que semejabán estrellas; se corrían hasta unirse, convirtiéndose en festones dorados, concluyendo al fin é inmediatamente por quedar en ascua, todo rojo, estallante, con el crujir á la vez de las maderas secas, el polvo que del techo caía, la atmósfera sofocante y un calor que abochornaba, que hacía ya daño; parecía que las rojas culebras empezaban desde lejos á dar los primeros mordiscos en la carne. Desolada Juanela corrió á *Pacurro*, sosteniéndole para que no cayese. Allí estuvie-

ron, reclinados contra una pared casi caldeada, sin preocupación de que el otro les mirase; se abrazaron fuertemente como queriendo reconcentrar en aquel último abrazo y un último beso todos los que se hubieran podido dar en el resto de una vida prolongada y dichosa; estaban allí los dos, siendo testigo de aquella felicidad suprema y terrible, aquel monstruo que parecía escupido en la habitación por el llameante infierno en que todos iban á ser carbonizados.

Menos resistente Juanela, empezaba á sentir fuertísimas congojas, y contemplaba con ansiedad inmensa al pobre mozo que en nada la podía socorrer. Crujían las techumbres y los tabiques; allá, por el otro extremo de la casa, sentíanse ruidos siniestros de tejas que caían y paredes que empezaban á derrumbarse. Érale ya muy difícil respirar á Juanela; sentíase con grandes fatigas y no podía abrir los ojos; creyó siempre que respiraba, que los pulmones se le hacían pedazos.

Alientos sí tenía para apretarse á *Pacurro*, como único resto de salvación. ¡Oh, terrible egoismo del hombre, que nunca llega á comprender que es siempre la hembra, indómita heroína del sentimiento, con el valor grandioso del sacrificio! Desfalleciendo ya casi, estrechó Juanela por última vez al hombre; sus labios se entreabrieron para modular algunas palabras, y cuando él creía ya oír en aquellos labios, de los cuales tantas deliciosas ambrosías bebió, la palabra, — ¡Sálvame! ¡Sálvame, que me muero! — ella, más enamorada que nunca, muriendo verdaderamente, con tono que tenía mucho de celestial entonces, — Paco, — le dijo — Paco de mi alma, déjame aquí por Dios, sálvate tú, que yo te querré siempre.

Se acusó el hombre de felonía, y sin contestar, apretó en sus brazos á la amada; aquel corazón de bronce se ablandó al fin y brotó el llanto á los ojos del contrabandista; cogió luego con sus dos manos la gentil cabeza, la estrechó blandamente sobre una de sus

mejillas y la besó en el cabello, aquel cabello negro y lustroso donde fueron á caer las lágrimas de la fiera.

Sintióse sorprendido de pronto al notar lo repentinamente también, que Juanela se irguió, iracunda, como leona en acecho, mirando sombría al otro extremo de la habitación.—Espera, espera,—le dijo muy bajo —*mira á ese*—sin apartar los ojos de aquel sitio. Miraba á *Tate*.

Lo mismo que sucedió á la enamorada pareja,—que prescindió de *Tate* para sus últimas efusiones de cariño—había sucedido á *Tate*, que prescindió de ellos cuando se vió perdido sin apelación, para pensar en la muerte.

La horrorosa expresión que á su semblante daba la risa, había cambiado por otra de miedo ante lo inminente del peligro; tenía la faz desencajada, espantados los ojos y las pupilas, pareciendo querer saltarse de sus órbitas; crispaba los puños y se le erizaba el cabello, cuando sentía crujir en este ó

aquel lado los tabiques ó las techumbres. Mirábale *Pacurro* con expresión terrible de ansiedad y odio, pero sin dirigirle la palabra; conocíase que *Tate* quería ir hacia la puerta de la habitación, pero el miedo le paralizaba por quitarle la voluntad y el dominio sobre sus facultades.

Era un horrible fenómeno patológico el que se iba desarrollando rápidamente en el alma de *Tate*, sin que pudiera él comprenderlo ni definirlo. ¿Qué es el miedo? Si *Juanela* y *Paco* hubiesen tenido de sabiondos, la misma dosis que de aguerridos, seguramente que en aquel instante no lo hubieran podido definir tampoco, teniendo tanta prisa por apartar sus cuerpos de las serpientes rojas que amenazaban enroscárseles.

Indudablemente el viejo caserón, ó estaba más viejo ó peor acondicionado por la parte de atrás, ó fué que allí las llamas se levantaron con más furia; es lo verídico, que se oyó de repente gran estrépito producido por el derrumbe. *Pacurro* tembló por vez pri-

mera; Juana se apretó á él convulsa, sin apartar los ojos de *Tate*.—¡Ven, *Pacurro*!—gritó de pronto. *Tate* había echado á correr y ambos le siguieron; atravesó el monstruo algunas habitaciones que amenazaban ya derruirse, bajó escaleras, detúvose al pie de una, hizo no se qué maniobra, se abrió una compuerta y entró por allí. *Pacurro* y Juana que le seguían, respiraron ansiosos nuevo ambiente, y anduvieron así durante algunos minutos. La oscuridad era grande. Sintió de repente *Pacurro* que le andaban en la cintura, se echó mano y encontró las de Juanela.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Nada—dijo la moza secamente—tomar una pistola.

Andaba *Tate* presuroso como si el incendio le persiguiera; iban ellos detrás, sin que en su aturdimiento egoísta, el encubridor les advirtiese. Salieron á los pocos minutos de un callejón estrechísimo, llegando á una cañada, allí, entre los jarales y las chumbas

donde fué *Miñona* escondida. A unos doscientos pasos divisábase el incendio como gran antorcha encendida en las negruras para iluminar la campiña; la guardia civil rodeaba el edificio, que se iba ya derrumbando con gran estrépito, entre nubes de llamas, polvo y humo. El sargento no cabía en sí de gozo; habíase sentado sobre una piedra y con el sombrero sobre la rodilla, servíale de carpeta para extender el parte, escribiendo al resplandor de aquella gran antorcha, cuyas lenguas de fuego iban de un lado para otro, como oleaje de mar encrespado.

Tate seguía corriendo.—No, párate ahora—gritó Juanela así, cogiéndole de la faja fuertemente. Volvió el rostro él, y su mirada de basilisco se clavó febril en el semblante de la hembra.

Así, reteniéndole, —¿por qué has hecho eso?—preguntó sombría. Sin que el encubridor contestase, procuraba desprenderse, y sus ojos de demonio despedían rayos.—

¿Por qué has hecho eso?—repitió Juanela.—
¿Por qué has consentido que se vierta la
sangre de esos pobres, primero que descu-
brir la salida?—Rugió *Tate* espantosamen-
te y tampoco habló. Alzó Juana la pistola
entonces, y disparó sobre su cabeza. *Tate*
cayó muerto.

—¡Juanela!—gritó *Pacurro* espantado.—
¿Que hiciste?

—Lo que te había dicho ya—respondió
friamente—una buena obra por nosotros;
lavar con sangre de este *mal alma*, la man-
cha que nos echamos con la de esos pobre-
citos que eran bravos y buenos! que ten-
drían madres y tendrían novias!





XI.

EMPEZABA á escribir el sargento la segunda plana del parte: llevaba escrito en ella:

«...y sin saber cómo, se incendió de impro-
viso la casa, quedando los delincuentes *sepultos* entre los escombros...»

Detúvose al sentir una detonación; ordenaba ya á varios individuos que diesen una batida por los alrededores, cuando oyeron el precipitado galopar de un caballo, pasando *Miñona* al mismo tiempo próxima á ellos;

las llamas de la hoguera, iluminaron el grupo que formaban Juanela, Paco y *Miñona*.

Dejó el asombro sin acción al sargento igual que á los subordinados; se oyó después un grito de rabia tremenda, blasfemias, gran estrépito de la casa derrumbándose del todo; á lo lejos, el rumor de las herraduras, la voz de *Pacurro*:—¡Salta, *Miñona*!—Allá iban, allá iban como fantasma de la noche, cuya silueta borrosa quedó perdida al fin en las negruras.

Juanela, la misma Juanela, contó su historia rodeada de curiosos hace algunos años en cierta tertulia, donde era muy amada. Érase la señora Juana por este tiempo una viejecita amable, de cabellos grises, de rostro arrugado, y afable y angelical sonrisa. Vestía de negro con mucha sencillez, luto que llevaba por el compañero de toda su vida. *Pacurro* murió algunos meses antes, muy tran-

quilo, en su lecho, con mucha beatitud en el alma y en el semblante.

Preguntaron á Juanela llenos de curiosidad:

—¿Y qué os pasó luego?—No podían comprender que dos criaturas que así se colocaban fuera de la ley, hiriendo y matando, pudiesen vivir tranquilos.

—¿Qué nos pasó?—dijo la señora Juana con extrañeza.—¡Pues! que llegamos á Portugal y estuvimos allí cuatro meses.

—¿Y luego?—preguntaron otra vez, afanosos.

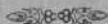
—Que volvimos á España.

—¡Jesús, á España!

—¡Ya lo creo! como teníamos también nuestra *miajita* de padrino, nos dieron el indulto.

Reinó en la tertulia un silencio sepulcral. Era el único comentario que podía hacerse.

9 de Octubre.—86.





PIPINELL.

BAJABA yo hacia la ciudad, fijos los ojos en el fantástico panorama que á la luz de la luna distinguía; me detuve un instante: divisaba á la izquierda las oscuras lomas y las casitas de los labradores como manchas blanquecinas; á la derecha, y en largo declive, gran extensión de terreno sembrado de trigo; parecíanme las espigas doradas extenso lago, rizándose dulcemente; bajo mis ojos casi, ví las grandes aspas de hierro de un molino que hacía girar el agua; brotaba esta con gran rui-

do, como de las órbitas negras de enorme monstruo, cayendo después espumante en caprichosa crestería y finas randas de plata, y por último, ya próximo á la carretera, el circuito blanco de las tapias del cementerio, las salientes cruces, el brillo del pulimento en algunas lápidas, los farolejos de luces melancólicas y los sáuces cabeceando como en eternal borrachera.

Llegué á la ciudad, y entré en el paseo. Tenía yo ganas de ver á Pipinell aquella noche; paseábame con inquietud que no podía definir, recordando á la par con embelesamiento la figurita de Pipinell, la hija de la *Reina del cañón* y del *Rey de los juegos malabares*; así lo decían los pomposos carteles anunciadores que fijaban diariamente en las esquinas de aquel bondadoso pueblo de esclavos y magnates, donde la navaja del proletario se abre con ruido que espeluzna de chirriar de muelles, con la misma facilidad que la bolsa del rico se cierra en silencio para todo lo que signifique

dádiva de alivio material, única que puede dedicarse al mísero.

En estas inquietudes y en estos pensamientos estaba, con deseo de separarme de unas niñas con quienes paseé en la Alameda; eran gordinflonas, entalladitas como con cuña y mazazo, morenotas y destartaladas, hijas de un retirado de ultramarinos, gran señor en lo tocante á lo dorado de bolsa, si bien no me atrevo á asegurar que fuese lo contrario en oscuridades de conciencia.

Queriendo pasar como cortés ante aquellas señoritas, no sabía yo como desembarazarme de su palabrería insustancial y de sus miradas hambrientas, como de ricachona que busca hombre y pide casorio sin ton ni son, y porque el mundo no diga que para vestir santos queda; y aquí tenéis que al fin pude desprenderme de las ultramarinas, saludando con ceremonia y balbuceando algunas frases de excusa porque tan inesperadamente abandonaba el paseo. Atravesando por entre la multitud que se apiñaba en tro-

pel, pude salir á la postre, dejando atrás el concertante anómalo y extrañísimo que se formaba con el pregón de los biznagueros y el de las rapazas con las magnolias y los nardos; el pitar de las trompetas, el *rras* de los abanicos, el gimoteo de los nenes precoces, el arrastrar de piés, de sillas, de faldas, el canto del aguador y de los *albayaneros*, y el plañir quejumbroso de las pordioserillas, harapientas, nauseabundas y porcachonas, que gritaban, extendida la mano, llena de churretes como la carilla enteca:

—¡Una *limolnita* pol Dio!

Avancé presuroso hasta llegar al Circo; mamita Pipinell estaría trabajando, porque llegaba hasta la calle un continuo rumor de palmas y gritos; era frenesí lo que por ella sentían; recuerdo una noche en que saltaba sobre un alazán castaño, fogoso, de crín fina y recio empuje: iba Pipinell como figura luciente en peana enorme; galopaba el caballo y la faldita de gasas níveas levantábase con el viento hasta tocar su filo la brillante co-

raza de raso celeste; oyóse el grito convencional del director de la pista y dió Pipinell una vuelta en el espacio para quedar de pie sobre el lomo de la bestia; pero no fué así, perdió *un tiempo*, sin duda, y cayó al suelo; pareció que el caballo la pisoteaba y fué la confusión terrible; lloraban las mujeres, gritaron, hubo desmayos, convulsiones; los caballeros lanzáronse á la arena, pero por fortuna se había lastimado un pie solamente. Cuando á las tres noches salió á trabajar de nuevo, tuvo una ovación grandísima; cayeron en la arena grandes ramos de flores, arrojáronla palomas, la regalaron dulces, alhajas, y ella, inclinando la grave cabecita, colocábase las manos sobre el pecho en demostración de gratitud.

Era un gozo estupendo la vista del sombrerete puntiagudo de Pipinell, al salir esta al Circo todas las noches para ejecutar sus trabajos de payasillo incipiente, ceñidas las mallas á sus piernas delgaditas, el vientrecillo chupado, los brazos abiertos, grotesco el

ademán y embadurnado de harina el rostro. Parecía tipo sobrenatural el de aquella niña de diez años: deleitaba al público, no solo por sus gracias de clown en miniatura, sino con sus ejercicios ecuestres, acróbatas y gimnastas, distinguiéndose mucho en sus trabajos de la barra fija, aquel pedazo de hierro redondo, liso y esmerilado, con lustre en el centro, de la manita callosa de la pequeña Pipinell; distinguíase también en los equilibrios de la cuerda floja, y arrancaba bravos de admiración en los trapecios volantes, que se mecían pérfidamente allá, muy alto, junto á las lonas del techo. Admirábase más aún, porque al concluir sus peligrosos trabajos vestía el trajecillo airoso de pana, calzábale su gorrito de terciopelo con pluma gris, sentándose luego en un palco con su famosa Ketty, en la falda, aquella muñeca, regalo que hizo á la niña algunos meses antes un abonado del Circo de Lisboa, á quien sin motivo, no miraba con muy buenos ojos el rey de los juegos malabares.

Hice yo conocimiento con Pipinell, del modo que sabréis ahora: me acerqué una noche al palco, y ella quedó mirándome con aquellos ojos suyos de miope, encogidillos, como si tuvieran miedo de abrirse demasiado pronto, por no ver de repente el lado feo de la vida.

La dirigí algunas frases, porque me era muy simpática, y con un movimiento gracioso de mujercita precoz, inclinó la cabeza, agradeciendo; la ofrecí luego un duro para que regalase á Ketty, y Pipinell lo aceptó gustosa, exclamando con candidez de limbo, en un español chapurradillo que daba gusto:

—¡Ay, bien! La compraré un pañuelo para que se abrigue.

Era la muñeca de resortes: tocó Pipinell con sus dedos el vientre de Ketty, y esta lanzó un chillido de rata.

—¿Veis? Os da las gracias, señor—dijo esto Pipinell, y estrechó la muñeca en su regazo con verdadero cariño maternal.

Aunque hacía un calor de los demonios,

todas las noches que siguieron á la en que yo la conocí, presentábase ya la remolona Ketty envuelta en gran pañolón, descubriendo solo parte de la carilla y los ricitos blondos, como cirse rusa enterrada en monte de pieles.

No quiero distraer vuestro ánimo con el relato de cosas antiguas; me limitaré á referir lo que ocurrió aquella noche de recuerdo infausto: entré en el Circo, afanoso, alegre, porque veía llegada la hora de que mis afanes se cumplieran; no me había engañado, trabajaba Pipinell; había acudido aquella noche el público más numeroso que nunca. Respirábase una atmósfera pesada. La gente de las galerías hallábase en excitación no para descrita: alegres, orondos, satisfechos, con los rostros enrojecidos y las pupilas chispeantes; la carita seria y los ojillos dulces de Pipinell volvíalos locos; los palcos estaban llenos asimismo: brillaban las joyas de las damas, destellando con el reflejo de las luces de gas, profusas, movibles, rever-

berantes, resaltando acá y acullá, en las columnas, en los palos de traviesa, irisándolo todo como con movibles estrellas amarillas; asestábanse las miradas de unos y los gemelos de otros en el cuerpecito escuálido de Pipinell, que daba vuelcos allá en la altura, en la barra del trapecio volante, aquel trapecio que se mecía pérfidamente, rozando la lona gris de la techumbre. La *Reina del Cañón*, la madre de mamita, estaba en el palco sosteniendo á Ketty en la falda, mientras concluía Pipinell su faena de deleitar al público, para consagrarse á los cuidados maternos.

Vestía aquella noche mamita de color de rosa; sentábase en la barra del trapecio para tomar descanso, y saludaba al público que la aplaudía rabioso; saludaba con la cabeza y con la mano y sonreía al mismo tiempo: ¡la sonrisa de mamá Pipinell! Aquella sonrisa que hacía cautivos: yo creo que si la agonía sonriera, haríalo al modo de Pipinell saludando.

Saltaba la niña de un trapecio á otro, agarrándose con los piés, con las manos, con los dientes; veíase unas veces cabeza abajo, cayendo los rizos, que la envolvían el congestionado rostro; hubo un instante en que se excedió como nunca, no daba saltos, volaba mejor dicho, semejando mariposilla de oro huyendo del calor de las luces y las miradas de los indiscretos; parecía otras veces angelillo de alas invisibles, cerniéndose en mitad del espacio. El público aplaudía frenético, estallante, y Pipinell seguía en las alturas como insectito alado y luminoso.

... Se oyó de repente un alarido general de angustia terrible; se contrajeron todas las facciones por el espanto; lanzáronse todos á la pista. ¿Qué lumbre misteriosa quemó de repente las invisibles alas del angel? ¡Pipinell había caído dando tumbos hasta chocar horriblemente contra el suelo!

Los artistas corrían de un lado á otro para calmar á la multitud.—¡No ha sido nada!—repetían; los payasos hacían cabrio-

las y gestos cómicos, y decían disparates, y arriba, en una plataforma empingorotada, los músicos todos soplaban furiosamente en desconcertante monstruo, sin duda para calmar con este nuevo terror las emociones profundas de que estaba el público poseído. — ¡No era nada, no era nada! — Escuchábase esta frase en todos los labios. No era nada, efectivamente; luxación de una rodilla y ruptura de un brazo por no sé dónde.

La madre, desolada, quiso correr al sitio de la catástrofe, pero la detuvieron algunos, y allí quedó cogida á Ketty con el mismo cariño que si fuese Pipinell; pudieron contener á la madre, pero no callarla; los que conducían á la lisiada *mamita*, lleváronla, pues, hasta la *Reina del Cañón*; miróla esta profundamente, con ansia, con frenesí: ¡era una *saltimbanquis* que amaba á su hija!

No decía Pipinell una palabra; no gritó, no gimió, tenía el semblante cadavérico y los ojos tristes. — ¿Qué hacen que no te curan? — aulló así la madre, no viendo á

médico alguno. Cogió la piernecita de Pipinell, la vendó fuertemente con unos trapajos y besó luego la venda; no tuvo después con qué vendar el brazo, giró una mirada febril, vió la muñeca, arrancóla el pañuelo y vendó pronto y firme.

Al soltar la muñeca, cuando la arrancó el pañuelo, rodó esta lanzando un chillido de aquellos de rata pisada. Mamita entonces rompió en llanto desgarrador. ¿Por qué lloraba? ¿Qué misteriosos mundos tomaron vida de repente en aquel cerebro virginal? Hay quien asegura que mamita Pipinell, insensible hasta entonces al dolor de sus huesos rotos, lloraba de dolor... porque habían arrancado el pañuelo á su muñeca. Hay quien asegura también que aquel grito de Ketty cuando rodaba, era causado por los padecimientos de mamita. No lo creáis. ¡Ketty daba un ejemplo de la ingratitud innata en los hijos: Ketty gruñía porque le quitaron el pañuelo!

8 de Diciembre.—86.



EL BOSTEZO DE UN REY.

DON Juan de Vargas y Vargas, de juveniles años, ilustre abolengo y grandes riquezas, recibió de su madre educación preclara, criándose, en el temor de Dios y de los santos, en un pueblo de Asturias, del que jamás había podido salir, por razones que no son del caso, con lo cual puede decirse que estaba el hombre ansioso de ver mundo.

Érase D. Juan hombre como de veintiocho años, delgadito, nervioso, asaz impresionable; había en su cerebro abundante cosecha de cosas lindas, y era una, principal

entre todas, su conformidad exagerada con aquello que fuese antiguo, rancio y retrógrado. Al ver y oír á D. Juan de Vargas, creíase el pensamiento, inconscientemente, rodeado de escudos, lanzas, blasones, rodela y otras cosas de antaño, que no hay por qué mencionar; emanaba su persona así como un olorcete á oro viejo y mohoso, jigote rancio y olla, aún más podrida que aquella famosísima de Valladolid, y parecía, al reparar en su frente adusta y tostada, y sus pupilas brillantes, que tropezaban los ojos con un pedazo de cobre macizo, forro sutil, hasta cierto punto, de enorme puerta achata, de aquellas que los *fijos-dalgos* tenían para uso particular de sus torreones. Según el parecer de D. Juan, una sola institución había noble, sagrada, terrible, inmensa, Dios iracundo y benéfico á la par, á quien adoraba de rodillas y con golpes de pecho; esta institución era la monarquía: el rey era su Dios. No había honra, ni alma, ni sentimiento para D. Juan como del rey se trata-

ra; en sus ratos de soledad triste, suspiró á menudo por una ilusión que surgía del fondo de su alma, imagen etérea, representando la *regia divinidad* con extraños cendales y deslumbrante corona. Hubiera tirado sus riquezas por el balcón y su alma al demonio—aun siendo D. Juan cristianísimo, como ya se sabe—por ver al rey, besar su mano y oír su palabra, que debía ser música celestial de aquella que los ángeles entonan en las divinas regiones, sueño que no había podido aún ver realizado; hubiera hecho al fin una calaverada, olvidándose de hogar y familia, por ir á la gran corte y ver y hablar y oír á S. M. allí, cuando estuviese puestecito en su trono, como dueño y señor divino que era de algunas millonadas de mortales; pero se presentó la ocasión de ver al rey un día, y fué con este motivo.

Como no todos son Vargas, algunos hombres taimados y descreídos hubieron de levantarse contra el trono, llegando á la impiedad de pedir que la monarquía cayese

rodando para no enderezarse más sobre sus dorados y carcomidos huesos; dábanse los tales el nombre de republicanos, y querían los muy demonios quitar al rey y poner para el *avío casero* de la nación (palabras textuales) una chica aseada, primorosa, rozagante y fresca, desbordándosele por los ojazos enormes unos chorros de lumbre bendita, no para explicada, sino para que el género humano quedase contemplándola con un palmo de boca abierta.

Cuando lo supo el rey, organizó inmediatamente numerosas legiones para batir á los réprobos; y cuando tal cosa supo á su vez D. Juan, este es el que sale hecho una furia, recorre la ciudad, derrama el oro y la plata á manos llenas, catequiza á Fulano y á Mengano, al de más acá, al de más allá, á este y esotro, y resulta, á la postre, que se reúne con una veintena de guapos mozos, dispuestos valerosamente á derramar su sangre en defensa del rey—del elegido de Dios—como D. Juan le llamaba.

Iba en aumento la rebelión, y decidió S. M. hacer una escapatoria por los pueblos que le permanecían leales, para animarlos á la lucha, y ya tenía D. Juan de Vargas sus hombres reunidos y organizados, con buen equipo y con otras muchas cosas, cuando cata que llega el día en que el rey había de aparecer en la ciudad: salieron á esperarle al camino el ayuntamiento en masa, la diputación provincial en masa, corporaciones científicas, otras corporaciones sin ciencia, en masa todas, grandes cruces, títulos de Castilla y gran caterva de desarrapados, machos y hembras, para hacer los honores al rey con música y gritos, y pongo también á don Juan al frente de sus *voluntarios*, que irían después á reunirse con las tropas fieles al rey.

Allá, muy lejos, asomaban los primeros jinetes de la regia comitiva: el rey llegaba en carruaje, y cuentan que el podre elegido de Dios iba estropeado de no haber dormido en la anterior noche, indiferente, glacial, medio hundido en los brillantes cojines de

seda y con un aburrimiento que no podía ya resistir...

D. Juan no sabía lo que le pasaba; estremecía nervioso y gruesas gotas de sudor le caían por la frente: «¡ver al rey!» no se atrevería ya á hablarle, porque no se conceptuaba con valor para ello. ¿Podría sostener acaso el brillo de la mirada del coloso? ¿Oiría su voz tonante sin estremecerse de respeto y sumisión? ¿Cómo sería el rey, sus brazos, sus piés, su cabeza, sus manos, sus dientes! Parecióle que el pensamiento se le volaba sin rumbo. ¡El rey! ¡el rey! ¡el elegido de Dios! ¡el hombre sobrenatural que estaba por encima de los demás hombres!— ¡Que viene, que viene!—rugió la multitud.—Se armó un barullo horroroso, retumbaban los aullidos de la muchedumbre, redoblar de tambores, agudo son de cornetas, y allá, más lejos, escuchábanse otras musiquitas.—¡El rey, el rey! ¡Viva! ¡Vivaaaa! Vió D. Juan primero confuso tropel de caballos, relucir de sables desnudos, ru-

tilantes cascos de blancas cimeras, entorchados estrepitosos, bigotes enormes, trajes relucientes, grandes muestras de galonería dorada... ¡El rey, el rey! Y caían hojas de flores como suave lluvia de copitos blancos y sonrosados: el cielo estaba hermoso, la tarde alegre, la naturaleza espléndida: veíalo D. Juan todo con las pupilas medio desencajadas, la faz amarilla, el pecho oprimido: sentía ardores terribles en las entrañas, que le subían al pecho y estaban á punto de salirsele por los ojos en lágrimas de sentimiento y amor... Pasaba el rey entonces. ¡Oh placer infinito! ¡Oh instante ansiado! Tropezaron sus pupilas anhelantes con los ojos y la cara de S. M., y cuando las lágrimas de mi héroe iban á estallar poniendo un tremebundo «Viva el rey» en sus labios... ¡Gran Dios... también abría el rey la boca! ¡Pero qué... qué le pasaba? ¡La boca del elegido de Dios se abría extraordinariamente en bostezo descomunal!

.

Pasó el rey, pasó la escolta, pasaron las corporaciones, las grandes cruces, los títulos de Castilla, la multitud vocinglera, y don Juan de Vargas quedó solo con su tropa. Miró D. Juan á todas partes extrañamente. ¡Qué mundos eran aquellos que se le caían de los ojos, pareciéndole ver entonces de otro color más puro el plumaje de los pájaros, las nubes del cielo, las flores de la campiña... Miró á sus hombres un instante; levantó luego la espada.—De frente—gritó;—¡Armas al hombroooo... mar!—y avanzaron en dirección opuesta de las tropas reales... Allá iban, alla iban por vereditas y trochas, hasta llegar á una hondonada; detuvo allí D. Juan á sus voluntarios, les pagó generosamente:—Desfilen—dijo—y se alejaron todos.

1 de Enero.—87.

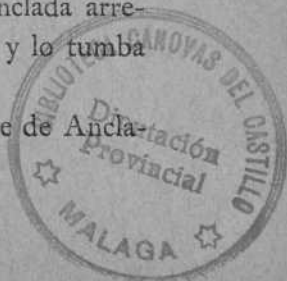




UNA VENGANZA.

HA de saber quien la historia á que doy comienzo lea, que es Anclada un pueblecito de Andalucía, de mucho renombre por la hermosura y robustez de sus mozas, lo forzado de sus jayanes y la riqueza y fertilidad de su suelo, donde crece la vid como empujada á martillazos desde lo interior de la tierra y con la prontitud misma que un mocito de Anclada arremete con un becerro ya talludo y lo tumba sin remedio.

El mandón, el amo, el cacique de Anclada



da—ya se sabe que todas las poblaciones españolas tienen su rey chiquito—era el cura del mismo lugar... ¡Y qué cura, bendito Señor que lo permitiste! Llamábase D. Jerónimo: era grueso, alto, coloradote, con cada carrillo y cada moflete, y cada talega de onzas que infudía asombro; daba gusto mirarle, vistiera de seglar ó de clérigo, limpia, aseada, reluciente su persona toda.

¡Qué pulcro aspecto de hombre por dentro y por fuera... quiero decir, de cuerpo y de alma! Conviene consignar que, si bien D. Jerónimo no se cuidaba mucho de sus misas, para lo cual tenía en todas ocasiones compañero que le sustituyese, era, en cambio, generoso, derrochador y amigo de la dádiva, que predicaba con el ejemplo. Dícese que solía montar en cólera de vez en cuando, y favorecer con un par de bofetadas á quien primero se le cuadrase.

Yo no me permito hacer observación ninguna, y dejo las cosas como están; vale, como prudencia más acabada, no meterse en la

vida y costumbres del párroco, así como tampoco de sus feligreses, y digo terminando, en honor de D. Jerónimo, que si algún bofetón descargó con su mano gordita y blanca, váyase por el oro que repartía á manos llenas.

Tenía el cura una sobrina, y se llamaba Socorro; una bendición de Dios por lo apuesta y vigorosa: blanca, de ojos negros hermosísimos, y famosa por la bella conformación de su cuerpo, cuyas carnes parecían cimbrar cuando la buena moza andaba, cual si tuviese como resortes invisibles risas de sátiros. Esto era grandísimo inconveniente para Socorrito, cuando sentía sobre sí las miradas de los mozos como afiladitas puntas de acero que se clavaban en su vergüenza, poniéndole el semblante como unas brasas, que era la moza amiga del recato y honesta como ninguna; sobresalían en ella otras cualidades finísimas, como la de ser afable en su trato, discreta, cariñosa, humilde y buena, de tal suerte, que no digo yo las pie-

dras con ser tan duras, sino hasta el *Moño* se hubiera ablandado, á tratar con ella solo unos días; aquel *Moño*, que andaba siempre escondido en los alrededores para cometer sus fechorías terribles; aquel ladronazo, hijo de mala madre, temor y horrorizamiento de todos, que tan á menudo solía esperarse en una encrucijada para tumbar de un trabucazo al primer transeunte por el gusto de desbalijarle, aunque solamente llevara al cinto algunas piezas de cobre.

Habían echado por aquellos tiempos en persecución del *Moño* á un teniente de la Guardia civil; no quiero apuntar aquí su apellido, con su nombre basta; le diré don Paco: era D. Paco osado como un demonio; si á perseguir ladrones tocaban, metíase por los matorrales; subía por entre los encrespados terruños de los montes, jadeando y con los ojos chispeantes, como de perro de presa que se refocila cuando corre impulsado por el feliz augurio de la próxima dentellada. Fuera de esto, distinguíase por lo cortés

y afable, amén de su caballerosidad sin tacha, por el cual motivo, inmediatamente contrajo relaciones amistosas con las primeras entidades del pueblo, y con D. Jerónimo principalmente, á quien siempre gustaron los hombres de pro.

Era el teniente guapetón y enamorado y andaba á todas horas con quebraderos de cabeza; para que sepa el lector á lo que atenerse sobre el tipo de aquel mozo, he de contar cierta aventura amorosa en la que fué protagonista. Un año antes de los acontecimientos que voy relatando, estuvo el tal D. Paquitó en el pueblo de Torrejilete, no menos famoso que Anclada, por muchas razones que no son del caso, y que distaba de aquel como unas cinco leguas; conoció don Paco á una muchacha en Torrejilete, que era una diosa por su belleza y donaire, con toda la sal y toda la gracia de Andalucía, que se la desbordaba por los ojos pardos y grandísimos en luminosas chispas del sol meridional, y por la boca en candentes fra-

ses y aliento oloroso, como incienso de albahaca y clavel; le llamaban la *Chica*, por lo pequeña, redonda, dura y entallada; la querían todos por lo vivarachona y alegre, contando desde luego con el alma hermosísima que tenía.

Era un misterio la existencia de la *Chica*. Habitaba sola en el pueblo desde hacía algunos años; el alcalde de Torrejilete la quería mucho, y era el cariño del alcalde como á especie de pasaporte para que entrase la *Chica* en el alma de los demás, sin que supiesen el misterio de su procedencia; gustó D. Paco de la *Chica*, y fué la muchacha para él como maniquí con apariencias de obstáculos en su gloriosa carrera de galanteos; empujó al maniquí, cayó de espaldas y siguió D. Paco su camino sin volver el rostro para ver cómo quedaba en su caída; la *Chica* lloró desconsoladamente, pero huía D. Paco más de ella cuanto más ella se daba por las lamentaciones. Tuvo la *Chica* un niño, que fué encomendado al alcalde, y desapareció

de Torrejilete á poco tiempo, sin que don Paco pensase más en ella, preocupado como estaba, por otra parte, con la persecución del *Moño*, terror de la comarca.

Era, pues, el teniente un seductor terrible, que aún no había tenido ocasión ó lugar de enamorarse de veras; pero la gallardía de Socorro, su honestidad y su donaire, cayeron sobre el pobre D. Paco como viga de plomo, metiéndose de esta manera en más estrecho camino primeramente, pareciendo después incommunicativo y dado á los demonios, y soñando, por último, á todas horas del día y de la noche, y hasta cuando más engolfado estaba en seguir la pista de aquellos ladronazos, con unos fantasmas luminosos de cuerpos divinos, de ondulaciones vagas y atrevidas al mismo tiempo, dándose el caso de que tuvieran siempre aquellos señores fantasmas la mirada, la seriedad, las modulaciones del tono idénticas á las de Socorrito, y hasta se estremecían de un modo que corría parejas con aquellas hermosuras

del andar en la sobrina de D. Jerónimo.

Se alegraba mucho esta de haber flechado al teniente, y metiéronsele por el cuerpo unos escozores que la estorbaban para dormir, llevando palideces á sus mejillas, antes rojas, hasta que una tarde la requirió don Paco de amores, y temblando ella de placer tuvo lugar entonces de poner de manifiesto al galán las veces que en lo hondo de su pecho habían tocado á agonía, por el eterno hablar de sus ojos y el mutismo, roto al fin, de sus labios.

D. Jerónimo, que las cogía al vuelo, apercibióse de aquel amor, y haciendo cierta vez una seña al teniente encerróse con él, permaneciendo los dos allí más de una hora: no sé qué hablaron los dos señores, sí puedo hacer constar que salió D. Jerónimo todo hosco y el teniente pálido como un muerto, no volviendo á parecer D. Paco en muchos días por la casa, con lo cual Socorro moría-se por falta de lo mismo para su corazón, y se daba á los demonios el cura, afirmando

en sus continuas exaltaciones que era el tal teniente un *fulero*, y que los curas están en el mundo para lo que todos los hombres, y para que les sucedan *cosas*; las cuales cosas debían tener lógicamente sus *resultados*, sin que dejase de ser por eso su sobrina la más honesta y recatada niña de Anclada y sus contornos.

Mucho querría D. Paco á Socorrito, porque á las tres semanas, y cuando la niña empezó á perder sus dulces ilusiones, se presentó de repente en casa del cura, maleado y flacucho, con grandes ojeras y rostro amarillo, pidiendo casorio como la absolución enfermo desahuciado. Batió palmas el cura; echó el bonete por lo alto; afirmó atronadamente que era en la oficialidad de la Guardia civil donde había hombres de pelo en pecho, bravos y guapetones, en la clase de tenientes sobre todo, y Socorrito lloraba de alegría. ¡Se hubiera muerto sin su D. Paco de su alma!

Hubo una nueva la noche antes de la se-

ñalada para que el matrimonio se verificase: recibió D. Jerónimo una carta que le conmovió hondamente: era la carta de un célebre personaje, del *Moño*; le pedía en ella 10.000 duros, que había de colocar el mismo D. Jerónimo á cierta hora de la noche siguiente en el puentecillo de la *Monja*, y daba el *Moño* palabra *de honor* de ir en persona por el dinero, abrigando la convicción de que D. Jerónimo no se *berrearía*, porque le preparaba en este caso horrendo castigo.

Rabió y pateó D. Jerónimo; bufó de ira, se disparó para su alcoba enfaldándose la sotana con una mano y mesándose los cabellos con la otra, cogió de una garfiada la escopeta, y bajó con los ojos chispeantes, jurando y perjurando que pondría diez mil escopetazos en la cabeza del *Moño*, que no 10.000 duros en el puentecillo de la *Monja*, y la sobrina y otros vecinos tuvieron que contener violentamente al buen señor para que no se echase al campo en busca del la-

dronzuelo, y recibir el gustazo de propinarle furiosa cachetina.

Enterado el teniente de lo que ocurría, entendióse en secreto con sus guardias y dijo al cura que pusiera alguna calderilla en el puentecillo en imitación de los 10.000 duros; el cura contestó furioso que pondría diez mil rayos que al *Moño* partieran; insistió don Paco en que debía ponerlos; hecho el cura un energúmeno, replicó que eran unos *bota-rates* todos los tenientes de la Guardia civil; pero tuvo que hacerse como el teniente lo pedía, y á las once de la noche fué el dinero puesto en el sitio designado por el *Moño*.

Dió D. Paco las oportunas órdenes, y con la misteriosa cautela y astucia admirable con que los individuos del benemérito Cuerpo lo saben hacer, rodearon en hora oportuna el puentecillo de la Monja; fuéronse apostando en los lados de la carretera, tras el enorme brocal de un pozo que había en la cañada, en la choza de Pacurro, al pie de unos barracones, entre los cañaverales, á es-

paldas del cementerio, y hasta se parapetaron también algunos en el viejo edificio, ya ruinoso, que en otras épocas fué convento de Trinitarios.

Dieron las diez; las once, hora señalada por el *Moño*; á las doce no había parecido nadie; á la una se impacientaban ya; eran las dos y media de la madrugada, y se descorazonaron del todo; el *Moño* no caía en la red, era un refinadísimo astuto; no había temor por lo demás, que ya estaría desquitándose, seguramente, haciendo mal en otro sitio.

En una sacudida nerviosa salió D. Paco súbitamente de su acecho; D. Jerónimo respiró con alegría; ordenándolo que hubo el jefe, se retiraron los guardias; cura y militar tomaron el camino de la casa de aquel; susurraba cercano riachuelo en duo con el silbo de los cañaverales próximos; allá lejos, vago cantar de pastores y balidos de ovejas, hacíase más pronunciado con el rocío de la madrugada, el fuerte olor del tomillo y la

gayomba. Pasaban entonces ante el convento ruinoso. ¡Qué vientecillo aquel! ¡Cómo rebullía entre los naranjos de la huerta del monasterio! Creyérase el concierto melodioso de aquellos salmos penitenciales de los monjes, cuyas momias estaban allí, en una cripta del convento, sudorosa y fría; aquellas momias aviejadas, tiesas, horribles, con algunos jirones del hábito podrido, que pendían por los cuerpos negruzcos y pestilentes.

Llegaron á la casa. ¡Qué! ¿No más que entornada la puerta de la calle? Entraron con sigilo y presos de hondas inquietudes. Llamó D. Jerónimo á Socorro, y no contestó nadie; volvió á llamar con más fuerza, tampoco; preparó el cura el retaco, se adelantó el militar, y á los pocos segundos murmuró una blasfemia; la única sirvienta que á Socorrito quedó acompañando, estaba allí, sujeta á la silla con fuertes ligaduras, saltones los ojos, encendida la faz y amordazada la boca. Ardió D. Jerónimo en coraje y sus ojos echaron rayos; el teniente vaciló,

como si de pronto hubiese cogido una borrachera; avanzaron rápidamente llamando á gritos á Socorro, nadie respondía; llegaron al cuarto de la doncella, ¡al nido del ave! ¿No la buscaban con tan hondísima ansiedad? ¡Ah pobre D. Jerónimo! ¡Ah desdichado amante! Allí la tenían, allí estaba en medio de su cuarto, tendida, desbandado el cabello, contraídos los labios, arrugado y roto el vestido, vidriosa la mirada, los ojos desencajados, enormes, extendido el siniestro brazo, formando cruz con el cuerpo, abierta su mano y laxa, agarrotados los dedos de la otra, entre los que oprimía un pedazo de mugrienta tela; arañado el rostro, desnudo y también arañado el pecho, envilecida, violada, hecha pedazos su virginidad, como lo había sido toda ella; estábase viendo allí manifestamente que hubo lucha: la paloma se había convertido en lobo para defender la blancura de su plumaje, pero cedió á la embestida del leopardo, cual leve espiga á gigantesca tromba.

—¡Socorro! ¡Hija de mi alma!—gritó el cura arrojando la escopeta. Anduvo en dirección del cadáver y no lloró: ahogó su garganta un mugido de toro, y rodó preso de fuerte síncope.

Fué cosa de un segundo lo que después ocurrió: pareció D. Paco aturdido; no pronunciaba una frase; no lloraba; miró á todos lados con extravío, como pidiendo á Dios cuenta de su desgracia. Pero ¿qué veía? ¿Qué era aquello? ¡Gruesos caracteres en la pared, de letra escrita con un dedo mojado en sangre! ¡En sangre, sin duda, de su Socorro! ¡Justo Dios! ¿Qué escribieron en la pared?

«La Chica era mi hermana.»

El Moño.»

Miró D. Paco el cadáver, y como si hubiese echado en su mirada toda su vida restante, desesperado, loco, febril, sin lamentaciones, sin lágrimas, se echó mano á la

cintura, desfundó de un tirón el revolver, se apuntó á las sienes y se voló los sesos.

Tibio rayo de sol naciente asomó por la ventana: encontróse con la espiral suave del humo de la pólvora; detúvose la espiral indecisa, onduló más rápida, se deshizo luego; allá en el campo se abrían las flores, perfumando el aire; se oyó en la iglesia clamor de campanas llamando á los fieles; en la calle algunas voces, y en un nido del tejado de enfrente trinar de golondrinas.

7 de Marzo.—86.

FIN.

ÍNDICE

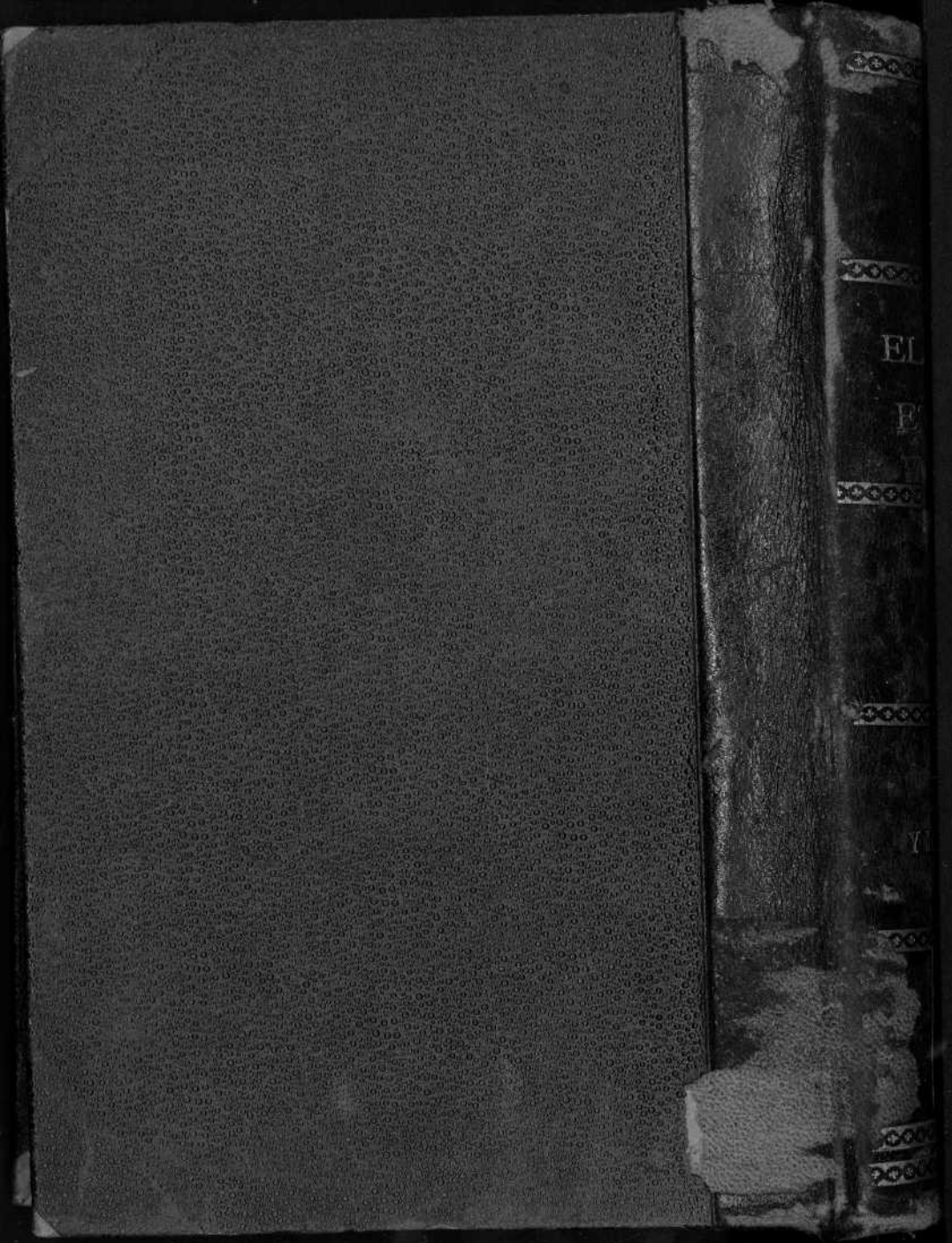
	<u>Páginas.</u>
El Padre eterno.....	9
¡Divina!.....	63
El Tobalo.....	103
El Ángel loco.....	141
El contrabandista.....	205
Pipinell.....	281
El bostezo de un Rey.....	293
Una venganza.....	301











EL PADRE
ETERNO

MARES
Y MONTAÑAS

FAN
XIX
515